EL SABER PROSCRITO

Alice Miller

TUSQUETS EDITORES
ENSAYO

Alice Miller

EL SABER PROSCRITO

Traducción de
Joan Parra Contreras

Ensayo

TUSQUETS EDITORES

Título original: *Das verbannte Wissen*

1.ª edición: septiembre 1990

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1988. Reservados todos los derechos.

Creative Commons

© de la traducción: Joan Parra Contreras, 1990
Diseño de la colección y de la cubierta: MBM
Reservados todos los derecos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Iradier, 24 - 08017 Barcelona
ISBN: 84-7223-177-1
Depósito legal: B. 24.917-1990
Fotocomposición: Foinsa - Gran Vía, 569 - 08011 Barcelona
Libergraf, S.A. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona
Impreso en España

ALICE MILLER

Ya en sus dos libros anteriores, también en Tusquets Editores —*El drama del niño dotado. En busca del verdadero yo* y *Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño* (Superínfimos 1 y 4)—, Alice Miller se ocupaba de sondear en la infancia de personajes célebres los orígenes del miedo y la inseguridad del adulto. Doctora en filosofía, Alice Miller enseñó y ejerció el psicoanálisis durante más de veinte años antes de dedicarse exclusivamente a pintar y escribir. En preparación de esta misma colección: *La clave eludida*. Se ha enfrentado muchas veces con los psicoanalistas que pertenecen a escuelas freudianas más teóricas que prácticas porque, según ella, se mueven exclusivamente en el terreno de la lucubración intelectual desdeñado y silenciando la experiencia vivida. Publicó también en Alemania *Du sollst nicht merken*.

Indice

Prólogo 9

I. El fatal letargo de la humanidad

1. Fiesta de san Nicolás 21
2. Matar por la inocencia de los padres 29
3. El niño malo: cuento de hadas favorito de los científicos 47
4. Escudarse en teorías 66
5. Los que fingen querer saber 97
6. El alto precio de la mentira 113
7. Sólo la verdad sirve de ayuda 142

II. El despertar

1. Mi camino hacia mí 163
2. El testigo iniciado 186
3. El niño pone límites 196
4. Por qué rechazo el psicoanálisis también como método terapéutico 202

III. Apéndice

Cómo salir de la trampa 215

Referencia de las obras citadas 225

Prólogo

A diferencia de los animales, que, por lo general, son capaces de valerse por sí mismos al poco de nacer, el recién nacido humano depende durante largo tiempo de la ayuda de sus congéneres. Cuando llega al mundo, todo en él son necesidades, y precisa inexcusablemente el calor de unos brazos humanos, de unos ojos vigilantes y de contactos llenos de ternura. Las incubadoras y la calefacción eléctrica no son más que sucedáneos insuficientes de ese calor, y el contacto con instrumentos fríos puede ser para él una tortura. El bebé necesita sentirse seguro de que será protegido en cualquier situación, de que se deseó su llegada, y de que alguien escucha sus gritos, atiende a sus miradas y alivia sus temores. Necesita la certeza de que alguien calmará su hambre y su sed, cuidará cariñosamente su cuerpo y nunca desatenderá sus necesidades.

¿Es eso pedir demasiado? En determinadas circunstancias es realmente demasiado; en otras, por el contrario, representa una alegría y un enriquecimiento. Depende por completo de las experiencias de los padres y de lo que éstos puedan dar. Pero, dejando esto aparte, lo cierto es que todo bebé está sujeto a la satisfacción de sus necesidades por parte de otras personas, ya que él no puede ayudarse a sí mismo. Puede gritar para pedir ayuda, pero depende por completo de

que quienes le rodean hagan caso a sus gritos, los tomen en serio y satisfagan las necesidades que se ocultan tras ellos, en lugar de castigar al bebé por sus berridos o incluso impedirlos mediante el uso de sedantes.

Cuando sus gritos no son escuchados, al bebé sólo le queda una posibilidad de ayudarse a sí mismo: reprimir el dolor. Y ello significa una mutilación de su alma, pues así se destruye su capacidad de sentir, percibir y recordar.

Quien no pueda desarrollar esta capacidad innata no sabrá más adelante, por ejemplo, lo que significa estar desamparado, y no estará en condiciones de brindarles a sus hijos la protección y el amor que ellos también necesitarán perentoriamente. Los padres que nunca se sintieron amados, que chocaron, al venir al mundo, contra la frialdad, la insensibilidad, la indiferencia y la ceguera, y cuya infancia y juventud transcurrieron por entero en esa atmósfera, no son capaces de dar amor. ¿Cómo podrían serlo, si no saben en absoluto lo que es, lo que puede ser el amor? Pese a ello, sus hijos sobrevivirán. Y, como los padres, tampoco recordarán esos sufrimientos, porque habrán reprimido —es decir, habrán expulsado por completo de su consciente— tanto esos sufrimientos como las necesidades asociadas a ellos.

Cuando un ser humano se halla, al nacer, en un mundo frío e indiferente, contempla ese mundo como el único posible. Todo lo que más adelante crea, opine, considere correcto, se asentará sobre la base de esas primeras experiencias decisivas. Hoy en día es posible demostrar que el precio de la supervivencia en esas circunstancias no sólo es demasiado alto para el individuo, sino que constituye el mayor peligro para la humanidad. En un

grupo de monos a los que se separó de la madre tras el nacimiento, y que fueron criados con falsas madres de trapo, se comprobó la falta de «instintos» maternales cuando ellos mismos, a su vez, trajeron crías al mundo. Y existen ya estadísticas que prueban con toda claridad la manifiesta relación entre el abandono y los malos tratos sufridos en la infancia, y el posterior desarrollo de una personalidad violenta (*véase,* por ejemplo, *Newsletter of the American Psychological Association,* diciembre de 1983). ¿Por qué apenas se extraen consecuencias de estas estadísticas? La represión de los antiguos sufrimientos y el precio que hay que pagar por ella hacen a los humanos sordos a los gritos de los niños y ciegos ante esta evidente relación. Se hace caso omiso a las realidades que se deducen de las estadísticas, a fin de evitar la evidencia de los dolores reprimidos tiempo atrás, a fin de rehuir la confrontación con la verdad.

Entre las nieves del frío enero de 1987, un *clochard* parisino encontró una bolsa de plástico en cuyo interior se desgañitaba un recién nacido. Los padres no habían querido quedarse con él y lo habían abandonado a su destino. El *clochard,* un árabe que a diferencia de otros transeúntes no tenía prisa por llegar a una habitación bien caldeada, pues carecía de ella, le salvó la vida al niño. Si aquel hombre no hubiera prestado oídos a los gritos del niño, o éste no hubiera estado en condiciones de señalizar su desamparo, el bebé habría muerto congelado. Un recién nacido puede incluso sobrevivir varios días solo y sin recibir alimento, como lo demostró un bebé que, tras el terremoto de México de 1985, fue hallado gimiendo entre las ruinas.

Esta gran capacidad de adaptación del recién

nacido a la brutalidad de nuestro mundo, y su capacidad de resistencia, han llevado a la humanidad desde siempre a creer que a un bebé se le puede someter sin dañarlo a toda clase de torturas: descuidarlo por completo, quemar su piel con cigarrillos, zarandearlo, golpearlo contra la pared, gritarle. Hasta hace poco nadie había corregido esa opinión, porque los niños maltratados, en su indefensión, no eran capaces de dar cuenta de sus sufrimientos: nadie percibía sus señales. Y más tarde, ya adultos, no los recordaban, o al menos no los tenían ya tan presentes como para poder hablar de ellos. Pero, de alguna manera, todo aquello no se había borrado de su mente; su cerebro debía de haberlo «archivado», pues esos adultos, con una especie de necesidad compulsiva de repetición, hacían pasar a sus propios hijos por las mismas experiencias traumáticas, sin preocuparse tampoco por las consecuencias.

Para revelar esas fuentes ocultas de la violencia describí en mi libro *Por tu propio bien* (1980, *1985b*)*, la infancia de Adolf Hitler. Mi intención fue mostrar cómo en la vida de un genocida se reflejaban los incontables crímenes de los que él mismo había sido víctima en su infancia. Lo hice como quien describe un agente patógeno para impedir que una enfermedad contagiosa siga extendiéndose a causa de la ignorancia. Me pareció necesario porque muchísimas personas siguen sin darse cuenta en absoluto de que, al maltratar a sus hijos física o tal vez sólo psíquicamente, traen

* Citamos en primer lugar el año de la edición alemana y a continuación, en cursiva, el de la edición española cuando la hay. Para todas las referencias, véase las «Referencias de las obras citadas», págs. 225-226 en este volumen. *(N. del E.)*

a nuestro mundo un material altamente explosivo. Esos padres consideran su comportamiento correcto y necesario. Otros, por su parte, opinan que quizás éste no sea del todo correcto, pero sí inevitable, porque los niños son a veces difíciles y los padres se ven abrumados. Por eso «no les queda más remedio» que pegar. Para mí, ambas opiniones son erróneas, inhumanas y peligrosas.

No hay vuelta de hoja: es falso que los seres humanos estén obligados a continuar maltratando compulsivamente a sus hijos, causándoles daños permanentes y destruyendo así nuestro futuro. En 1979, cuando —todavía bajo la influencia del pensamiento psicoanalítico— escribí *El drama del niño dotado* (1979, *1985a*), yo misma pensaba aún de esa manera. Pero ahora ya sé que las cosas no tienen por qué seguir siendo así. Si se conoce el agente patógeno de una enfermedad contagiosa, ésta no tiene por qué extenderse. La víctima puede recobrarse de sus heridas y evitar infligirlas a sus propios hijos, siempre y cuando no las ignore. Es perfectamente posible despertar de ese sueño. Y en ese estado de vigilia se abre un espacio para los mensajes de nuestros hijos, de los cuales podemos aprender todo lo que necesitamos para no volver nunca más a destruir la vida, sino a protegerla y a dejarla desarrollarse.

No tomar en serio los propios sufrimientos, trivializarlos o incluso reírse de ellos es algo que está bien visto en nuestra cultura. Es más, esa postura se considera una virtud, y muchas personas, entre las cuales me contaba yo antes, están orgullosas de su falta de sensibilidad hacia su propio destino y sobre todo hacia su infancia. He intentado mostrar en mis libros por qué la nefasta creencia en la idoneidad de semejante postura se

ha asentado tan firmemente entre nosotros y cuáles son las trágicas realidades que ayuda a camuflar. Gentes de diversos países me comunican una y otra vez, con gran alivio, que tras la lectura de *El drama del niño dotado* han sentido por primera vez en sus vidas algo parecido a compasión hacia el niño maltratado o incluso apaleado que fueron un día. Me dicen que ahora se respetan a sí mismos más que antes y son capaces de percibir mejor y con más exactitud sus necesidades y sus sentimientos. Con frecuencia oigo cosas como: «Usted describe mi vida en ese libro. ¿De dónde ha sacado todo eso?».

¿De dónde lo he sacado? Hoy ya no me resulta difícil responder a esa pregunta. Hoy sé que no fueron los libros, ni mis profesores, ni mis estudios de filosofía, ni mi formación como psicoanalista quienes me proporcionaron ese saber. Todo lo contrario: sus conceptos mistificadores y su distancia respecto a la realidad me impidieron durante largo tiempo reconocer la verdad. Quien me proporcionó ese saber fue, sorprendentemente, la niña que hay en mí, la niña en su día maltratada, explotada, paralizada y condenada al silencio, y que por fin halló sus sentimientos y con ellos las palabras necesarias, y, entre dolores, me contó su historia. Fue *esa* historia la que empecé a describir en *El drama del niño dotado,* y numerosas personas reconocieron en ella su propia historia como en un espejo.

En mi cuarto libro, *Bilder einer Kindheit* (1985), describí con más precisión el modo en que se produjo mi encuentro con aquella criatura que acaba de volver de su destierro, y cómo pude ofrecerle el amparo que necesitaba para poder sentir sus dolores y hablar de ellos.

El descubrimiento de que fui una niña maltratada, de que desde el principio de mi vida tuve que amoldarme a las necesidades y los sentimientos de mi madre sin tener la menor oportunidad de sentir los míos, fue una gran sorpresa para mí. El descubrimiento de mi total desamparo en aquella época me mostró también la intensidad de la represión que me mantuvo toda la vida alejada de la verdad, y la impotencia del psicoanálisis, el cual, mediante sus engañosas teorías, había contribuido a consolidar esa represión. En el marco de mi formación, yo me había sometido a dos prácticas de análisis durante las cuales las analistas no habían sido capaces de cuestionar mi versión de la infancia feliz que yo supuestamente había tenido. Sólo la dedicación espontánea a la pintura, actividad que empecé en 1973, me facilitó por primera vez un acceso no falseado a mi antigua realidad. Me enfrenté en mis cuadros al terror ejercido por mi madre, al que estuve sometida durante años. Pues ninguna de las personas que me rodeaban, ni siquiera mi padre, un hombre afectuoso, había podido jamás detectar y poner en tela de juicio los atropellos a los que se me sometió bajo el pretexto de educarme. Habría bastado con que una sola persona hubiera comprendido lo que estaba sucediendo, y me hubiera puesto bajo su protección, para que mi vida entera hubiera transcurrido de otra forma. Esa persona podría haberme ayudado a reconocer la crueldad y así yo hubiese evitado arrostrarla durante decenas de años como algo normal y necesario, a costa de mi propia vida.

Esa parte de mi historia, esa falta de testigos capaces de comprender es posiblemente una de las causas de mi deseo de alcanzar con mis li-

bros a personas que potencialmente puedan salir en defensa de niños que sufren. Me refiero a todos aquellos que no tienen reparos en tomar partido claramente por el niño y protegerlo de los abusos de poder de los adultos. En nuestra sociedad, hostil a los niños, esas personas son aún escasas, pero su número está aumentando.

Mi dedicación espontánea a la pintura no sólo me ayudó a descubrir mi historia personal, sino también a liberarme de las ataduras mentales y de los conceptos de mi educación y formación, que conseguí identificar como falsos, engañosos y fatales. A medida que iba aprendiendo a seguir mis impulsos jugando libremente con los colores y las formas, los lazos que me ataban a las convenciones estéticas o de otra índole se iban debilitando. Yo no pretendía pintar cuadros hermosos; ni siquiera me importaba que fueran buenos o no. Lo único que pretendía era ayudar a la verdad a abrirse paso. Lo conseguí por fin a partir de 1983, con la ayuda del método terapéutico de Konrad Stettbacher, del que me ocuparé en detalle en el presente libro. Pero, antes ya, yo había empezado a ver cada vez más claramente que los artificios del psicoanálisis bloquean el acceso a la verdad. E intenté mostrar eso en mis libros a fin de ayudar a las víctimas de ese bloqueo a abrir los ojos y ahorrarles al menos el trabajoso camino que supuso mi propia búsqueda. Ello me atrajo muchos odios, pero también mucha gratitud.

Entre tanto había ya comprendido que si se me había maltratado siendo niña había sido porque mis padres, durante su infancia, habían experimentado cosas semejantes y, al mismo tiempo, habían aprendido a contemplar tales atropellos como educación pensada para su bien. Dado que

—como los analistas de mi formación— no estaban en condiciones de sentir, y por lo tanto tampoco de comprender lo que les había sucedido a ellos mismos en su día, eran incapaces de reconocer los malos tratos sufridos y, sin la menor traza de mala conciencia, me los infligieron a mí a su vez.

Comprendí que no podía obrar la más mínima alteración en la historia de mis padres y maestros, que los había hecho ciegos. Pero al mismo tiempo supe que podía y debía intentar hacer conscientes a los actuales padres jóvenes, y sobre todo a los del futuro, de los peligros del abuso de poder, sensibilizarlos al respecto y abrirles los ojos a las señales emitidas por sus hijos.

Puedo lograr esto ayudando a hablar al niño, a la víctima hasta ahora condenada al silencio y carente de derechos, describiendo sus sufrimientos desde su perspectiva, y no desde la del adulto. Pues fue precisamente de ese niño de quien obtuve informaciones vitales, respuestas a preguntas que habían quedado pendientes durante mis estudios de filosofía y psicoanálisis, y que sin embargo habían seguido persiguiéndome durante toda la vida. Hasta que no tuve claros en todo su alcance los motivos reales de mis miedos y experiencias dolorosas infantiles, no comprendí qué es lo que los adultos se ven obligados a mantener lejos de sí durante toda su vida, y por qué en lugar de enfrentarse a su propia verdad prefieren, por ejemplo, organizar una gigantesca autodestrucción atómica, sin llegar a percibir lo absurdo de tal cosa. No logré concebir la coaccionadora lógica de ese absurdo hasta que, gracias a la terapia, pude poner en su sitio la pieza que faltaba en el rompecabezas, el secreto, hasta entonces celosa-

mente guardado, de la infancia. Y es que cuando se consigue abrir los ojos a los sufrimientos del niño, se comprende de repente que los adultos tenemos en nuestras manos el hacer de nuestras criaturas, según el trato que les demos, monstruos o personas capaces de sentir y, por lo tanto, responsables (*véase* A. Miller 1985, págs. 175-179).

Con este libro pretendo compartir con otras personas el saber que he adquirido en los últimos años. Ya se verá si ello es o no posible. Pero como estoy convencida de que el conocimiento de la situación del niño puede inducir a los seres humanos a un espectacular y totalmente necesario cambio de rumbo, no quisiera dejar pasar ninguna oportunidad.

I
El fatal letargo de la humanidad

1
Fiesta de san Nicolás

Hay muchos ejemplos que muestran hasta qué punto la represión del propio sufrimiento destruye nuestra sensibilidad hacia el sufrimiento ajeno. Tomaré un ejemplo en apariencia candoroso y lo analizaré a continuación exhaustivamente. Un día, paseando por el bosque, tropecé casualmente con una reunión festiva. Varias familias se habían congregado con sus retoños, habían encendido luces en los linderos del bosque y habían invitado a san Nicolás a reunirse con ellos. Según la tradición, a esa invitación precede un encuentro entre las jóvenes madres y san Nicolás, en el que ellas informan a éste acerca del comportamiento y la actitud de sus hijos. San Nicolás registra las correspondientes culpas en un grueso libro a fin de poder hablar con los niños como si fuera un ser omnisciente. Las madres esperan verse así apoyadas en sus medidas educativas, y ciertamente obtienen ese apoyo, pues durante todo el año siguiente pueden traer a colación el diálogo del santo con el niño y decirle a éste: Ya sabes que san Nicolás lo ve todo, así que a ver si te portas bien para que la próxima vez esté más contento.

¿Cómo transcurrió aquella ceremonia de la que fui testigo casual? San Nicolás riñó y a continuación felicitó a unos diez niños, uno tras otro. Sólo una niña no fue reprendida, sin duda porque su

madre no había creído necesario informar por escrito a un desconocido sobre las faltas cometidas por su hija. San Nicolás habló aproximadamente como sigue:

—¿Dónde está Vera?

Una niña de apenas dos años compareció con ojos ingenuos y expectantes y se puso a mirar abiertamente y con curiosidad la cara de san Nicolás.

—Mira, Vera, a san Nicolás no le gusta nada que no quieras recoger tus juguetes solita. Mamá no tiene tiempo, y tú ya eres lo bastante mayor para saber que después de jugar tienes que recoger tus juguetes y que además tienes que compartirlos con tu hermanito y no quedártelos para ti sola. A ver si el año que viene te portas mejor; esperemos que sí. San Nicolás verá lo que pasa dentro de tu cuarto y sabrá si te portas mejor. Pero también ha visto cosas buenas: ayudas a tu mamá a recoger la mesa después de comer, y ya sabes jugar solita y a veces también dibujar sin que mamá te haga compañía. Eso está muy bien, porque mamá no tiene tiempo para estar siempre contigo, también tiene a tu hermanito y a papá, y necesita que Vera sepa arreglárselas sola. Bueno, Vera, ¿te has aprendido una canción para cantársela a san Nicolás?

Vera estaba totalmente atemorizada y no pudo pronunciar palabra, así que la madre tuvo que cantar en su lugar la canción que la niña había preparado. Para acabar, san Nicolás extrajo un paquete de su saco y se lo dio a Vera.

Le tocó el turno al siguiente niño.

—Vaya, vaya, Stefan, de modo que aún sigues necesitando el chupete. Ya eres demasiado mayor para eso *(Stefan tiene apenas dos años y medio).*

Si has traído el chupete, puedes dárselo ahora mismo a san Nicolás *(los demás niños se ríen).* ¿No lo has traído? Pues esta noche lo dejas encima de la mesita de noche o se lo das a tu hermanito. Tú ya no necesitas chupete, eres demasiado mayor. San Nicolás también ha visto que a la hora de comer no te comportas con formalidad y no guardas silencio cuando las personas mayores están hablando. Cuando las personas mayores hablan, tienes que estarte calladito. Eres demasiado pequeño para estar siempre molestando.

Me pareció que Stefan estaba a punto de echarse a llorar. Estaba completamente atemorizado y se sentía avergonzado ante todos los demás. Para hacerle sentir que él también tenía derechos, dije:

—Hace un momento acaba de decir usted que Stefan es demasiado mayor para usar el chupete, y ahora dice que es demasiado pequeño para hablar en la mesa. Stefan no necesita que nadie le diga cuándo tiene que dejar el chupete; cuando deje de necesitarlo, ya se dará cuenta él mismo.

Varias madres me interrumpieron, ya que mis palabras estaban totalmente fuera de lugar en aquella ceremonia, y una de ellas decidió pararme los pies:

—Aquí el único que tiene algo que decir es san Nicolás.

Así que desistí de mi buen propósito y me limité a grabar la escena con un pequeño aparato, ya que apenas podía dar crédito a mis oídos. La escena prosiguió tal como había empezado: nadie parecía notar la crueldad de todo aquello, nadie veía la turbación en los rostros de los niños (aunque los padres no paraban de hacer fotos con flash), a nadie le llamaba la atención que ningu-

no de aquellos niños vilipendiados fuera capaz de recordar la poesía o la canción preparadas para el caso, ni de articular palabra, ni apenas de decir gracias; nadie se daba cuenta de que ninguno de los niños sonreía con espontaneidad, ni de que estaban todos como paralizados por el miedo. Nadie parecía notar que en realidad allí se estaba jugando con los niños a un nefasto juego de abuso de poder.

Esto fue, por ejemplo, lo que tuvo que escuchar un niño de apenas dos años:

—Ay ay ay, Kaspar... He visto que te gusta tirar tus juguetes por los aires. Eso es muy peligroso, porque puedes darle a tu mamá en la cabeza, y entonces tu mamá tendría que guardar cama y no podría cuidar de vosotros, y no podría cocinar, y te quedarías sin comer. O puedes darle a tu hermano o a tu papá, y entonces tendrían que guardar cama los dos, y mamá tendría que cuidarlos y llevarles la comida. Y entonces no podrías jugar porque tendrías que ayudar a mamá. —Y en ese estilo continuó la cosa.

Me parecía muy dudoso que el pequeño hubiera entendido algo, pues sus ojos estaban llenos de confusión. Pero si algo había podido captar, habría sido aquel tono malhumorado y la información de que podía traer la desgracia a su familia, y que como castigo tendría que arreglárselas sin su madre. Es poco probable que entendiera de verdad por qué podía ser un peligro para su familia. Pero su malestar era más que evidente. Su madre, sonriente, parecía sin embargo no darse cuenta de ello.

Todos los niños querían que san Nicolás estuviera contento con ellos, querían oírle decir algo bueno, pero antes de oír lo «bueno», tenían que

escuchar las cosas malas que habían hecho. Ello perturbaba ya de entrada su espontaneidad y su atención. Pues la reconvención producía miedo, y ese miedo tenía que ser reprimido para poder guardar un buen recuerdo de aquella ceremonia, tal como los padres deseaban. Su inconsciente nunca podrá desembarazarse de la certeza de que el niño que un día fueron era malo, pero en un nivel consciente se aferrarán durante decenas de años a la versión coloreada de aquella ceremonia. Por eso, cuando sean padres tratarán a sus hijos de la misma manera y esperarán también que la hermosa celebración les haga felices. No se preguntarán si existe realmente algún motivo que justifique el someter a un niño a semejantes prácticas.

La mayor virtud que san Nicolás, en su papel de portavoz de los padres, constataba en los niños era la capacidad de jugar solos y no necesitar a sus madres. A uno de los niños llegó a decirle textualmente:

—También tengo cosas buenas que contar sobre ti: ayudas a tu mamá a recoger la mesa; eso está muy bien, porque tu mamá no puede hacerlo todo ella sola. Pero acuérdate también de recoger tus juguetes; en eso tu mamá no puede ayudarte, tienes que hacerlo tú solo.

Esa argumentación también le parecía lógica a san Nicolás: mamá no tiene que ayudar a su hijo de tres años, es él quien tiene que ayudar a mamá. La disposición a ayudar era otra de las pocas cualidades positivas de los niños: sabes estar solo, recoges tus juguetes, los compartes con tu hermanito pequeño, y no necesitas a tu madre. En cambio, el hablar, el oponer resistencia, el no ser aún adulto y la necesidad natural de ayuda, afecto y consuelo eran objeto de reconvención.

Para el niño de tres años que tiene un hermanito al que ve mamar, el chupete no es con frecuencia más que un pequeño consuelo en su soledad. El niño no quiere importunar a la madre con sus celos, y el chupete le ayuda a contenerlos.

A primera vista resulta asombroso que ninguno de los adultos presentes reparara en el miedo de los niños y en lo amenazante de san Nicolás. Nada en absoluto hacía sospechar que aquellas madres no quisieran a sus hijos; se esforzaban en ayudarles, cantando la canción o recitando la poesía. Era evidente que se habían esmerado para brindarles a los niños una hermosa fiesta, una experiencia que los niños recordarían con alegría, emoción y gratitud. Quizás incluso alcanzaran su objetivo: tal vez todos los niños lograran archivar en su nivel consciente sólo el buen recuerdo. Pero para ello habrán tenido que reprimir sentimientos muy intensos: el temor a aquel desconocido que, omnisciente como Dios, parecía conocer con exactitud todas sus faltas; el impotente desespero de no poder esconderse en ninguna parte, porque se es niño; y el sentimiento de vergüenza provocado por la pública reprimenda. Con todo, lo peor, a mi parecer, era que se dejaba a los niños a solas con esos sentimientos; las sonrientes madres eran a todas luces incapaces de comprender lo que sucedía, pues de lo contrario jamás habrían puesto a sus hijos en semejante trance.

¿Por qué aquellas madres eran incapaces de comprender? ¿Por qué todas ellas, con una sola excepción, entregaron a sus hijos a un extraño, dejando en manos de éste toda responsabilidad? ¿Por qué delataron a sus hijos y permitieron que un desconocido los riñera en público? ¿Por qué permitieron que otros niños se burlaran de ellos?

¿Por qué expusieron a sus hijos a semejantes sentimientos en lugar de brindarles su amparo? ¿Por qué no se identificaron con los niños indefensos?

La explicación más corriente suele ser que los padres se ven sobrecargados en su función educativa. Se lo plantean más o menos así: Ya que la costumbre de recurrir a san Nicolás está, para bien o para mal, institucionalizada, ¿por qué no echar mano de ella, aprovechando lo que esa tradición tiene de bonito y lo que tiene de útil? Pero el san Nicolás al que se remonta esa costumbre era un obispo que por navidades repartía alimentos a los pobres, sin aprovechar la ocasión para inculcarles consejos educativos ni amenazarles con una vara. Fueron los esfuerzos educativos de los padres los que hicieron de él una institución destinada a repartir reconvenciones y elogios, hasta el punto de que en la Alemania de la posguerra san Nicolás aparecía a veces con un saco del que asomaba una pierna infantil, a fin de que el niño sermoneado no tuviera la menor duda de que podían meterlo en el saco como castigo a sus maldades.

Esta información, entre otras, me ayudó a comprender la postura de los padres de hoy en día. Sus padres que, hace treinta años, les sometían a semejantes intimidaciones no les daban, sin duda, ninguna oportunidad de defenderse contra tal crueldad. Los niños no tenían más remedio que reprimir sus sentimientos. Cuando esos niños de ayer, ahora madres y padres, organizan hoy una fiesta de san Nicolás, no puede sorprender que en ese momento su compasión hacia los niños se halle bloqueada, que sus propios terrores reprimidos hace treinta años se alcen como una barrera que los separa de los sentimientos de sus

hijos. Lo que no me dejaron ver a mí, tú tampoco puedes verlo; lo que a mí no me perjudicó, tampoco te perjudicará a ti.

Pero ¿es acaso cierto que no les perjudicó, y que esa clase de tradiciones son hermosas, buenas e inofensivas sólo porque van acompañadas de bonitas luces y colores? Mediante semejantes ceremonias y mediante su propia actitud, los padres provocan en el niño la temerosa certeza de la propia maldad, una certeza que quedará para siempre archivada en el inconsciente. Al mismo tiempo le imposibilitan la percepción de la crueldad a la que se le somete, y provocan su futura ceguera. Si las madres no hubieran tenido que reprimir, treinta años antes, crueldades similares, tendrían los ojos abiertos y prestarían oídos a la situación de sus hijos, y sin duda no los entregarían a las amenazas, el miedo, la vergüenza y la burla públicos, y no los dejarían solos. Sin duda no necesitarían durante todo el año la ayuda de san Nicolás para chantajear a sus hijos y convertirlos a su vez en chantajistas. Por el contrario, harían lo posible para que sus hijos tuvieran que reprimir menos cosas y para que más tarde, ya adultos, fueran capaces de asumir una mayor responsabilidad sobre sus actos.

Algunas personas me acusan de exagerar cuando califico de malos tratos a lo que ellos consideran una educación severa pero «normal», que «nada tiene de extraordinario». Pero es justamente el hecho de que ese tipo de educación esté tan extendido lo que hace necesario poner en guardia contra él.

2
Matar por la inocencia de los padres

Cuanto más claramente me expreso, más aprendo de las reacciones ajenas. Algunas reacciones constituyen para mí un desafío y me incitan a avanzar en mis reflexiones y dotarlas de mayor precisión. Así me ha sucedido con las frecuentes apelaciones a la inocencia de los padres, que se pueden resumir más o menos como sigue: «¿Cómo puede usted decir que los padres que maltratan a sus hijos por pura desesperación son culpables? Usted misma ha escrito que los padres actúan bajo el imperativo de transpolar a sus hijos los traumas inconscientes de su infancia, y que por eso los maltratan y descuidan y abusan sexualmente de ellos».

Semejantes argumentos me han hecho ver la necesidad de dar un paso que no me atreví a dar en mis primeros libros. Me baso en una elemental noción que nadie puede poner en duda: cualquier persona que destruya vida humana es culpable. Esta noción se ve reflejada en nuestra legislación; en aplicación de ese principio se condena a largas penas de prisión, y nadie me contradecirá si lo califico de fundamento ético general de nuestra sociedad. Si a continuación de «cualquier», en el lugar de «persona», añadiéramos diversas denominaciones profesionales, la frase no perdería su validez, excepto quizás en el caso de las

profesiones de «político» o «general del ejército», ya que a los integrantes de esos gremios se les permite sin más enviar a otras personas a la muerte sin tener que cargar con la responsabilidad. Pero en tiempos de paz no está permitido destruir vida humana, y tal delito está castigado. Con una excepción: a los padres les *está permitido* destruir impunemente la vida de sus hijos. Aunque tal destrucción se repite por regla general en las generaciones siguientes, no está prohibida; lo que está prohibido es llamar a eso un escándalo. Ese tabú me impidió durante largo tiempo ver con claridad la culpabilidad de los padres y formularla. Pero lo que más temía era verme obligada a poner en tela de juicio a mis propios padres, porque, como se me hizo evidente, durante toda mi vida me había acompañado el miedo al sentimiento que despertaría la conciencia de mi situación infantil: el sentimiento de haber dependido de unos padres que no tenían ni remota idea de las necesidades de su hija ni de su propia responsabilidad. Yo siempre encontraba abundantes explicaciones para todo lo que ellos habían hecho o dejado de hacer. Con ello pretendía evitar tener que preguntar: «¿Por qué me tratasteis así? Madre, ¿por qué no me protegiste ni te preocupaste de mí, por qué hiciste caso omiso a mis mensajes, por qué tus versiones de mí tenían más peso que la verdad, por qué nunca me pediste perdón ni confirmaste jamás mi manera de ver las cosas? ¿Por qué me acusabas y me castigabas por cosas que, con toda claridad, habías provocado tú?».

De niña no había podido formular todas esas preguntas. Y más tarde, ya adulta, conocía las respuestas o creía conocerlas. Me decía a mí misma:

«Mi madre tuvo una infancia difícil, y para poder reconciliarse con ésta tuvo que olvidar muchas cosas e idealizar a sus padres; mi madre, como todo el mundo en aquella época, creía en la educación. No sabía nada de mis sufrimientos, porque su propia historia personal la había hecho insensible a las peculiaridades del alma infantil y porque la sociedad la reafirmaba en su creencia de que el objetivo de la educación era hacer de los niños robots conformistas, a costa de la aniquilación de sus almas». ¿Se puede culpabilizar a una mujer que actuó en la escasa medida de sus posibilidades? Hoy pienso que no sólo se puede, sino que debe hacerse para que salga a la luz lo que les sucede a los niños día a día y para que las madres infelices consigan percibir de una vez por todas lo que les sucedió durante su infancia. El miedo a culpabilizar a los padres refuerza el *status quo* y asegura la ignorancia y la perpetuación de los malos tratos a los niños. Es necesario romper ese peligroso círculo vicioso. Son precisamente los padres que desconocen la realidad los que se convierten en culpables; a los padres conscientes no «les pasa» eso.

A veces las madres hacen enfurecer a sus hijos o les causan daño. Sólo un niño al que no se hiera ni maltrate será capaz de hacérselo saber a su madre, mediante palabras o señales. Yo carecía de esa posibilidad. La menor resistencia por mi parte me habría acarreado los peores castigos, y no sólo me veía obligada a callar, sino también a reprimir mis recuerdos y asesinar mis sentimientos. Mi madre no se daba cuenta de nada, y seguía aplicando tranquilamente sus métodos, constatando su «eficacia» y considerándolos, por tanto, correctos e inofensivos. Jamás temió mis

reacciones. Esperaba de mí que le perdonase todas sus injusticias y no le guardase rencor. Yo me sometía a todo ello, como habría hecho cualquier otro niño en mi situación; no me quedaba otra opción. Mi padre esquivaba todo enfrentamiento con mi madre y era incapaz de ver lo que sucedía delante de sus ojos. Al contrario que mi madre, nunca se dedicó apasionadamente a educarme, y en los escasos momentos en que estábamos juntos me daba incluso un poco de calor y ternura; pero nunca tomó partido por mis derechos. Jamás me hizo sentir que yo poseyera derecho alguno; jamás confirmó mi manera de ver las cosas ni reconoció la crueldad de mi madre.

Siendo niña no pude decirle a mi padre nada de eso porque yo no lo percibía en un nivel consciente. ¿Cómo podría yo haber notado que él eludía por completo sus responsabilidades de padre? Lo único que me quedaba era la consoladora idea de que su cálida mano me protegería de todos los peligros de la vida, y de que nada podría sucederme mientras yo caminara a su lado, cogida de su mano.

Me aferré durante décadas a esa idea para no tener que reconocer que aquella mano simbolizaba el buen recuerdo de mi relación con una persona, mi padre, que murió tempranamente, pero nada más. Pues si mi padre hubiera tenido el coraje de ver lo que me sucedía y de defenderme, mi vida habría transcurrido por muy distintos caminos. Me habría atrevido a confiar en mi propia manera de ver las cosas y a protegerme mejor a mí misma, en lugar de dejar que personas ignorantes me hicieran daño como me lo había hecho mi madre. Me habría atrevido a reaccionar, sirviéndome de mi instinto, a los mensajes de mis

hijos recién nacidos, en lugar de dejarme cohibir por enfermeras «que lo sabían todo». Pero para ello habría debido tener, siendo niña, la oportunidad de vivir mis sentimientos, de no tener que reprimirlos, de manifestarlos y de asumir mis derechos.

Algunas personas reaccionan ante estas verdades con la siguiente frase: cada ser humano tiene su propio carácter; no se le puede reprochar a los padres sus peculiaridades, haciéndoles responsables de todas las miserias del niño. Pero lo que he descrito más arriba no tiene nada que ver con rasgos de carácter individuales. Más bien se trata de una actitud universal frente al niño, la cual sólo se explica por la represión de los sufrimientos de la propia infancia, y que es perfectamente posible cambiar. Todo ser humano tiene la libertad de suprimir sus propios mecanismos de represión y de abrirse a nuevas informaciones: informaciones sobre las necesidades de los niños, sobre la vida emocional de éstos y sobre los peligros que conlleva la destrucción de los sentimientos infantiles.

Así pues, no se puede dejar de lado la cuestión de la culpabilidad. Quiero asumir expresamente mi postura ante esa cuestión y no eludir más el esclarecerla. Ese esclarecimiento viene siendo necesario desde hace mucho tiempo, pero probablemente sólo empieza a ser posible ahora, cuando ya existen jóvenes cuya infancia ha transcurrido de modo más positivo, y por esa razón no son necesariamente víctimas del temor a poner en tela de juicio a sus padres.

Cuando hoy hojeo mis primeros libros, me doy cuenta de que en ellos intenté una y otra vez evitar ser acusada de culpabilizar a los padres. Una

y otra vez indiqué que había que conceder al paciente el pleno derecho a vivir y expresar sus sentimientos de indignación, ira y furia contra sus padres. Pero al mismo tiempo añadía siempre que no podía hacerles a esos padres reproche alguno, pues no era a mí a quien habían educado, manipulado y robado la vida. Todo eso se lo habían hecho a sus propios hijos. Hoy no lo veo de esta manera. Sigo sin estar empeñada en hacer reproches a los padres de otras personas, pero ya no temo concebir y manifestar la idea de que algunos padres se convierten en culpables ante sus hijos a pesar de que actúan forzados por un imperativo interior y a consecuencia de lo trágico de su propio pasado.

No consigo imaginarme a asesino o delincuente alguno que *no* actúe impulsado por un imperativo interior. Pese a ello son culpables si destruyen o mutilan vida humana. La jurisprudencia reconoce las llamadas circunstancias atenuantes cuando se comprueba que en el momento del crimen el reo no estaba en plena posesión de sus facultades mentales; pero la motivación del criminal y sus miserias personales son una cosa, y el hecho de que aquéllas costasen la vida a uno o varios seres humanos, otra muy distinta. A diferencia de la práctica judicial, reconozco en todo asesinato no cometido en defensa propia, sino en la persona de seres inocentes que actúan en sustitución de algo, la expresión de un imperativo interior —del imperativo de vengarse de graves malos tratos, abandonos y situaciones de desconcierto de la infancia—, sin que se haya suprimido el mecanismo de represión que oculta los sentimientos provocados por esas situaciones.

Tales imperativos se esconden también tras los

fríos cálculos de algunos asesinos. Esto se puede ilustrar con el siguiente ejemplo.

En 1984, la National Public Radio de Washington me rogó que le concediera una entrevista. La periodista leyó previamente mis libros, y acudió bien preparada, entendiendo, en apariencia, todo lo que yo decía. Sólo tuvo dificultades con mi afirmación de que nadie cometería un crimen si fuera capaz de sentir los malos tratos a los que se le sometió durante su propia infancia. Precisamente las personas que pueblan las cárceles, añadí, no son capaces de revivir la historia de su infancia por lo terrible que fue y porque no han encontrado a nadie que les apoye en tal intento. El relato de la vida de Jürgen Bartsch, que comenté y cité en *Por tu propio bien,* sólo fue posible porque el periodista Paul Moor se acercó a Bartsch, se ganó su confianza y supo despertar en él los sentimientos del niño maltratado que fue. En todos los demás casos similares, el asesino es capaz de recordar los hechos, incluso de describirlos y publicar libros sobre los tormentos de su infancia, pero lo hace sin sentimiento, sin sentirse interiormente implicado, como si se tratara de otra persona, de un desconocido. Justamente por eso sigue hallándose bajo el imperativo de buscar nuevas víctimas para su rabia reprimida, latente e inalterada. Ni la más larga pena de prisión es capaz de cambiar esa dinámica interna, porque los impulsos tienen su origen en la infancia y pueden sobrevivir incluso sesenta años sin transformarse, a menos que se produzca un encuentro con otra persona que sepa despertar los sentimientos congelados, ayudando así al individuo a liberarse, por lo menos parcialmente, de esos perpetuos impulsos.

A aquella periodista norteamericana le dije que para comprobar mi tesis bastaría con hablar con presos y pedirles datos acerca de su infancia. Presumiblemente todos, sin excepción, hablarían de un padre severo que los castigaba a menudo, por supuesto pegándoles, pero sólo porque ellos eran malos y se lo merecían. A la madre, en cambio, la describirían en la mayoría de los casos como una mujer cariñosa, y aducirían circunstancias externas, como por ejemplo la pobreza, para justificar las crueldades a las que se les sometió.

Aunque a la periodista le costó aceptar el mecanismo de la represión como explicación de los crímenes, me hizo saber que las estadísticas confirman mis afirmaciones. Según ellas, el 90 por ciento de los internos de las prisiones norteamericanas fueron maltratados durante la infancia. Repliqué que estaba convencida de que no eran el 90, sino el 100 por ciento. El 10 por ciento restante no sólo reprimen sus sentimientos, sino que además niegan los hechos. Naturalmente, es posible que los primeros malos tratos no provengan de los padres, sino de las inhumanas prácticas de obstetricia frecuentes en nuestros hospitales. Esto es difícil de comprobar en los casos concretos, pero un niño al que se somete durante el nacimiento a graves traumas o, en la incubadora, al aislamiento de todo contacto humano, puede desarrollar muy tempranamente síntomas que le hacen aún más difícil recibir el amor de sus padres. Pero es del todo impensable que una persona que desde el principio obtenga de los adultos amor, ternura, cercanía, orientación, respeto, sinceridad y protección pueda convertirse más adelante en un asesino.

«¿Es realmente posible que la explicación sea

tan simple?», me preguntó mi interlocutora. Sí, es muy simple, y sin embargo la mayoría de las personas tiene dificultades para aceptarla porque el acceso a esa sencilla verdad está bloqueado por las experiencias dolorosas sufridas en la infancia. Por eso prefieren creer en teorías que suenan muy complicadas, pero que tienen la ventaja de ahorrarnos esos sufrimientos. Como consecuencia, millones de presos, sin nadie que les ayude, cumplen absurdamente sus condenas sin que nada en ellos cambie, y así se mantiene en funcionamiento la maquinaria que, entre otras cosas, sirve para que la culpabilidad de los padres de estos presos quede encubierta.

«¿Pero qué pasa», inquirió la periodista, «cuando una persona descubre mediante la terapia lo que sus padres le hicieron? ¿No puede ocurrir que quiera entonces matar a sus padres? ¿Y que así ese despertar de los sentimientos reprimidos no constituya una garantía contra el asesinato?» No, respondí; puede ser que esa persona quiera matar a sus padres, pero no lo hará. En primer lugar, porque los sentimientos despertados le harán sentir también el despertar de la vida en su interior, y no querrá arriesgarse a perder eso. Pero hay otro motivo más: los sentimientos en los que se descubre un vínculo con vivencias de la infancia están sujetos a la ley de la transformación. Con el tiempo cambian y dejan paso a nuevos sentimientos. El odio a los padres permanece inalterado mientras no se sea capaz de sentirlo, porque se tiene miedo a ese odio, y uno mismo se culpabiliza y teme la venganza de los padres. Pero si se consigue vivir conscientemente ese miedo con todas sus circunstancias concomitantes y se comprenden las conexiones con la infancia, se deja de

ser capaz de sentirse culpable de algo que han hecho otras personas. Esa liberación reduce el odio.

Cuando nos despedimos, yo no estaba muy segura de que mi interlocutora hubiera encontrado en mi exposición la respuesta que buscaba, pero la cinta de cassette redactada que me envió me mostró que me había entendido bien (*véase* Wendy Blair, «Children at Risk», National Public Radio, Washington, 1985). La periodista había intercalado en nuestra conversación diversas entrevistas con víctimas de malos tratos y una entrevista, que se hallaba desde hacía años en los archivos de su emisora, con un asesino. Se trataba de un hombre que había matado a 360 mujeres. Ya en su momento, al periodista responsable de la entrevista le había llamado la atención el hecho de que aquel hombre hablara de sus asesinatos sin sentirse emocionalmente implicado, pero el significado de aquella falta de sentimientos no se le reveló hasta conocer mis tesis. En sus respuestas, el asesino refería que su madre era prostituta y que le pegaba «cada vez que me cruzaba en su camino». Algunas veces había estado a punto de matarlo. Aquella madre no quería un niño, sino una niña, y obligó a su hijo a llevar, hasta los siete años, ropa de niña y el pelo largo. Cuando la maestra le cortó el pelo, su madre, enfurecida, habría querido matarla a palos. A la pregunta «¿Qué sentía usted cuando cometía sus asesinatos?», el preso respondió: «Nada». Salía de su casa cada día para matar a una mujer como quien acude a su puesto de trabajo. El periodista le preguntó si creía que aquella infancia difícil podía tener alguna relación con sus crímenes. «No, qué va», respondió el preso con plena convicción y,

por primera vez, con cierto sentimiento, «no puedo culpar a mi madre de lo que he hecho yo.»

Ese hombre reprimió tan profundamente su pasado que en toda su vida no ha tenido un solo sueño. A los catorce años mató a una chica de su misma edad; era la primera vez. Presumiblemente pretendía destruir a la niña que su madre había deseado tener en su lugar. Asesinaba impulsado por la simple y comprensible desesperación de no poder, en ningún caso, ganarse el amor de su madre, ya que era un niño y no una niña. Si la madre hubiera esperado de él otra cosa, quizás él habría conseguido satisfacerla, pero la vida no le dio esa oportunidad. El niño es capaz de todo con tal de obtener el amor de su madre, pues no puede vivir sin ese amor. Y ese niño, que sólo recibió odio de una madre que quizás, a sus ojos, tenía mucho amor para vender, buscó una manera de obtenerlo. Quizá se sintió impulsado a matar a las chicas simplemente para ser objeto de atención. No sabemos nada acerca de todo eso. Sólo él podría habérnoslo dicho, si hubiera tenido la posibilidad de sentir, de llorar, de soñar. Pero no la tenía. Su alma estaba enclaustrada. Y su único lenguaje era el asesinato.

¿Quién es, pues, culpable de la muerte de esas 360 mujeres? Por supuesto, el asesino adulto. Pero no sólo él. En la medida en que estemos dispuestos a reconocer las conexiones, no podremos decir que su madre está libre de culpa. El asesino dice: «Mi madre no tiene ninguna culpa de lo que yo he hecho», y la sociedad le da la razón. Yo soy de la opinión de que esa madre hizo de su hijo un asesino, aunque él no lo sepa, aunque la sociedad y ella misma no lo sepan o no quieran saberlo. Precisamente en esa ignorancia radica el

peligro. Para evitar en el futuro comportamientos irresponsables, es necesario advertir claramente ese riesgo.

Estas reflexiones son tan obvias, tan triviales, que resulta difícil imaginarse que alguien oponga resistencia a la correspondiente tarea de concienciación. Y sin embargo dicha resistencia existe, en especial entre los padres, quienes están verdaderamente necesitados de esa concienciación. ¿Por qué? Si a los padres —piensa uno— les sería de mucha ayuda saber hasta qué punto dañan inconscientemente a sus hijos... Así podrían corregirse en el futuro... Con todo, los padres que más provecho pueden sacar de una información correcta sobre la vida emocional de los niños son, ante todo, los que en su propia infancia no fueron seriamente dañados. Y, por desgracia, son una minoría. La mayoría de los padres se hallan desde su infancia en una especie de jaula emocional, y sólo esperan poder dar rienda suelta por fin a su vieja rabia inconsciente acumulada. La única puerta que conduce fuera de esa jaula son los hijos, pues éstos son las únicas personas a las que —bajo el pretexto de la educación— pueden pegar, insultar y humillar como sus padres lo hicieron con ellos en su día. Resulta trágico que la persona que se halla enjaulada y ve una sola puerta de salida no sea capaz de renunciar a ella. Permanecerá ciega y sorda a toda información razonable en tanto no exista una ley que cierre definitivamente esa puerta. Si la legislación prohibiese a los padres descargar en sus hijos la rabia que sienten hacia sus propios padres, tendrían que buscar otras salidas, y las encontrarían. Sin duda sería imposible, en ese supuesto, que el reencuentro con la propia historia no fuera doloroso;

pero ese dolor, como está comprobado, es saludable y no destructivo.

Si una madre se hallara en condiciones de sentir el daño que hace a su hijo, descubriría que a ella también le hicieron daño en su día y podría liberarse de sus impulsos de repetir la historia. Pero la educación y la religión le prohíben sentir lo que le pasó en su infancia, y la impulsan a hacerse culpable ella misma a su vez. La negativa a reconocer las consecuencias de los daños y heridas sufridos por los niños está extendida a lo largo y ancho de la sociedad. Desde hace milenios, todas las instituciones religiosas predican a sus creyentes el respeto a los padres. Esas exhortaciones no serían necesarias si las personas crecieran rodeadas de amor y respeto, pues en tal caso reaccionarían con un respeto natural ante todo lo que recibieran de sus padres. Si uno no tiene ningún motivo para respetar a sus padres, es lógico que haya quien quiera obligarle a hacerlo. Y esa presión tiene un efecto peligroso: toda crítica a los padres se califica de pecado y provoca por ello fuertes sentimientos de culpabilidad. A los padres, aunque estén muertos, hay que perdonárselo todo, así que son los niños quienes pagan los platos rotos. El hecho de que esto se considere moralmente correcto no hace sino aumentar lo escandaloso del asunto. Se sacrifican vidas futuras para asegurar un respeto compulsivo hacia personas que no lo merecen porque abusaron gravemente de su poder cuando sus hijos eran pequeños y confiaban en ellas. A pesar de esto, los seres humanos, en casi todas las culturas, acatan ese mandamiento. Hindúes, vietnamitas, chinos, árabes y africanos me cuentan una y otra vez las mismas historias: «Nos pegaban para

que aprendiéramos a respetar a nuestros padres. Lo que los padres hacían y decían era sagrado». Algunos añaden: «Nosotros también debemos educar a nuestros hijos en el respeto a los padres, para que no se conviertan en salvajes». Sólo en raras ocasiones se dan cuenta de que, al igual que los blancos, al pegar a sus hijos crean bombas de relojería y provocan salvajismo. Cierta vez, en una reunión en Londres, un estudiante de psicología negro me dijo: «Desde el primer momento fui maltratado física, psíquica y sexualmente». «¿Y cómo ha conseguido usted darse cuenta de ello?», le pregunté. «Lo comprendí gracias a sus libros, y ahora lo veo en todas partes, en todas las personas que me rodean. Pero todos, negros y blancos, dicen que estoy equivocado. Nuestros padres afirman que aprendieron la crueldad de los blancos, y niegan así la parte de responsabilidad de sus propios padres.»

«Quien no escarmienta y castiga a su hijo, no lo ama», leemos en los libros de Salomón. Esa supuesta sabiduría se halla hoy tan extendida que no es raro oír el proverbio «quien bien te quiere, te hará llorar». Incluso Kafka, que tenía un oído muy fino para las falsedades, afirmó una vez, según un testigo: «El amor se presenta a veces con el rostro de la violencia». Me parece poco probable que ese testigo citara correctamente a Kafka; pero al fin y al cabo Kafka, como todos nosotros, se forzaba a sí mismo a contemplar la crueldad como amor.

¿Es acaso posible ser cruel por amor? Semejante falsedad nos saltaría a la vista rápidamente si no estuviéramos acostumbrados a ella desde pequeños. La crueldad es lo contrario del amor, y sus efectos traumáticos no se ven disminuidos,

sino *reforzados,* cuando se la presenta como señal de amor. En un libro escrito en 1985 por el periodista norteamericano Phil Donahue se halla el siguiente pasaje:

¿Qué deben hacer, pues, los padres? ¿Significa todo esto que no debemos darles jamás a nuestros hijos unos azotes en el trasero? Sin duda no queremos convertirlos en ladrones por culpa de una disciplina demasiado severa, pero por otro lado no queremos que crezcan indisciplinados. ¿Existe alguna manera de castigar a un niño sin causarle daños emocionales? ¿Es en verdad la sensibilidad infantil a los castigos corporales tan alta que haya que clasificar incluso el más leve cachete entre los traumáticos «malos tratos» que pueden hacer del niño un delincuente o un neurótico sin remedio? ¿Es posible disciplinar físicamente a un niño sin tener que arrostrar por ello terribles sentimientos de culpabilidad?

No todos los estudiosos del comportamiento humano están de acuerdo con Miller en que los castigos tengan inevitablemente un efecto destructivo, aun en el caso de que se los aplique en el contexto de una relación presidida por el amor. Por ejemplo, Jerome Kagan, de la Universidad de Harvard, opina que los niños son completamente capaces de aceptar castigos sin por ello desarrollar en la edad adulta una tendencia a comportamientos violentos. Para él, la actitud de los padres —a excepción de casos extremos de malos tratos— no es tan importante como la interpretación de esa actitud por parte del niño. Según Kagan, el castigo corporal puede provocar comportamientos delictivos, criminalidad, drogadicción, etc., sólo en el caso de que el niño lo interprete como injusto y no como expresión del deseo de los padres de ayudarle a convertirse en un adulto de provecho. Efectivamente, muchos estudiosos —según Kagan— exageran el papel de los padres en lo referente a las causas del comportamiento violento de los hijos. Aunque toma decididamente postura contra los castigos y los abusos sexua-

les ejercidos por los progenitores, tiene gran confianza en la capacidad del animal humano de sobrevivir a una infancia traumática y convertirse en un miembro responsable de la sociedad. La típica reacción de los padres que descubren en sus hijos comportamientos antisociales es sentirse culpables. Se preguntan: ¿en qué me he equivocado? Según Kagan, la respuesta es: probablemente en nada. En su opinión, la tesis de que todo adolescente que le roba el bolso a una anciana no ha recibido de su madre suficiente amor resulta demasiado simple (Donahue 1985, p. 211).

Aunque este texto parece partir de la cuestión de cuáles son los comportamientos de los padres que pueden traumatizar de modo permanente a los hijos y pretende, en apariencia, expresar la preocupación del autor por el bien de éstos, su encadenamiento de ideas muestra que, por el contrario, sólo es en el fondo un intento de liberar a los padres de sus justificados sentimientos de culpabilidad. Les asegura que nada de lo que hacen encierra un peligro. Según el autor, el niño no sufre daño alguno si sabe que se le atormenta en nombre del «amor» y «por su bien». Basados en falsedades, este tipo de bálsamos para las malas conciencias se sirven de las afirmaciones de «expertos» y satisfacen, por supuesto, los deseos de todos los padres que no están dispuestos a cuestionar su propio comportamiento.

Pero ¿son necesarios esos bálsamos, no hay otras posibilidades? ¿No se les podría explicar franca y abiertamente a los padres *por qué* traumatizan a sus hijos? Aunque no todos, sin duda algunos dejarían de hacerlo. Pero, con toda seguridad, no dejarán de torturar a sus hijos si se les dice —como se les decía a sus propios padres hace treinta años— que, si se quiere al niño, una

bofetada más o menos no perjudica. Esta idea, a pesar de la contradicción que contiene, pasa sin problemas de una generación a otra porque estamos acostumbrados a ella. Pero el amor y la crueldad se excluyen mutuamente. No se abofetea por amor, sino porque cuando éramos criaturas indefensas se nos abofeteó en situaciones similares y se nos forzó a entender eso como un signo de amor. Permanecemos sumidos en ese error durante treinta o cuarenta años y, llegado el momento, se lo transmitimos a nuestros propios hijos. Eso es todo. Al venderle al niño ese error como verdad, se crean nuevos errores, los cuales hallan reflejo en el pensamiento de determinados expertos, pese a lo cual no dejan de ser errores. Si, por el contrario, somos capaces de reconocer ante el niño nuestros errores y de pedirle disculpas por nuestra incapacidad de dominarnos, no crearemos más errores.

Si una madre es capaz de hacer comprender a su hijo que en ese momento concreto olvidó cuánto lo quiere porque se hallaba dominada por sentimientos que no tenían nada que ver con él, el niño entenderá la situación, se sentirá respetado y podrá orientarse en su relación con la madre. Ciertamente no se puede obligar a nadie a amar a sus hijos, pero nadie está forzado a comportarse con hipocresía. No sé si en el mundo animal existe la hipocresía. En cualquier caso, jamás he oído que los animales crezcan oyendo que deben ser atormentados casi hasta morir para convertirse en «animales decentes y disciplinados». La bienintencionada pero ingenua confianza de Kagan en la capacidad del «animal humano» de sobrevivir sin sufrir daños a una infancia traumática ignora por completo el fatal, destructor y nefasto

carácter de esos traumas. Muchas comparaciones entre la agresión humana y la animal ignoran también el hecho innegable de que, ante cosas como el poder destructivo nuclear de la humanidad y la *disposición* a destruir de la que, entre otros, dieron prueba Hitler y Stalin, todas las amenazantes fauces animales del mundo parecen inofensivas. ¿Es posible que haya catedráticos de Harvard que no sepan eso? Desde luego. Si su confianza en la inocuidad de los traumas infantiles la basan en las opiniones de sus abuelas, jamás aprenderán nada de los hechos, pues esa confianza permanece, por lo que se ve, invariable durante toda la vida. Pero, en vista de los graves errores que produce y de la peligrosa hipocresía que sustenta, esa confianza no es en absoluto inofensiva. Son precisamente esas reacciones ante los traumas infantiles generalmente ignorados las que amenazan en la actualidad a nuestro mundo (*véase* A. Miller 1988a, caps. 5, 6 y 7).

3
El niño malo: cuento de hadas favorito de los científicos

La ceguera congénita es, en la mayoría de los casos, un destino irreversible. Pero la ceguera emocional que describiré aquí no es congénita. Es consecuencia de una represión de sentimientos y recuerdos que posteriormente hace al ser humano ciego ante determinados nexos causales. Esa ceguera no es irreversible, pues toda persona puede tomar la decisión de liberarse de la represión. En ese momento necesitará, por supuesto, la ayuda de otras personas, a las que encontrará si está realmente decidida a afrontar la verdad.

El que el individuo pueda aprovechar esa oportunidad depende en gran medida de cómo fuera su infancia, de si ésta se pareció a un régimen totalitario en el que, aparte de la policía, no existían otras instancias, o, por el contrario, el niño tuvo alguna vez la ocasión de experimentar algo que no fuera crueldad y gracias a ello puede, en su situación actual de adulto, recurrir a experiencias positivas de la infancia.

El encuentro con la historia personal de uno mismo no sólo elimina la ceguera que hasta el momento padecía el niño que hay en el adulto, sino que además reduce el bloqueo mental y emocional en su conjunto. Volveré más adelante sobre este punto, pero ahora quiero mostrar por medio de algunos ejemplos el funcionamiento de esa ce-

guera y la manera en que influye en el pensamiento del ser humano.

Una revista americana publicó no hace mucho un informe de varias páginas acerca de los motivos que pueden inducir a una mujer a matar a un hijo suyo (Ann Jones, «Mothers Who Kill», en *The Newsday Magazine,* 19 de octubre de 1986). El reciente asesinato de un bebé de ocho meses sirve de punto de partida para reflexiones de carácter general. En primer lugar se describe la situación: una joven se halla sola en su casa con un hijo de tres años y una hija de ocho meses. Acaba de tener una desagradable conversación telefónica con su padre y ahora quiere explicársela a su hermana, pero el bebé, berreando continuamente, hace el diálogo casi imposible. La mujer no consigue oír lo que dice su hermana, se ve presa de la desesperación y de repente empieza a golpear al bebé con el auricular hasta que se hace el silencio. Acaba de convertirse en una asesina, aunque no era su intención matar al bebé. Sólo quería librarse de aquel griterío que le resultaba insoportable.

La autora del artículo describe la desgraciada infancia de esa mujer. El padre era alcohólico y solía andar por la casa cuchillo en mano, amenazando con matar a las dos niñas. Les pegaba sistemáticamente y abusaba sexualmente de ellas. Una vez, mientras la niña dormía, su padre la sacó violentamente de la cama y la colgó, con la ayuda del camisón, de una alcayata clavada en la pared. La niña permaneció así tres horas, mientras los padres se peleaban; la madre abandonó al padre mientras la niña seguía colgada de la pared.

Basta con esos ejemplos para concebir las tor-

turas a las que la actual asesina se vio sometida durante su propia infancia. En el ulterior transcurso de su vida, la chica no pudo hacer nunca tampoco lo que quería, como por ejemplo estudiar. Se lo impidieron los embarazos indeseados, que no se le permitió interrumpir mediante el aborto. Tanto sus inmaduros compañeros ocasionales como los inspectores médicos la forzaron a adoptar el papel de madre, y por fin acabó matando a uno de sus hijos. Resulta significativo que lo hiciera mientras intentaba sin éxito dar expresión a sus sufrimientos. Había recurrido al teléfono en busca de consuelo; probablemente quería contarle a su hermana las impertinencias que había tenido que soportar durante la previa conversación con el padre, pero el griterío de la criatura se lo impedía. El bebé la obligaba a hacer el papel de madre, para el que en aquel momento se hallaba menos preparada que nunca, y le impedía expresar sus sufrimientos como habían hecho, desde siempre, otras personas. Pero en aquel caso quien lo hacía era un ser más débil, y así la mujer pudo «defenderse».

Más tarde, en la cárcel, volvió a dar a luz un bebé, pero siguió sin hallar, entre todas las personas que la rodeaban, a nadie con quien poder investigar los motivos profundos de aquel absurdo engendrar y destruir. El artículo tampoco aporta nada en ese sentido. Pasa rápidamente de largo por la infancia descrita al principio y se dedica a enumerar como causas de ese asesinato una serie de circunstancias de la vida adulta de la mujer en cuestión: sus compañeros, los hombres, la pobreza. Son esos factores los culpables de que una madre mate a su bebé, concluye el artículo. Se cita a diversos especialistas, se recurre a diver-

sas teorías, se hacen diversas propuestas y se exige la puesta en marcha de estudios que investiguen el modo en que la sociedad induce a determinadas mujeres a matar a sus hijos.

Lo que al principio del artículo resultaba evidente se echa en falta a la hora de llegar a conclusiones. ¿Por qué? Por un motivo, muy simple, que probablemente también indujo a Sigmund Freud a ocultar la verdad en 1897 (*véase* I,4 de este mismo libro). Intentemos imaginarnos que, siendo niños, nos pasamos tres horas colgados de la pared en camisón y que en semejante situación nuestra madre nos abandonara a nuestra suerte, dejándonos en manos de un padre enfurecido. Sigamos recurriendo a nuestra fantasía para imaginarnos los sentimientos que eso habría provocado en nosotros. Nos negamos a hacerlo, pues tal intento nos hace revivir situaciones similares, de las que a toda costa queremos evitar acordarnos. ¿Qué puede hacer un niño al que se le deja totalmente solo con su pánico, su rabia impotente, su desesperación y su dolor? No puede ni siquiera permitirse llorar, mucho menos gritar, si no quiere que lo maten. La única posibilidad de liberarse de esos sentimientos es reprimirlos. Pero la represión de los sufrimientos es una magia traidora. Resulta providencial en el momento del peligro, pero tiene un precio que nos veremos obligados a pagar algún día. La rabia impotente renace cuando vienen al mundo nuestros propios hijos, y puede así por fin desatarse, de nuevo a costa de un ser indefenso.

Cuando un niño se ve obligado a consumir todas sus capacidades y energías en el necesario esfuerzo de reprimir sus sufrimientos, y si además nunca ha sabido lo que es ser amado y pro-

tegido por alguien, ese niño no será tampoco en el futuro capaz de protegerse y organizar su existencia de un modo sensato y productivo. Volverá a atormentarse en relaciones destructivas, se unirá sentimentalmente a personas irresponsables que le harán sufrir, y apenas podrá, sin embargo, percibir que el origen de todas sus penas está en sus padres y otros educadores. El esfuerzo de represión de los sufrimientos, realizado en su día para hacer posible la supervivencia, le impedirá esa percepción, esta vez en detrimento de sus intereses de adulto. Aquello que el niño, a fin de sobrevivir, no pudo permitirse sentir no podrá tampoco, en determinadas circunstancias, sentirlo el adulto a lo largo de toda su vida.

La función salvadora de la represión en la infancia se transforma posteriormente en el adulto en una fuerza destructora. Pues si la madre que acabó convirtiéndose en asesina hubiera podido vivir conscientemente el odio hacia su padre, si no hubiera tenido que reprimir sus sentimientos infantiles, no habrá cometido el crimen. Habría sabido a quién iba dirigido su odio mientras se desesperaba al teléfono y no le habría hecho pagar el precio a su propia hija. Su ceguera, un día necesaria, y la ceguera de toda la sociedad contribuyen a que esa mujer no obtenga ayuda alguna. Pasados los largos años de prisión o de terapia de carácter educativo, seguirá prisionera de su odio latente al padre y del miedo a ser una niña que grita y a la que hay que castigar. Mientras la sociedad, terapeutas incluidos, sigan dominados por el temor a poner en tela de juicio a los padres, esa mujer correrá el peligro de repetir su crimen y se sentirá una y otra vez obligada a quitar de en medio a esa criatura de

estridentes berridos que nunca le permitieron ser.

Ese temor de la sociedad contribuye a la vigencia de muchas de las cosas que aprendimos de pequeños y que hemos vuelto a oír repetidas veces durante nuestra vida. Entre ellas se cuenta la creencia de que el niño, en sí mismo, es un ser malo, salvaje, al que mediante nuestra cultura podemos convertir en algo mejor. Existe toda una serie de creencias semejantes que, a pesar de que se ven rebatidas por la realidad, son difíciles de cambiar, porque justifican nuestro sistema educativo. Sobre esas creencias se han construido numerosas teorías de lo más complicado, que los estudiantes de todas las universidades aprenden y unas décadas después, enseñan en su calidad de profesores, a pesar de que su falsedad está más que probada. En mi libro *Du sollst nicht merken* mostré con qué exactitud la teoría de los instintos de Freud y la teoría del lactante cruel de Melanie Klein coinciden con las creencias pedagógicas tradicionales. Lo que sostuvo Martín Lutero hace cuatro siglos (*véase* C. H. Mallet 1987) sigue vigente en nuestros días; escuchemos por ejemplo al psicoanalista Edward Glover:

> Si contemplamos estas revelaciones ante el telón de fondo del ámbito social, podemos afirmar que el niño normal de corta edad es casi por completo un ser egocéntrico, codicioso, sucio, de comportamiento exaltado y costumbres destructivas, profundamente orientado hacia lo sexual, jactancioso en su comportamiento, desprovisto de todo sentido de la realidad —excepto quizás en formas primitivas—, carente de sentido de la moral, y oportunista, desconsiderado, dominante y sádico en su actitud hacia la sociedad (representada por la familia). Si prestamos ahora atención a la personalidad criminal que calificamos de

psicopática, comprobaremos que muchas de las características arriba mencionadas pueden perfectamente persistir, en determinadas circunstancias, hasta bien entrada la vida adulta. Es más: en el contexto de las normas sociales del adulto, el niño normal de corta edad es, por decirlo así, el criminal por excelencia (E. Glover 1970).

Cuando me opongo a esta tesis de la crueldad del niño, se me contradice a menudo con el argumento de la supuesta sexualidad infantil. Sin la moral de la «pedagogía negra» (*véase* A. Miller 1980), semejante argumentación sería impensable. Pues esa moral presupone que la sexualidad es una cosa mala y generadora de culpa. El psicoanálisis no parece haberse liberado hasta ahora de semejantes juicios de valor. Aunque la existencia de la sexualidad infantil fue elevada a dogma central del psicoanálisis, no está claro sobre qué definición de sexualidad se asienta tal teoría.[1] La literatura psicoanalítica aduce ejemplos que hacen referencia a fenómenos muy heterogéneos, como por ejemplo la curiosidad y sensualidad infantiles, la necesidad de contacto corporal, de estimulación mediante caricias, de ternura, de contactos suaves y tranquilizadores y de calor corporal ajeno, así como a numerosas experiencias de placer con el propio cuerpo, incluyendo las zonas genitales. Pero todo eso no es sexualidad, aunque los adultos a quienes en su día se educó con frialdad, severidad y privaciones corporales lo llamen así. En tiempos de Sigmund Freud, el autoerotismo infantil se castigaba con la máxima severidad y la manipulación de los propios genitales se re-

1. Para una mejor comprensión de lo que sigue, ver mi exposición del tema en *Du sollst nicht merken. (N. de A.M.)*

primía con amenazas de castración porque los adultos proyectaban en el niño sus propios sentimientos de «impureza» y lo castigaban por sus propias fantasías prohibidas. Pero ello no significa que el autoerotismo infantil, la sensualidad y la curiosidad sean idénticos a la sexualidad.

La sexualidad es el impulso que induce al ser humano al apareamiento y que no es estimulado hormonalmente hasta la pubertad. Si partimos de esa definición biológica, está claro que esa sexualidad no existe en los niños. Por supuesto, los abusos sexuales dejan huellas en el niño, de modo que es posible que éste simule un comportamiento «sexual» para no perder el afecto del adulto. Esto produce una imagen deformada. Me he preguntado durante mucho tiempo por qué la desgracia de esos niños y su comportamiento se aducen sin cesar como prueba de su culpabilidad, cosa que sucede tanto en los tribunales como en las consultas de los psicoanalistas. Lo que se consigue de tal manera es, también en estos casos, liberarse de la sexualidad «impura» atribuyéndosela, mediante un mecanismo de proyección, al niño.

Aun en el caso de que el impulso de apareamiento estuviese presente de forma activa ya en el recién nacido —lo cual es completamente absurdo—, ¿qué habría de culpable en ello? La sexualidad es un impulso natural al que no puede hacerse responsable de que algunas personas lo utilicen para malograr o destruir la vida de otras. Quien hace tal cosa es culpable, pero no porque haya sucumbido al impulso de apareamiento, sino porque en su historia personal este impulso se halla en conexión con otros factores, como crueldad, humillación y abuso de poder, y todo eso

lleva a la persona a actuar de modo destructivo. El hecho de que la sexualidad forme parte del comportamiento destructivo de algunas personas, no significa que haya que culparla a ella. Me he servido del ejemplo de Jürgen Bartsch para mostrar cómo una persona atormentada durante su infancia puede convertirse en un criminal, y hasta qué punto es erróneo culpabilizar a su sexualidad y a sus «instintos» de ello (*véase* A. Miller 1980, *1985b*). Para comprender que no es posible que un niño pequeño sea cruel, basta con tener en cuenta que es un ser indefenso, que no puede vengarse en la piel de otros —excepto quizás en animales pequeños— de los tormentos a los que se le somete; el niño no está aún dotado del poder de destruir vidas humanas, aunque por supuesto su fantasía pueda albergar —y es necesario que pueda albergarlos— pensamientos asesinos y deseos de venganza.

Una joven psicoanalista infantil, que trabaja según los métodos de Melanie Klein, me dijo una vez: «Se nota que usted no tiene hijos, porque si los tuviera sabría que los niños no son tan inocentes como usted los describe, sino que tienen fantasías crueles. Eso se puede observar ya en el lactante que abofetea a su madre». No le dije inmediatamente a aquella colega que soy madre de dos hijos, sino que me limité a pedirle que me aclarara qué entendía por «abofetear». Me describió la imagen de un bebé que, en pleno arrebato de furia, golpea a su madre en la cara con las manos, con los puños incluso, añadió. Ella no tenía hijos, continuó, pero había podido observar aquel comportamiento en varias ocasiones, y también se lo habían referido madres de niños que ella estaba tratando. Para hacer tambalearse su

seguridad, repliqué que esos golpes podían tratarse tan sólo de un juego inofensivo, y que todo dependía de cómo lo encajara la madre. Sólo si la madre se siente humillada y maltratada por los golpes, si confunde a su hijo con sus propios padres y recurre a medidas educativas, entonces es posible que el comportamiento, en principio lúdico, del niño se convierta en pura desesperación y adopte rasgos destructivos. El niño, en tal caso, se siente incomprendido, y no puede expresar su desesperación de otra manera que golpeando con sus puños el rostro de la madre. Cuando le describo semejante situación a una persona que no ha pasado por diez años de formación en la técnica de Klein, me comprende enseguida. Pero aquella colega me lanzó una mirada llena de desconfianza y me dijo: «Melanie Klein trabajó con niños durante toda su vida, y sus teorías se basan en sus observaciones».

Esa es precisamente la cuestión. ¿Con qué ojos se realizan esas observaciones? Una madre ve cómo su hijo patalea y grita y se siente de inmediato obligada a inculcarle disciplina. Por algo lo aprendió de su propia madre; esas tempranas lecciones son extraordinariamente efectivas. Melanie Klein observó a su hijo y a los otros niños en su consulta sobre la base de su propia educación, y evidentemente no consiguió ver otra cosa que lo que en su día había aprendido de su madre. Ginecólogos, enfermeras y padres observan desde siempre chillar a los recién nacidos y están tan ciegos como ella al hecho de que esos gritos sirven de expresión a dolores psíquicos y son perfectamente evitables.

Mi afirmación de que el niño de corta edad es inocente no tiene nada que ver con idealizaciones

románticas, ni se deriva de juicio de valor filosófico alguno, sino de la situación real del niño: es un ser indefenso que no es aún responsable de ninguna otra persona ni le debe todavía nada a nadie. Pero esta afirmación no contradice la observación, nada infrecuente, de que los niños pueden comportarse de modo muy cruel, exactamente con la misma crueldad con que ellos mismos han sido tratados. Erin Pizzey, la fundadora de las Casas para Mujeres y Niños Maltratados, cuenta que algunos niños, incluso de tres años, son incapaces de pelearse jugando, como hacen los demás, y se comportan como auténticos matones. Esos niños reflejan con todo detalle en su comportamiento la brutalidad experimentada en el hogar y muestran de manera inconfundible dónde han aprendido esa conducta destructiva.

A menudo padres preocupados me preguntan si no existe el peligro de que los niños aprendan a ser crueles por culpa de ciertos programas de televisión. En mi opinión, un niño que no arrastre consigo una carga de rabia acumulada no demostrará ningún interés por programas de televisión brutales y sádicos. En cambio, las películas violentas son objeto de gran atención por parte de los niños que son víctimas de groseros o sutiles malos tratos contra los que no pueden defenderse, o que jamás logran expresar sus sentimientos por otros motivos, por ejemplo para evitarle problemas a su padre o a su madre cuando éstos se hallan sujetos a algún tipo de presión. En tales casos, el niño satisface ante la pantalla sus secretos deseos de venganza mediante un proceso de identificación. Esos niños llevan ya en su interior las condiciones previas para una posterior conducta destructiva. El que ésta se manifieste de-

penderá de si la vida les ofrece otras alternativas aparte de la violencia, es decir, de si se cruzan en su camino personas que puedan salvarlos. Pero el niño no aprende a ser cruel contemplando la crueldad (por ejemplo en el televisor), sino solamente si la padece en su propia carne y se ve forzado a reprimir sus sufrimientos.

La escuela de la crueldad está a menudo en conexión con los abusos sexuales. Lo que hace el muchacho de veinte años al masturbar a un niño de cinco es imponerle a este último el componente destructivo de la autosatisfacción. El niño jamás se liberará de esa clase de satisfacción sexual y, cuando sea adulto, se verá inconscientemente forzado a vengarse de alguna manera en un niño de la violación de la que fue objeto. Es así cómo se enseña, aprende y camufla la destructividad, con todas las motivaciones y racionalizaciones que la acompañan.

Es de los adultos de quien el niño falto de amor aprende a odiar, a atormentar y a camuflar tales sentimientos con mentiras e hipocresías. Por eso cuando sea adulto afirmará que los niños necesitan normas y socialización. Pero eso mismo es ya una mentira que le facilitará la entrada en la sociedad de los adultos, una mentira que preside toda la pedagogía y también el psicoanálisis. El niño de corta edad no conoce la mentira y está dispuesto a tomarse totalmente en serio palabras como verdad, amor y misericordia, que oye en la clase de religión. Sólo cuando se da cuenta de que con su ingenuidad hace el ridículo, aprende a disimular. Mediante la educación el niño aprende los modelos del comportamiento destructivo, el cual será más adelante interpretado por especialistas como consecuencia de un instinto destruc-

tivo congénito. Quien se atreve a poner en cuestión esa interpretación se hace objeto de la hilaridad de todos y se le considera ingenuo, como si nunca hubiera visto de cerca un niño y no supiera que los niños pueden llegar a «sacarle a uno de quicio». Como mínimo a partir de Sigmund Freud, todo aquel que se mueva en círculos «progresistas» debe saber que los niños vienen al mundo con un instinto *thanático* y que nos podrían matar a todos si no «cortáramos por lo sano».

Una catedrática me pidió hace algún tiempo una entrevista acerca de mi crítica al psicoanálisis para publicarla en su revista. No me fue posible contestar a sus preguntas, que recibí por escrito, pero le prometí dar respuesta a algunas de ellas en el próximo libro que escribiera. Me dispongo a hacerlo a continuación, pues esas preguntas representan una postura con la que me veo confrontada a menudo; la de las personas que, si bien se esfuerzan en adquirir nuevas nociones, se niegan, sin embargo, rotundamente a renunciar a las viejas creencias que sus padres les transmitieron durante la infancia y que más tarde vieron confirmadas, mediante diversas teorías, en las universidades. Veamos una de las numerosas cuestiones: «Cuando usted postula la inocencia del niño, es como si negara que el niño es sujeto de sus propios deseos. Usted describe la impotencia, la alienación, la dependencia del niño, y hasta qué punto se halla a la merced de la voluntad de los adultos. Pero el niño no carece de deseos, de fantasías, de proyecciones».

¿Cómo es posible que se califique al niño de culpable sólo porque es «sujeto de deseos, fantasías y proyecciones»? El niño, ya el recién nacido, es, por supuesto, un conglomerado de necesidades, y jamás se nos ocurriría calificar eso de

culpa (!) si nuestros padres no hubieran experimentado nuestras necesidades y deseos como molestas exigencias. En nuestra infancia aprendimos a sentirnos culpables de nuestras necesidades y deseos, y más adelante elaboramos nuestras teorías a partir de esa experiencia básica. Esa confusión se manifiesta en la cuestión citada más arriba. El niño no tiene derecho a ser sujeto: no es más que el objeto de la pedagogía. El que, por si no bastara con adjudicarle ese papel, se le califique además de culpable, es algo que no puede sorprendernos. No hay calumnia de la que no se pueda hacer víctima al niño, y lo trágico es que esas etiquetas pueden conservar su vigencia durante la vida entera. Toda su vida, el niño culpabilizado creerá en su culpa y su maldad por el hecho de tener deseos y fantasías. Y, llegado el momento, esa creencia le impedirá, ya adulto, darse cuenta de que a esos niños malos y difíciles se les ha forzado a ser así.

A la mayoría de las personas no les interesa en lo más mínimo saber por qué un niño determinado ha llegado a ser como es. Cuando se les recuerdan las causas —un padre brutal, una madre sólo interesada en sí misma—, dicen que eso no es ninguna justificación para robar. De pequeños, todos lo pasamos mal alguna vez, y no por eso nos hemos convertido en delincuentes. No les interesa saber que el motivo de que no todo el mundo evolucione igual son los distintos grados de afecto recibidos. Sólo les interesa una cuestión: ¿cómo puedo disciplinar a mis hijos, cómo debo castigarlos para que lleguen a ser personas decentes, para que no mientan, no roben y no se escapen de casa? A menudo se oye decir: los niños a los que se mima y que tienen todo lo que

quieren preferirán robar en lugar de trabajar, así que hay que acostumbrarlos a esforzarse si quieren obtener algo, hay que acostumbrarlos desde el principio a la dureza de la vida, y no satisfacer todos sus deseos aunque ello esté en nuestras manos, hay que ponerlos a raya, hay que, hay que... Cuando pongo en cuestión semejantes creencias, afirmando, por ejemplo, que el niño debe tener la libertad de ponernos a raya *a nosotros* cuando exigimos demasiado de él, cuando lo maltratamos o humillamos, se me contempla con asombro y se me pregunta: ¿Tiene usted hijos? ¿No sabe lo malos que pueden llegar a ser los niños? Usted idealiza a los niños; parece que no ha visto usted en su vida un niño difícil.

Por supuesto que los he visto, incluso en clínicas psiquiátricas, donde oponían resistencia a los métodos educativos más sofisticados, por ejemplo no hablando, negándose a comer o arrancándose mechones de pelo, porque nadie se interesaba de verdad por sus torturas ni se hacía cargo de su dolor. Todo el mundo se esforzaba en disciplinarlos, en enseñarles algo positivo, a leer, a escribir, a hablar, a comer, pero nadie quería hacerse una idea de lo trágico de sus existencias. Al preguntar por ello durante entrevistas con médicos y enfermeras, me llamó la atención lo poco que los asistentes y los médicos sabían acerca de la situación familiar y la historia personal de los niños. Pero bastaba con lo poco que podían decirme para intuir el terror psíquico al que los niños se habían visto sometidos, pese a lo cual las personas que me informaban parecían no percatarse de ello. Pues lo que yo llamo «infierno» es para ellos lo más normal del mundo. «A muchos otros les pasan cosas parecidas», dicen, «y no por eso se vuelven

psicóticos, autistas o mutistas.» Y así se persiste en buscar la explicación en factores biológicos congénitos, a los que se intenta poner remedio con la ayuda de la educación y los medicamentos.

Semejantes intentos, por bien intencionados y sinceros que sean, acarrean el peligro de traumatizar y confundir aún más al niño, porque, pese a todos los esfuerzos, no se le llegará a comprender hasta que se reconozca plenamente la crueldad que se ejerce contra ellos.

Ciertas creencias se transmiten, sin ser criticadas, de generación en generación, y además con tal énfasis que nadie se toma la molestia de hurgar en ellas. No sólo por temor a las reprimendas; a menudo ni siquiera se llega a correr ese riesgo, pues se tienen por correctas las creencias recibidas. Me serviré de un ejemplo para ilustrarlo.

A menudo recibo de diversas clínicas la petición de dar una conferencia. Para evitar un monólogo, intento mantener con el personal de la clínica un diálogo en el transcurso del cual los presentes pueden plantearme sus preguntas. En esas discusiones me hallo una y otra vez frente a partidarios del psicoanálisis cuya actitud me parece típica. Me felicitan por mi trabajo y encarecen mis «esfuerzos en pro de los niños maltratados», pero por regla general pasan completamente por alto las consecuencias de mis argumentos para su teoría. Sin darse cuenta, acaban citando su credo, del que se desprende que existe el incesto imaginario, que el recién nacido no viene al mundo inocente sino con instintos destructivos, y que el incesto no representa infracción alguna, sino una «interacción» entre el niño y el adulto.

No hace mucho me sucedió algo parecido con el médico jefe de cierta clínica, a quien sus colabo-

radores consideran persona comprensiva y nunca prescriptor de medicamentos nocivos. Las enfermeras de su sección me hablaron de los terribles traumas que habían sufrido los niños psicóticos y autistas a los que se trataba allí. Sabían, pues, lo que tenían entre manos. Su jefe tampoco desconocía los hechos. Y, sin embargo, pasaba por alto las conexiones. Todavía no se había dado cuenta de que, ante nuestros conocimientos actuales acerca de los niños maltratados, las teorías de Freud se han vuelto insostenibles. ¿Cómo va a darse cuenta? Por falta de tiempo no lee las informaciones sobre malos tratos infligidos a la infancia que aparecen en los periódicos; aunque, de todos modos, no le interesan. Sigue considerando correcto lo que aprendió hace veinte o treinta años, escribe libros sobre el tema, visita a sus pacientes, dirige un grupo de trabajo. ¿Cómo va a cuestionar lo aprendido hace años, si jamás ha intentado establecer mentalmente relaciones entre las teorías que aprendió, las experiencias de su trabajo práctico y las informaciones sobre niños maltratados?

En las reacciones ante estos nuevos descubrimientos no sólo se refleja la formación recibida, sino también la trágica desigualdad de oportunidades: el niño amado recibe el regalo del amor y con él también el del saber y la inocencia. Es un regalo que le ayudará a orientarse toda la vida. Al niño maltratado le falta todo, porque le falta el amor. No sabe lo que es el amor, confunde constantemente maldad con bondad y mentira con verdad. Por eso volverá a dejarse arrastrar a la confusión una y otra vez.

Volví a ser testigo de este estado de confusión durante la discusión, mantenida entre expertos, sobre un caso concreto: una mujer que de niña

recibió mucho amor y a la que no se forzó a un alto rendimiento escolar, se hizo cargo de un niño autista de nueve años al que adoptó posteriormente. La mujer pudo darle mucha ternura, contacto corporal y confianza en sí mismo, confirmar sus sentimientos, intuir sus necesidades, percibir sus señales y por fin entenderlas. En los brazos de esa mujer, el niño aprendió a mostrar sus sentimientos, a experimentar conscientemente su rabia por todo lo que le había sucedido hasta entonces y a descubrir el amor. Acabó convirtiéndose en un adolescente sano, inteligente, abierto y muy vivaz.

Conté esa historia en un grupo de expertos que se ocupan del autismo. Los que eran médicos replicaron que el autismo es una enfermedad neurofisiológica incurable, y que en aquel caso la evolución descrita mostraba que no podía tratarse de autismo, es decir, que había habido un diagnóstico erróneo. Los psicólogos, los asesores familiares y los analistas opinaron que aquella historia debía de ser una grosera simplificación de los hechos, pues ellos conocían muchos casos de autistas a los que largos años de psicoterapia no habían hecho cambiar en nada, lo cual, por otra parte, no me cuesta nada creer. Luego añadieron que historias como aquélla no servían de ayuda a los padres de niños autistas; antes bien, les provocarían sentimientos de culpabilidad, ya que no todos los padres están en condiciones de dedicar tanto amor y tanto tiempo a sus hijos autistas; la mayoría tienen más hijos, y no pueden descuidar sus actividades laborales, y al fin y al cabo son sólo seres humanos. Les dije que me parecía irrelevante el que alguien tuviera o no sentimientos de culpabilidad, pues de lo que se trataba era de descubrir una verdad transcendental.

La historia de aquel niño de nueve años me confirmó en lo que ya sospechaba desde hacía tiempo: el autismo es una respuesta al entorno, y a veces la única respuesta posible a la que un niño puede recurrir. Que el autismo se pueda o no curar, eso depende de hasta qué punto el nuevo entorno del niño sea capaz de percibir la verdad sobre el pasado de éste. Las reacciones de los expertos que he mencionado muestran lo difícil que ello es. Sus resistencias les impedían comprender lo mucho que esa historia nos podría ayudar en nuestra relación con los niños.

Más tarde, años después, volví a oír hablar de casos similares, aunque todavía raros, de curación de niños autistas. Se ha llegado a desarrollar una técnica, la llamada «técnica de la sujeción», que pretende cubrir la necesidad de ser sostenidos de esos niños perdidos, solitarios y alienados. Lamentablemente, esa técnica va asociada con métodos educativos, y eso es, a mi modo de ver, lo que la hace peligrosa. Cuando la madre se ha ganado, gracias a la técnica de sujeción, la confianza del niño, llega el momento de aplicarle a éste una serie de exigencias educativas. El niño hará todo lo que esté en sus manos para no perder el afecto de la madre. Efectivamente, se ha comprobado que esos niños tienen brillantes rendimientos en la escuela. Pero eso no significa que estén curados de verdad, como me consta desde que escribí mi primer libro, en 1979. La completa dedicación corporal y espiritual de la madre puede hacer milagros en un niño autista, pero sólo en el caso de que se renuncie a exigencias educativas: de lo contrario se produce el drama del niño dotado, que es precisamente contra lo que el niño se había intentado defender con su autismo.

4
Escudarse en teorías

Las creencias que se defienden con más énfasis suelen ser precisamente aquellas que no son correctas pero encajan en nuestro sistema educativo.[1] La dogmatización de esas afirmaciones falsas protege al individuo de un despertar doloroso (*véase* A. Miller 1988a, cap. 7). Las teorías freudianas de la sexualidad infantil, del complejo de Edipo y del instinto *thanático* cumplen también esas funciones. En principio, Freud había descubierto en sus tratamientos —practicados aún en parte con ayuda de la hipnosis— que todos sus pacientes, masculinos y femeninos, habían sido niños maltratados y que los síntomas de sus trastornos eran el lenguaje en el que explicaban su historia (*véase* S. Freud 1896). En 1896, tras informar de sus hallazgos a la comunidad de los psiquiatras, se vio completamente aislado, a solas con su descubrimiento, que ninguno de sus colegas quiso compartir con él. No soportó por mucho tiempo esa soledad. Pocos meses después, en 1897, calificó los relatos de sus pacientes sobre abusos sexuales como meras fantasías que había

1. El material en que se basan los hechos formulados en este capítulo se halla en mis anteriores libros. El lector comprenderá con más facilidad todo lo referente a Freud y el psicoanálisis si tiene presente la tercera parte de *Du sollst nicht merken. (N. de A.M.)*

que atribuir a sus tempranos deseos instintivos. La humanidad había sido brevemente despertada de su letargo, pero ahora podía volver a sumirse en él.

Toda persona que se halle ante casos de niños maltratados, y observe hasta qué punto algunos individuos reprimen y niegan esas experiencias, ha de sentir necesariamente una fuerte inquietud, pues no podrá evitar preguntarse qué le sucedió a ella misma. En vista de que algunas víctimas de manifiestos malos tratos graves son capaces de negarlos totalmente, ¿cómo puede uno estar seguro de su propia memoria? Freud se cuestionó esto mismo cuando todavía estaba abierto a preguntas y aún no se había parapetado contra ellas con teorías. En esa época manejó varias hipótesis, entre ellas una atribución global de la culpabilidad al padre, como podemos leer en una de sus cartas a Fliess:

> Por desgracia mi padre fue uno de esos individuos perversos, y es culpable de la histeria de mi hermano (cuyas actitudes son todas ellas identificaciones) y de las de algunas de las hermanas pequeñas. La frecuencia con que aparece esa situación me da a menudo mucho que pensar (Carta 120, en S. Freud 1986, pág. 245).

Cualquiera puede constatar en sí mismo los temores que le provocarían semejantes reproches al padre. Es fácil imaginarse cuánto más peligrosos debían de resultar tales planteamientos hace cien años. Quizá Freud hubiese sido lo bastante fuerte para investigar su hipótesis acerca del padre si alguna persona le hubiera apoyado. Pero su amigo más íntimo, Wilhelm Fliess, no mostró ningún interés por el hallazgo de Freud. En cambio,

su hijo Robert Fliess, psiquiatra y analista, publicaría tres libros (lamentablemente aún no traducidos del inglés) con material muy interesante acerca de los abusos sexuales practicados por padres y madres en sus propios hijos. Robert Fliess necesitó cuarenta años para averiguar que su propio padre le había sometido a abusos sexuales cuando él tenía dos años, coincidiendo temporalmente con la renuncia de Freud a la verdad. En su libro, Fliess reveló al público su historia personal porque estaba convencido de que su padre, Wilhelm, había hecho desistir a Freud de desarrollar su teoría de los traumas. Tal teoría habría provocado en su padre sentimientos de culpabilidad a causa de lo sucedido (*véase* R. Fliess 1973). Hasta qué punto es correcta esa suposición, eso es algo que difícilmente podemos juzgar desde fuera.

Aparte de ésta, existe toda una serie de explicaciones para la traición de Freud a la verdad en 1897. Todas tienen en común una cosa: hacen responsable de esa grave decisión a aspectos concretos de la vida de Freud.

Es posible que todos esos factores jugaran un papel más o menos importante, o incluso que se complementen los unos a los otros. Pero, en cualquier caso, deben su efectividad al viejo mandamiento que nos hace cerrar los ojos a la verdad, y que aún hoy en día sigue prohibiéndonos ver lo que los padres les hacen a sus hijos. Pese a la fuerza de ese mandamiento, ha habido ya varios terapeutas aislados que han intentado liberarse de él, como por ejemplo Sandor Ferenczi y Robert Fliess. Pero para alcanzar esa independencia y clarividencia hace falta poner en tela de juicio a los propios padres, afrontar los miedos y dolores que

causa la renuncia a determinadas ilusiones y contar con la ayuda y el apoyo de otros que también quieran superar su ceguera o que ya lo hayan conseguido. Por eso no es, en el fondo, sorprendente —sin dejar de ser funesto— el que Sigmund Freud se doblegara, hace noventa años, a ese mandamiento, a sus miedos y a su represión.

Lo mismo haría más tarde Wilhelm Reich, al desarrollar una teoría que le ayudaría a distanciarse del dolor del niño que fue, víctima de una temprana y duradera explotación sexual. En lugar de sentir lo doloroso que es verse engañado por los adultos en quienes se confía y obligado a someterse a ello sin poder defenderse, Wilhelm Reich afirmó toda su vida, hasta la psicosis: ¡yo lo quise así, lo necesitaba, todos los niños lo necesitan!

Pero nuestra comprensión hacia Reich y Freud no debe impedirnos ver el gran perjuicio que Freud causó a la humanidad con su teoría de los instintos. En lugar de tomar en serio su propia desgracia personal, echó mano de teorías para atrincherarse contra ella. Además, al fundar una escuela y dogmatizar sus tesis, dio lugar a una institucionalización de la falsedad que confirió a las mentiras de la pedagogía una supuesta legitimidad científica, dado que los dogmas de Freud encajan con la creencia, ampliamente difundida, de que el niño es malo y pérfido por naturaleza y, para llegar a ser bueno, debe ser educado por los adultos. Esa perfecta concordancia con la pedagogía confirió a su vez al psicoanálisis un gran prestigio en la sociedad, y la falsedad de sus dogmas ha permanecido largo tiempo encubierta (*véase* A. Miller 1981, nota pág. 9 y págs. 19-61).

El amparo pedagógico que ofrecen esas teorías

es tan grande, que incluso el movimiento feminista no ha sido capaz de detectar el engaño, de manera que incluso mujeres muy comprometidas con la causa han considerado la teoría de los instintos como un avance y no como una negación de los malos tratos sufridos por los niños.

Muchas personas siguen opinando que no puede culparse a Freud de que determinados psicoanalistas ignoren la realidad y sean inexactos y poco dignos de confianza, pues al fin y al cabo Freud fue un genial precursor. Algo parecido sucede con C. G. Jung. Se idealiza al padre a costa de los «hijos» e «hijas». Pero no son éstos quienes han inventado el psicoanálisis; fue el «padre» quien lo inventó, y quien, al dogmatizar su negación de la verdad, tapó los ojos y los oídos de los «hijos» e «hijas». Estos tenían escasas oportunidades de rebatir, con ayuda de sus propias experiencias, las afirmaciones del «padre», pues los dogmas no pueden rebatirse. El dogma se alimenta del miedo de sus partidarios a ser excluidos del grupo. El dogma basa su poder en ese miedo, y es a ese poder a quien hay que atribuirle el que algunas personas «trabajen» treinta o cuarenta años con niños maltratados o adultos que lo fueron sin percibir en absoluto los hechos, de modo que ni siquiera los pacientes tienen acceso a su propia verdad. Dado que el juego con palabras, asociaciones y especulaciones se orienta hacia las «fantasías» del paciente, dejando de lado sus antecedentes reales en la infancia, los resultados no sólo están faltos de la necesaria precisión y garantía, sino que ni siquiera pueden ser revisados (*véase* A. Miller 1981, págs. 320-325).

En mi opinión, el culpable de la dogmatización de la teoría de los instintos es el propio fun-

dador del psicoanálisis. Cuando una persona califica la renuncia a la verdad como un gran avance científico y funda una escuela que confirma a los discípulos en su ceguera, ya no nos hallamos ante un simple asunto privado. Se trata de un pecado contra los intereses de la humanidad, aunque fuera cometido inconscientemente. Pero ésa es al fin y al cabo la condición previa de toda infracción: si la persona fuera plenamente consciente de su situación, de su historia y de su responsabilidad, no la cometería.

En los últimos años he aprendido más que a lo largo de toda mi vida acerca de la situación del niño en nuestra sociedad y acerca del bloqueo mental y emocional de las personas formadas en el pensamiento psicoanalítico. Como consecuencia de ese bloqueo, se somete con frecuencia a los pacientes a un prolongado tratamiento que consolida la antigua culpabilización del niño, lo cual apenas puede producir otra cosa que depresiones. La manera más eficaz de escapar a tales depresiones es tomar la decisión de convertirse uno mismo en psicoanalista; así se puede, con la ayuda de teorías que constituyen una barrera contra la verdad, proseguir con la consolidación de la situación, aunque, eso sí, a costa de otras personas.

El psicoanálisis se adorna injustificadamente con calificativos como «progresista» o «revolucionario», a los que se aferra igual que a sus dogmas. Pocos jóvenes prestarían oídos a un bisabuelo de noventa años que intentara dictarles su definición de progreso. Pero muchos, en cambio, permiten que su analista se lo dicte en el sagrado nombre de Freud, y no se dan cuenta de que las ideas que se le transmiten tienen por lo menos noventa años de antigüedad y no han sido nunca

modificadas desde entonces, porque los dogmas no se pueden modificar. Y a través de la influencia de los psicoanalistas sobre sus pacientes, la pujanza de esos dogmas se extiende también fuera de los círculos especializados, bloqueando así el acceso a las realidades.

Con frecuencia oigo decir que el descubrimiento de los malos tratos a los niños se debe al psicoanálisis. Semejantes errores me hacen ver en toda su dimensión la confusión reinante en este terreno. Pues el psicoanálisis es y ha sido responsable de que esos hechos queden encubiertos. Ese confusionismo no me sorprende, pues yo misma fui durante largo tiempo incapaz de ver claro. Aunque no creía en los dogmas, no era consciente de la función que éstos desempeñan: impiden tomar en serio los nuevos hechos y percatarse de las viejas negligencias.

Recibo numerosas cartas que confirman esta aseveración. Entre ellas, la de un conocido psicoanalista que me hacía saber que en sus cuarenta años de práctica psicoanalítica había conocido a muy pocas víctimas de abusos sexuales. Algunas mujeres afirmaban haber sufrido agresiones sexuales, pero a lo largo del tratamiento psicoanalítico «salía a la luz» que se trataba de fantasías atribuibles al deseo infantil de inducir al padre a tales actos y ponerlo en contra de la madre. El autor de la carta afirmaba también, basándose en psicoanalistas como Fenichel y Nunberg, que todo niño disfrutaría teniendo relaciones sexuales con sus padres si no fuera porque el incesto está prohibido. Según él, los sentimientos de culpabilidad y las neurosis se producen porque la sociedad prohíbe esa clase de relaciones; la causa de los problemas sería, pues, esta

prohibición. Esta y otras muchas cartas me muestran con aterradora claridad hasta qué punto ha llegado el psicoanálisis clásico en su negación de la realidad. Pues según los datos del norteamericano Lloyd de Mause, historiador de la psicología, en el año 1986 se estimaba ya que más de la mitad de las mujeres norteamericanas habían sufrido abusos sexuales durante su infancia (L. De Mause 1987).

Viviane Clarac refiere en su libro de 1985 que su padre, un diplomático de alto nivel, la violó cuando tenía cinco años y abusó sexualmente de ella a lo largo de los diez años siguientes. A los veinticinco años se sintió incapaz de seguir a solas con su secreto y se dirigió a un centro de asistencia a mujeres violadas. La asesora intentó hacerle comprender que las «relaciones incestuosas» no eran raras y que no tenía por qué avergonzarse de su voluptuosidad. Las esperanzas de comprensión de Viviane se vinieron abajo y, aunque pidió otra cita en el centro de asistencia, no volvió a aparecer por allí. ¿Para qué hacerlo? Pero muchos sí que vuelven y se dejan embarullar aún más, durante toda la vida.

Ignoro por qué aquella terapeuta en concreto se sirvió de argumentos que pretendían disimular un caso grave de abuso sexual y produjeron el desconcierto de la víctima. Ignoro a qué factores personales se debía su ceguera, pero sí sé por qué no era incapaz de ver claro y de dónde procedían sus creencias. Conozco tales creencias gracias a mi propia educación y a mi formación como psicoanalista: los padres siempre son inocentes. Esa visión resulta tan dominante, que muchas personas no son capaces de darse cuenta de lo que significa —y de las consecuencias que aca-

rrea— el que se califique al abuso de poder y al engaño como «relación» incestuosa o como fantasía. Nadie está en condiciones de imaginarse con ayuda de la fantasía el terror al que algunos niños se ven sometidos diariamente y en la pura realidad. Freud cerró a cal y canto las puertas a la percepción de los abusos sexuales y escondió la llave con tal eficacia que a varias generaciones les ha sido imposible encontrarla. Y aún hoy resulta raro oír a un freudiano decir: «¿Cómo fue posible que no viéramos todo eso? Nos hemos pasado noventa años escuchando a adultos que fueron niños maltratados y confirmándolos en la represión de sus sentimientos. Esas personas querían creer que nada les había ocurrido, y los síntomas persistían. ¡Hemos estado aliados con la mentira!». En lugar de ser así, casi todos, en coro, dicen lo mismo: «Freud nunca negó que, aparte de los abusos sexuales imaginarios, puedan existir casos reales (!), pero las víctimas de éstos raramente acuden a la consulta del psicoanalista». Desgraciadamente sí acuden. Acuden durante largo tiempo y pagan una buena cantidad de dinero a cambio de ver cómo se falsea la realidad y se niega la culpabilidad de los padres. Se echan en el diván cuatro veces por semana, cuentan lo que se les ocurre y esperan el milagro que nunca sucede y que nunca puede suceder. Pues lo único que produciría el milagro sería la verdad, y la verdad está proscrita.

Una mujer de setenta y nueve años de edad me escribió desde los Estados Unidos, contándome que a causa de graves depresiones había estado cuarenta años en tratamiento psicoanalítico con ocho especialistas diferentes. Hasta que leyó mis libros no comprendió que había sido objeto de graves malos tratos durante su infancia, hecho

que durante todos sus tratamientos no había podido ver. Los psicoanalistas buscaban las causas de la crueldad de sus padres en la vida instintiva de la paciente, y siempre los defendían. La mujer citaba la última frase de mi libro *Por tu propio bien*: «Pues el alma humana es prácticamente indestructible, y su capacidad para resucitar de la muerte seguirá funcionando mientras el cuerpo viva», y continuaba: «Por primera vez me siento verdaderamente viva, desde que me he deshecho de esos sentimientos de culpabilidad, desde que no me esfuerzo en perdonar crueldades inconcebibles».

La teoría de los instintos y las graves consecuencias que resultan de ella no son más que parte de los muchos ejemplos de la negación de la realidad. La sociedad siempre se ha escudado cerrando los ojos a la realidad de los niños maltratados. En el siglo XVIII estuvo de moda durante un tiempo escribir autobiografías. Es terrible lo que esos relatos refieren acerca de la infancia. Pero resulta significativo que esas narraciones pasaran rápidamente de moda, siendo sustituidas por teorías psicológicas, sociológicas y sobre todo desorientadoras y hostiles a la vida. En su interesante libro de 1987, el pedagogo Carl-Heinz Mallet recurre a una larga serie de escritos pedagógicos a fin de revelar las criminales consecuencias de esas teorías. Gran parte del daño que hoy hacemos a los niños sería perfectamente evitable si nuestra sociedad adulta, los padres, los médicos, los maestros, los educadores y otros estuvieran mejor informados acerca de la situación del niño, de las consecuencias de los malos tratos y sobre todo acerca de una serie de hechos concretos.

Un gran punto de inflexión en mi vida fue el momento en que me di cuenta de que las teorías psicoanalíticas *también* imposibilitan la difusión de esas informaciones, contribuyendo así a que los malos tratos a que se somete a los niños no puedan ser reconocidos.

La argumentación de Freud jamás habría tenido tanto éxito de no ser porque la mayoría de las personas se ha educado en la misma tradición. De lo contrario, sus discípulos habrían advertido quizás a no tardar que ese supuesto argumento en realidad no es tal. Freud escribe que es inverosímil la existencia de tantos padres perversos, y por ello califica de fantasías los relatos de sus pacientes femeninas. Eso no es un argumento, sino una pueril negación de la realidad, que culmina en la frase: «Quiero a mi papá, mi papá es grande y bueno y no puede haber hecho nada malo, porque eso sería inconcebible para mí, porque para vivir necesito creer que mi papá me quiere, me protege, no me maltrata y se hace cargo de su responsabilidad».

Quien conozca un poco las familias en las que los niños sufren abusos sexuales, sabrá que el padre responsable de tales abusos no es necesariamente identificable, de puertas afuera, como un individuo pervertido. A menudo su perversión no traspasa los límites de la familia. La sociedad sólo castiga a los paidófilos sin hijos. El hijo es propiedad de los padres, lo cual hace posible que esos comportamientos aberrantes, absurdos y perversos destruyan vidas impunemente sin que nadie se dé cuenta. Si la hija maltratada ingresa esquizofrénica en una clínica y el psiquiatra la atiborra de medicamentos para que sepa todavía menos que hasta entonces, esa mujer jamás lle-

gará a saber que fue básicamente el comportamiento de su padre lo que la llevó a la locura. Pues para salvar la imagen del padre, para poder ver algo bueno en su infancia, debe ignorar la verdad. Antes que eso, prefiere «perder» la razón.

Antes de publicar mi primer libro, di una conferencia sobre el conformismo de los psicoanalistas y la presumible historia de sus infancias. Tras la conferencia me preguntaron: «¿No pretenderá usted en serio que todos los psicoanalistas fueron en su día niños maltratados?». Respondí: «No puedo saberlo, sólo presumirlo. Pero yo diría que, si se es consciente de los malos tratos sufridos en la infancia —por cierto, muy habituales— y no se necesita seguir negándolos, no se puede ser psicoanalista. Si se logra eso, las teorías psicoanalíticas dejan de tener sentido».

Mi suposición se reforzó posteriormente, cuando supe que existen psicoanalistas que no recuerdan en absoluto los primeros diecisiete años de su vida y no ven en ello nada de particular. Hay que deducir que quien haya reprimido de manera tan global su propia infancia y pubertad hará todo lo posible para no verse confrontado, a través de sus pacientes, con sus propios sufrimientos personales. Freud puso los medios necesarios para ello, y los psicoanalistas con problemas recurren a esos medios como un adicto a su droga. Esa droga la pagan con su ceguera.

Una periodista me explicó una vez que un psiquiatra jubilado, antiguo jefe médico de una gran clínica, le había dicho: «No se preocupe usted tanto por los niños maltratados; los niños son capaces de sobrevivir sin grandes dificultades a eso que usted llama malos tratos; los niños son artistas de la supervivencia». Ese médico tenía sin

duda razón con esa frase, pero lo trágico es que evidentemente desconocía el precio de esa supervivencia. Tampoco sabía que él mismo había pagado y hecho pagar a otros ese precio. Pues durante cuarenta años se ocupó de sus pacientes, les recetó medicamentos, les suministró buenas palabras y jamás comprendió que los graves cuadros psicóticos que observaba cada día no eran otra cosa que intentos de hablar de los malos tratos y turbaciones de la infancia utilizando los síntomas como lenguaje.

La médica forense Elisabeth Trube-Becker afirma, basándose en investigaciones recientes (1987), que por cada caso denunciado de abusos sexuales en niños hay que contar con cincuenta casos no denunciados. Si a ello se suman los malos tratos físicos y psíquicos que no son de naturaleza básicamente sexual, se llega a la innegable conclusión de que *los delitos cometidos en niños constituyen el tipo de delito más frecuente.* De esta conclusión se deduce la aterradora revelación de que millones de especialistas (médicos, juristas, psicólogos, psiquiatras y educadores) se ocupan de las consecuencias de esos delitos sin llegar a comprender ni ser capaces de decir qué es lo que tienen entre manos.

Cuando contemplo esta situación con los ojos bien abiertos, me alegro de no estar condenada a convertirme en una estatua de sal y de vivir en la era moderna, lo que me hace posible denunciar una y otra vez esos hechos destructores y causantes de enfermedad, e incluso procurar que otras personas abran también los ojos.

Elisabeth Trube-Becker parece también dispuesta a aprovechar esa posibilidad. No tiene reparo alguno en hablar claro y en llamar por su

nombre a los hechos con los que se ve confrontada diariamente. No hace uso de teorías abstrusas ni de ideologías complacientes cuya finalidad es alzar barreras contra la verdad. Veamos lo que escribe:

En el caso de los abusos sexuales perpetrados en niños, las cifras ocultas son mucho más altas que en otras formas de malos tratos. Por cada caso denunciado de este tipo de delito se producen veinte más que quedan encubiertos. Por lo que respecta a los delitos cometidos en el más estricto ámbito familiar, la cifra aumenta, al parecer, hasta una proporción de un caso denunciado por cada cincuenta encubiertos.

La literatura especializada también se hace raramente eco de la existencia de delitos de abusos deshonestos perpetrados en niños, y cuando informa de ellos califica los hechos de infrecuentes y presenta al niño como inductor. Se hace referencia a la sexualidad y fantasía infantiles, así como a Freud y al llamado complejo de Edipo, que en los últimos tiempos es justamente puesto en cuestión por algunos investigadores.

Se afirma que los niños mienten, a pesar de que los niños en la prepubertad —las víctimas más frecuentes de delitos sexuales— no mienten prácticamente nunca, por el simple hecho de que no están en condiciones de fantasear sobre algo que no hayan experimentado.

Los niños, por supuesto, no son seres asexuados. Experimentan sensaciones y deseos. Son curiosos. Desean y necesitan afecto, contacto epitelial y ternura. El niño demanda, de manera natural, calor humano y afecto, y también provechos materiales, pero ningún adulto tiene el menor derecho a abusar de ello con fines sexuales. La responsabilidad sobre lo ocurrido recae siempre en el adulto, y no en el niño, como sostiene recientemente (julio de 1984) incluso una sentencia del tribunal de distrito de Kempten (R.F.A.). El juez adujo en favor del acusado el hecho de que la

iniciativa que condujo al delito «partió, hasta cierto punto, de la víctima, de talante precoz» (y eso tratándose de una niña de siete años).

¿Por qué quedan ocultos tantos de esos delitos?

¿Por qué los abusos sexuales cometidos en niños siguen siendo contemplados como sucesos extraordinariamente raros, que casi no vale la pena mencionar?

Las causas son de diversa naturaleza:

1. Con frecuencia las víctimas son niños de muy corta edad, o bien los abusos sexuales se inician ya en la fase de lactancia o inmediatamente posterior, en una etapa en la que el niño aún no está capacitado para expresarse.

Cuando el padre manipula los genitales de su hijo, o un lactante es utilizado por su madre para fotografías pornográficas (caso del que me ocupé), nos hallamos ante el inicio de una progresiva violencia sexual que puede prolongarse durante años sin ser descubierta. Ninguna persona razonable y dotada de una mínima objetividad aceptará que hechos como la penetración con un dedo de la vagina de una niña de seis meses para comprobar «si la nena ya está madura» —como se mostró en la serie «Sexualidad hoy»— sean casos aislados.

2. El niño algo mayor no se atreve a denunciar el caso, en especial cuando el autor de los abusos es el padre. La autoridad del padre y sus amenazas impiden que el niño se confíe a otras personas en busca de ayuda. Además, ¿a quién puede acudir el niño cuando la persona que debería protegerlo abusa de su confianza de manera tan reprensible?

3. Los niños que logran, pese a todo, revelar los hechos, son acusados de mentir (el 90 por ciento de las víctimas son niñas), considerados culpables de lo ocurrido —ellos mismos se sienten así—, o incluso insultados con calificativos como «pequeña puta». Los parientes cercanos los presionan para que retiren sus acusaciones, arguyendo que de lo contrario llevarán a la familia a la ruina y ésta ya no podrá alimentarlos.

El niño víctima de abusos sexuales raramente será capaz de efectuar el esfuerzo psíquico necesario para

prestar declaración en semejantes circunstancias, más aún si tenemos en cuenta que en muchos niños se desarrolla un odio al propio cuerpo, al que ven como «culpable» de todo.

«La culpa de todo la tiene mi cuerpo. Si no tuviera cuerpo, papá no podría tocarme» (Charlotte Vale Allen, según Miller 1983).

Incluso algunos colaboradores de centros juveniles, inexpertos en el código de estos problemas, se expresan así: «Seguramente será culpa del niño».

4. También la actitud de la madre, preocupada por la posibilidad de perder al responsable del mantenimiento de la familia, o atenazada por el miedo a su marido, juega un papel en el encubrimiento del delito, en especial porque a menudo ocupa un lugar de segundo orden en la familia o porque desconoce por completo lo que ocurre durante su ausencia.

5. Si se pide consejo a un médico, lo más posible es que éste no incluya las consecuencias del abuso sexual en su diagnóstico. Los médicos muestran una total ignorancia e incredulidad ante los abusos sexuales perpetrados en niños y no reconocen los trastornos del comportamiento de éstos como consecuencia de los abusos sexuales.

Los psicólogos y psicoterapeutas destierran las afirmaciones de los niños al terreno de la fantasía, tal como lo hizo Freud. «A Freud le asustaba la realidad» (Miller 1983).

6. La indiferencia general hacia el más débil, y también el desconcierto de los adultos, que no saben qué actitud adoptar, son otros factores que impiden la revelación del delito.

Los hombres tienen problemas para hablar de los abusos sexuales perpetrados en niños, por temor a ser considerados presuntos culpables. Este es un temor que he advertido en varias entrevistas.

El tema queda de inmediato «bloqueado». Resulta violento admitir siquiera la posibilidad de los abusos sexuales.

7. Si se llega a juicio, suele surgir la impresión de que el incesto es un hecho muy poco frecuente.

Es asombrosa la discreción con que siempre se ha tratado y se sigue tratando a los autores del delito. A la víctima infantil apenas se le presta atención. Se le hace pasar por todas las clases imaginables de exámenes, y finalmente se subraya su falta de credibilidad. En esta tendencia, se llega incluso a justificar especialmente el comportamiento del padre y denigrar el del niño a fin de trivializar el delito.

8. Se suele disfrazar el delito tachándolo de suceso en el que la violencia no juega ningún papel y en el que no hay culpable ni víctima. De hecho, del análisis de la mayoría de los niños víctimas de abusos sexuales se desprende que se trata de sucesos cotidianos y que por regla general no se detectan secuelas negativas (en mi opinión, porque nadie se preocupa de investigarlas).

Es posible que en la mayoría de los casos no se detecten indicios corporales de abuso sexual; pero los trastornos del comportamiento, de mayor o menor gravedad, que pueden afectar al individuo en el posterior transcurso de su vida muestran que los abusos sexuales —en especial cuando el responsable de ellos es el padre— no pasan por la vida de un niño sin dejar secuelas.

Los médicos, tanto clínicos como forenses, sólo se ocupan de los abusos sexuales perpetrados en niños cuando se producen lesiones de los órganos genitales, en casos de embarazo —que hoy en día suelen resolverse mediante aborto—, de contagio de enfermedades venéreas o cuando los malos tratos dejan algún otro tipo de secuela corporal, así como en el caso de la muerte del niño.

9. En opinión de diversos autores —algunos de ellos alemanes— y de numerosos psicoterapeutas, la actitud de las niñas —lo que excluye, supongo, a las lactantes y a las de muy corta edad, a no ser que se aduzca como factor inculpatorio sus rollizos muslos o sus pataleos mientras les cambian los pañales— induce con mucha frecuencia a la comisión del delito. Se afirma, entre otras cosas, que las víctimas infantiles de abusos sexuales se muestran extraordinariamen-

te interesadas por la sexualidad, y que son a menudo coquetas, atractivas y seductoras.

¡Pobres agresores! Ante semejante cuadro, ¿quién sería tan cruel como para culparles de algo?

Digamos al respecto simplemente que el comportamiento de algunas niñas que quieren poner a prueba, en la seguridad del ambiente familiar, su capacidad de seducción, es completamente normal y no justifica ni el incesto ni los abusos sexuales, ni mucho menos constituye una apelación al adulto a práctica sexual alguna, la cual, por regla general, no es resultado de la iniciativa del niño, sino de la del adulto masculino, sobre el cual recae toda la responsabilidad.

De manera totalmente natural, los niños piden ternura, calor humano y afecto, carantoñas o incluso provechos materiales, pero ningún adulto tiene derecho a aprovecharse de eso para realizar actos sexuales. Sin embargo, la culpa de lo ocurrido no se atribuye al adulto, sino que siempre se busca, y por supuesto se halla, en el niño o incluso en su madre.

Son precisamente los psicólogos quienes intentan dar la vuelta a la relación agresor-víctima, convirtiendo al primero en víctima de la seducción ejercida por el segundo, es decir, atribuyendo la responsabilidad de los hechos —la cual, debo subrayarlo, recae siempre en el adulto— a quien no le corresponde.

10. Por último, se afirma que las instituciones estatales no tienen derecho a inmiscuirse en la intimidad de la familia. La familia es tabú. Se la debe preservar en toda circunstancia, aun a costa del niño. El mejor lugar para un niño —se dice— es el seno de la familia. Esto sólo es cierto en caso de que la familia proteja verdaderamente al niño y éste pueda desarrollarse libremente y confiar sin reservas en el resto de los miembros de la familia, y cuando ésta acepte su derecho a la integridad física y psíquica. Pero es falso cuando el adulto ejerce abusivamente su poder y el niño se ve forzado a satisfacer las necesidades sexuales de sus padres o de otras personas.

El incesto es la forma más frecuente de abuso sexual, la que está rodeada de mayor oscuridad, y a la

que contribuyen el imperativo de guardar silencio, la negación de los hechos y también el silencio de los restantes miembros de la familia...

Partiendo de unos pocos casos concretos, los psicólogos concluyen erróneamente que el incesto es un fenómeno infrecuente, y que tiene lugar sólo en ambientes socioeconómicamente menos privilegiados, en las clases bajas, y en conexión con actos de violencia, alcoholismo, desempleo, etc.

Desde el punto de vista de la medicina forense, eso no es exacto. El incesto se produce en todos los niveles sociales, sin distinción de religión o nacionalidad, pero ninguna estadística de criminalidad lo refleja. Las víctimas de más corta edad son niños de ambos sexos...

Según Baurmann (1983), el 90 por ciento de las víctimas de violaciones son mujeres o niñas, dos tercios de ellas en edades que oscilan entre los cinco y los trece años...

Según Kempe (1980), los casos de incesto han aumentado considerablemente, lo cual puede aplicarse también al ámbito europeo. Pero lo más verosímil es que sólo haya aumentado la proporción en que esos casos salen a la luz. La sociedad empieza a preocuparse del tema, y «las hijas ya no se callan» (Miller 1983). Los casos de incesto pueden prolongarse durante muchos años y no ser descubiertos hasta que la muchacha expresa su deseo de abandonar la vivienda paterna y el padre se opone a ello, golpeándola, estrangulándola o incluso matándola.

Con el paso de los años, la hija —en caso de que sienta todavía suficiente aprecio por sí misma como para actuar activamente— logra, por regla general, entablar relaciones fuera del ámbito familiar, hacer amistades y sincerarse con ellas. Esto contribuye a reafirmar su decisión y a insuflarle el valor necesario para abandonar la casa paterna, la cual pone forzosamente fin a las relaciones incestuosas entre padre e hija. No vuelve a hablarse de los hechos, los cuales, por supuesto, no serán recogidos por ninguna estadística, ni mucho menos objeto de persecución judicial.

A veces, tras el abandono del hogar paterno, la muchacha halla el valor necesario para hablar de los abusos sufridos durante años, para romper el impuesto silencio e incluso poner una denuncia.

Pero el deseo de separación puede tener también consecuencias fatales, al igual que la resistencia a los abusos. Un hermano mayor mató a su hermana de dieciséis años porque ésta opuso resistencia; a continuación abusó del cadáver, y estranguló, para acabar, a su hermano de diez años porque éste había sido testigo de los hechos.

No sólo en la antigüedad vivían los niños sus primeros años en un ambiente de abusos sexuales, sino que ello continuó dándose hasta bien entrado el siglo XIX. Besar y succionar el pecho de los más pequeños, tocar los testículos, los pezones y los órganos genitales, lamer la piel con la lengua, sodomizar a criaturas de sexo masculino, vender los niños a burdeles infantiles y muchas otras actividades apenas imaginables estaban a la orden del día. Todas ellas, manipulaciones paidófilas que no debemos favorecer aún más mediante la supresión de las prescripciones penales.

Por lo demás, no sólo es en países asiáticos donde existen en nuestros días burdeles en los que se explota y maltrata sistemáticamente a niñas pequeñas. Numerosas niñas tailandesas están presas en burdeles donde se las fuerza, a golpes y mediante el uso de estimulantes, a ejercer la prostitución. Siete niñas pequeñas que sobrevivieron el 30 de enero de 1984 a un incendio en un burdel relataron que vivían como esclavas. No se les permitía abandonar jamás la casa, y cuando alguna de ellas intentaba fugarse, las encadenaban las unas a las otras. Una de las niñas relató a un médico en el hospital que desde hacía dos años la habían raptado en su pueblo y había sido forzada a tener relaciones sexuales cada día de seis de la tarde a cinco de la mañana con por lo menos doce hombres.

Los principales clientes de esos burdeles son turistas europeos, muchos de ellos procedentes de la República Federal Alemana, que satisfacen sus instintos sexuales divirtiéndose con niños forzados a prostituir-

se. En Hong Kong existen incluso prostitutas de cinco años de edad. ¿Qué clase de hombres son ésos que utilizan niños para dar satisfacción a sus apetencias sexuales?

La prostitución infantil también constituye un problema en los países industrializados. Según cálculos de UNICEF, unos dos millones de niños de ambos sexos son víctimas de explotación sexual en todo el mundo. Esos datos no incluyen los abusos sexuales que tienen lugar en el ámbito de la familia (E. Trube-Becker 1987).

Elisabeth Trube-Becker enumera las graves secuelas de los malos tratos sufridos durante la infancia y aporta ejemplos turbadores. Para completar su lista, habría que incluir en ella al imperativo interior que fuerza a las víctimas a repetir en seres indefensos los sufrimientos reprimidos en la infancia, a menos que una persona bien informada les ayude a liberarse de la represión.

Durante mi terapia observé que, cada vez que me enfrentaba interiormente a mis padres, los sentimientos de culpabilidad inculcados por la educación reforzaban mi represión, me obstruían el acceso a la realidad y bloqueaban la vivencia de mis antiguos sufrimientos. Los sentimientos no aparecieron hasta que pude poner en cuestión mi supuesta culpa. Y sólo pude darme cuenta de lo que había ocurrido cuando logré sentir que si mis padres no me habían tenido en consideración, ni tomado en serio, ni percibido, no había sido por culpa mía. Comprendí que no era mi tarea enseñarles a sentirse responsables, que yo, siendo aún una lactante, no había tenido en mis manos el hacer de mis padres personas capaces de amar. Lo único que había podido hacer fue mostrarles que yo era útil, que podían explotarme y que

siempre reaccionaría a ello con una sonrisa. En aquella época, la vida no me ofrecía otra posibilidad.

En cuanto descubrí la función bloqueadora de esos sentimientos de culpabilidad, advertí que siempre surgían, impidiéndome dormir, cuando aparecía en mi mente un fragmento de algún recuerdo traumático. Al día siguiente me esforzaba en volver a negar lo que había descubierto la víspera. O bien lo olvidaba, o me veía forzada a negarlo, o bien me sentía terriblemente mal por haber sido capaz de pensar algo tan abominable de mis padres. En mi caso entraba en juego la misma regla invariable que forzó a Freud a traicionar sus hallazgos.

Muchos terapeutas observan a menudo esa resistencia en sus pacientes y la interpretan erróneamente como prueba de que es imposible conocer lo realmente ocurrido. Y el mismo paciente acaba no estando seguro de si describe recuerdos reales o simples fantasías. La lucha interior del niño en favor de la imagen del buen padre o de la buena madre puede llegar a ser tan intensa que no sólo el paciente, sino también todos aquellos que lo rodean sean presa de la confusión. La opinión de Freud, según la cual es posible inventarse algo que sea peor que la realidad vivida, tuvo nefastas consecuencias también en mi caso. Me complacía en creer que todos los signos me engañaban, que no podía ser todo tan terrible, y que lo único malo e injusto eran mis sospechas. Deseaba fervientemente que el psicoanálisis tuviera razón, porque no quería perder la ilusión de haber tenido unos padres que me amaban.

Con el tiempo concebí lo absurdo de la creencia de que los niños se inventan traumas. Nadie

negará la ley natural según la cual el ser humano rehúye el dolor y no lo busca. Busca placer, alegría, sosiego. El masoquismo no es ninguna excepción a la regla, pues obedece al imperativo de acarrearse nuevos dolores a fin de que los dolores antiguos permanezcan reprimidos. El masoquista que paga una fuerte suma para que una prostituta lo azote con un látigo, y que se empeña en estar, mientras tanto, sentado sobre un orinal, se halla bajo el imperativo de reproducir el trauma de su educación en la higiene, para mantener reprimido a toda costa el recuerdo de ese trauma. Otra ley de la vida humana consiste en que la idealización de los padres, con la ayuda de la fantasía y de la represión, ayuda al niño a sobrevivir. Atribuir algo malo a la persona a la que se ama y a la que se tiene por modelo iría, pues, en contra de la natural autodefensa y de las leyes de la vida. De esto se deduce que el niño *jamás se inventa traumas*. Al contrario: para poder sobrevivir, debe hacer soportable el dolor con ayuda de la fantasía.

Un instructivo ejemplo de esta afirmación lo tenemos en un caso sobre el que en 1985 informaron durante meses los periódicos americanos: en una escuela de Los Angeles, siete maestros utilizaron para juegos sexuales y sádicos a la mayoría de los más de trescientos alumnos, y ello durante un tiempo relativamente prolongado. Les decían a los niños que sus padres morirían si ellos contaban algo de lo que sucedía. Les mostraban pequeños animales muertos y les decían: mira lo que te puede pasar si cuentas en casa lo que hacemos aquí. Durante largo tiempo, los niños guardaron silencio y soportaron aquel régimen de terror, porque no veían otra salida. Cuando el

asunto salió a la luz en 1985, los siete maestros, incluida la directora, pasaron a manos de la justicia. Los abogados atormentaron a los niños durante meses con sus interrogatorios, hasta que consiguieron la puesta en libertad de la mayoría de los maestros, y a pesar de que las declaraciones de los niños coincidían entre sí. Pese a ello, se logró probar que los niños habían mentido porque nadie entendía el lenguaje de los niños y el papel de la fantasía en sus mentes.

Por ejemplo, algunos niños afirmaron haber matado a un bebé, información que no pudo ser confirmada. Así que se les calificó de embusteros y se consideró inválidas sus declaraciones. A los jueces no se les ocurrió pensar que los niños habían experimentado su forzosa conformidad con los juegos sexuales como el asesinato del bebé que habían sido un día, y que de aquel modo describían su situación interna. La fantasía del bebé muerto era expresión del suceso real, y por cierto una expresión que se quedaba corta comparada con el verdadero trauma. Pues es más fácil, pese a todo, sentirse autor de un crimen que saber y sentir que uno fue y es víctima inocente que no puede en ningún momento descartar la posibilidad de ser torturada y perseguida. Todo paciente se aferra a fantasías en las que se experimenta a sí mismo en el papel activo para huir del dolor de la indefensión y el desamparo. A cambio de ello se carga de sentimientos de culpabilidad que lo encadenan a la neurosis.

Los hechos recordados y documentados muestran a menudo sólo una pequeña parte del infortunio sufrido por el niño. La mayor parte la forman las experiencias reprimidas que no se pueden explicar, porque nunca han sido vividas de mo-

do consciente. Y un terapeuta a quien asuste la realidad de los niños maltratados jamás logrará dar con ellas. Que el terapeuta asegure: «Siempre creo a mis pacientes», no significa necesariamente que sea capaz de detectar la represión y la negación de los hechos. El terapeuta no puede saber acerca de los hechos concretos del pasado de su paciente más de lo que este mismo se halle en condiciones de averiguar. El paciente debe descubrir los hechos con ayuda de sus sentimientos, debe examinar sus hallazgos y cuestionar sus propias afirmaciones, hasta que esté seguro de que tal cosa y tal otra sucedieron realmente. Pero el terreno de lo posible es infinito, y *eso* debe saberlo el terapeuta. No hay nada a lo que no se pueda someter a un niño. Esa certidumbre hace al terapeuta capaz de acompañar al paciente durante su viaje, un recorrido que a menudo pasa por infiernos y cámaras de tortura. Hay que perderse una y otra vez por esos lugares hasta que el paciente pueda revivir todos los detalles de la escena traumática, de manera que los efectos del trauma se disipen y la herida pueda por fin cerrarse.

Pero la mayoría de los terapeutas que he conocido no sabían nada de la existencia de esas cámaras de tortura. Se contentaban con admitir que en toda infancia hay momentos difíciles, como por ejemplo separaciones de los padres o el nacimiento de hermanos pequeños, o cualquier clase de «frustraciones inevitables». Cuando no pueden clasificar el comportamiento de los padres en el apartado de las frustraciones inevitables, hablan de una «psicosis latente» de la madre o del padre, y con ello eluden nuevamente el problema de los reales malos tratos. Es muy posible que a veces

el comportamiento de los padres entre en el terreno de las psicosis, pero lo importante es saber que la sociedad hace oídos sordos a ese comportamiento mientras sea el niño quien deba cargar con las consecuencias. Es imprescindible saber eso para poder acompañar y comprender de verdad al paciente, en especial en los momentos en que éste se opone por todos los medios a aceptar la verdad porque esta verdad es inconcebible y hostil a la vida. Pero quien sepa que algunos niños consiguen sobrevivir prácticamente sólo gracias a la represión de las torturas sufridas podrá, con su apoyo, ayudar al paciente a tomar en sus manos la tarea de superar la represión.

Cuando se habla de abusos sexuales, surge siempre la pregunta de por qué la madre de la niña hace caso omiso a sus señales o, con su actitud, impide que la hija le confíe la verdad. Esa actitud de la madre resulta aún más incomprensible cuando se sabe que ella misma, siendo niña, fue víctima de abusos sexuales. Pero la clave para la comprensión del problema se halla precisamente en esa información. Las madres más ciegas y sordas a la situación de sus hijas son precisamente aquellas que durante su infancia se vieron sometidas a malos tratos semejantes y los reprimieron. No soportan que algo les recuerde su propia historia, y por eso dejan a sus hijas en la estacada.

Por desgracia, en este punto el movimiento feminista, que en tan gran medida ha contribuido a llamar la atención de la opinión pública sobre el problema de los niños maltratados, choca también con sus propias fronteras ideológicas. El feminismo localiza el origen del problema en el patriarcado, en el monopolio masculino del poder.

Esta visión simplificadora deja sin respuesta muchas preguntas. Quizás aún no sea posible plantearlas, ya que serían una amenaza para la visión idealizada de la madre. Y, sin embargo, es necesario preguntarse: ¿Cómo puede llegar un hombre a violar a mujeres y niños? ¿Quién lo convirtió en un ser malvado? Según mi experiencia, el responsable no siempre es solamente el padre. Habría que preguntarse también qué posibilidades tiene una mujer oprimida de evitar abusar de sus hijos para satisfacer sus propias necesidades. La sociedad —incluso en las culturas en las que la mujer no cuenta para nada— concede a la madre un poder absoluto sobre sus hijos pequeños. Aparte de esto, cabe preguntarse hasta qué punto una mujer adulta de la que su padre abusó cuando era niña puede asumir sus responsabilidades respecto a su hijo, y, en caso de que mantenga reprimidas sus experiencias infantiles, cómo lo tratará.

Me he dado cuenta de que a algunas feministas no les gusta oír estas preguntas. Sin embargo, les desconcierta constatar una y otra vez que las madres no protegen a sus hijas víctimas de abusos sexuales, sino que las abandonan a su destino o incluso las castigan. Suele darse a este fenómeno una explicación facilona: el miedo al marido. A nadie se le ocurre pensar que una mujer que durante su infancia se sintiera amparada y tuviera una madre protectora aceptara casarse con un hombre al que temiera y que maltratara a sus hijos. Sus antenas la advertirían de ambos peligros.

Con estas reflexiones no pretendo empañar los méritos del movimiento feminista en lo referente al problema de los niños maltratados, sino esti-

mularlo a traspasar las actuales barreras. El empeño de sacar mentiras a la luz no debe verse obstaculizado por nuevas falsedades ideológicas, ilusiones e idealizaciones. La situación de la mujer adulta frente a un hombre brutal no es la misma que la de un niño pequeño. La mujer puede sentirse, a causa de experiencias infantiles, tan impotente como un niño, y debido a ello no ser consciente de sus posibilidades de defenderse; pero la mujer ya no es realmente impotente. Aunque no posea suficientes derechos, y aunque los tribunales se pongan de parte de los hombres, una mujer adulta puede hablar, explicar, buscar aliados, y puede también chillar (si es que no perdió durante su infancia la capacidad de hacerlo). Pero, ante todo, no se ve obligada a reprimir sus sufrimientos, y es capaz de padecer dolores y humillaciones sin que éstos den origen a nuevas heridas. Los traumas sólo producen heridas en el caso del niño, porque dañan a un organismo en fase de crecimiento. Esas heridas pueden curarse si el sujeto se atreve a verlas, o quedar abiertas si sigue sin ser consciente de ellas. Estas ideas quedan ilustradas mediante el ejemplo de una familia en el capítulo I,6.

El movimiento feminista no se verá debilitado si reconoce por fin que también hay madres que maltratan a sus hijos. Sólo la verdad, por incómoda que sea, confiere a un movimiento la fuerza necesaria para cambiar la sociedad, y no el eludirla o negarla. Tanto la brutalidad de los hombres que maltratan a sus mujeres como la resignación de éstas son consecuencia de malos tratos sufridos en la infancia. Por ello los pequeños, sean niños o niñas, pueden ser víctimas de adultos de *ambos* sexos. El que algunas mujeres

(u hombres) sensibles y no brutales sean incapaces de proteger a sus hijos de la brutalidad de su pareja debe atribuirse a la ceguera y la intimidación sufridas durante su propia infancia. Esa es la verdad pura y simple. Sólo cuando se logre sacar a la luz las raíces de toda violencia se podrá investigar esos fenómenos tal como son, sin adornos ni retoques.

La terapeuta que haya aprendido que todos los males del mundo son culpa de los hombres podrá ciertamente prestar apoyo a sus pacientes femeninas cuando éstas descubran por fin que sus padres, abuelos o hermanos abusaron sexualmente de ellas. La terapeuta no intentará hacerles renunciar a esa verdad, como hacen los partidarios de la teoría de los instintos. Pero mientras siga oculta la verdad acerca de la madre que consintió los malos tratos, que no protegió a su hija y pasó por alto sus sufrimientos, no se percibirá, no se considerará verdadera la plena realidad de la infancia. Y mientras la mujer no reviva sus sentimientos de niña, el rencor hacia los hombres, que ahora ya puede sentir, quedará impotente. Es posible incluso que permanezca asociada a la fidelidad y dependencia no superadas hacia el padre o hacia otros hombres que hayan maltratado a la paciente (*véase* A. Miller 1981, págs. 94-102).

Si se defiende a las madres como a víctimas inocentes, la paciente no podrá tampoco descubrir que, de haber tenido una madre amante, protectora, atenta y valiente, el padre o el hermano jamás podrían haberla maltratado. La niña a quien su madre haya enseñado que es digna de ser protegida sabrá hallar amparo también en personas desconocidas y será capaz de defenderse por sí misma. Si ha aprendido lo que es amor,

no caerá en la trampa de un amor fingido. Pero la niña que sólo recibió rechazo y educación, que nunca recibió un afecto tranquilizador, no sabe que también puede existir un afecto tras el que no se oculte la explotación. Para no sucumbir, se ve obligada a aceptar todas las ofertas de afecto. En determinadas circunstancias, permitirá que se abuse sexualmente de ella con tal de hallar algo de cariño y calor humano. Más tarde, de adulta, se dará cuenta de que se le negó engañosamente el amor que necesitaba, y quizá se avergonzará de sus antiguas necesidades y se sentirá culpable por ello. Se culpabilizará a sí misma porque no se atreverá a culpabilizar a la madre que dejó insatisfechas sus necesidades infantiles o quizás incluso las desaprobó.

Los psicoanalistas toman al padre bajo su protección trivializando los abusos sexuales sufridos por el niño mediante el complejo de Edipo o de Electra, mientras que algunas terapeutas feministas idealizan a la madre, dificultando con ello el acceso a las primeras experiencias traumáticas que tienen origen en ella. Ambas cosas pueden conducir a un callejón sin salida, pues la disipación de los dolores sólo es posible cuando se es capaz de ver y aceptar la plena realidad de los hechos.

Pero hay también otras terapias en las que la exclusión de la verdad no obedece a motivos ideológicos, sino al hecho de que no se pone a disposición del paciente los instrumentos necesarios para la investigación de sus sentimientos y la comprobación de sus hipótesis. Ni siquiera los más intensos reproches contra los padres le ayudarán a liberarse mientras la verdad permanezca oculta. Eso es lo que ocurrirá en el caso de que el niño, por ejemplo, tuviera un padre en cuya pre-

sencia no le estaba permitido abrir la boca sin ser interrumpido y atropellado. En determinadas circunstancias, a ese paciente le será durante largo tiempo imposible enfrentarse al padre y formular sus reproches. Los sentimientos liberados se orientan en primer lugar hacia la madre, que ejerció sobre el niño una violencia menos intensa. También puede suceder al revés, es decir, que el padre aterrorizara al niño en menor medida que la madre, y que el paciente reproche al padre cosas que hizo la madre, sin darse cuenta de este error, porque las vivencias primeras permanecen inaccesibles. Así se produce, por miedo, por un reflejo de autodefensa, una imagen *desfigurada* del pasado. En el transcurso de la terapia será posible corregir esas desfiguraciones si la terapia está enfocada hacia el descubrimiento de la realidad. En tal caso, el terapeuta sabrá que su paciente sólo puede hacerle reproches a aquel de sus progenitores en el que tenía un mínimo de confianza, y no a aquel ante el que se sentía paralizado por el terror. Le hará descubrir su verdadera historia, para que *no culpe a quien no es culpable,* sino a quien realmente lo merece, y por hechos que *realmente sucedieron.* Pues nadie se hace libre culpabilizando a personas que en realidad no le hicieron ningún daño. Con acusaciones difusas e imprecisas contra personas sustitutivas, el paciente no logrará una mejoría de su situación, sino que muy posiblemente seguirá prisionero de una funesta confusión (*véase* A. Miller 1988a, págs. 9-78). En cambio, se liberará si es capaz de defenderse en los casos en que ello sea necesario y adecuado. Cuanto más realista sea una persona, cuanto más libre esté de manipulaciones ideológicas y teóricas, tanto más fácilmente lo logrará.

5
Los que fingen querer saber

Una periodista que había leído atentamente mis libros quiso hacer un documental televisivo sobre las causas y las consecuencias de los malos tratos que sufre la infancia. Aunque gozaba de un gran prestigio en su equipo, y ya había preparado varios documentales acerca de diversos temas, su proyecto tropezó con la máxima resistencia por parte de todos sus colaboradores. Pese a ello, no renunció a la idea, y unos meses más tarde alcanzó su objetivo: le permitieron filmar una serie de entrevistas con personas implicadas (padres e hijos), pero sólo le concedieron cinco minutos de tiempo de emisión por entrevista. Esas entrevistas de cinco minutos de duración quedaron distribuidas posteriormente en cuatro emisiones consecutivas de una hora, en las que salían a la luz toda una serie de problemas muy diversos que no tenían nada que ver con el tema de los niños maltratados. En las pausas se emitían actuaciones musicales, se entrevistaba a cantantes, se presentaban las más recientes innovaciones de la electrónica, y cosas por el estilo. Pero también se mostraba a los telespectadores un número de teléfono al que éstos podían llamar si tenían algún problema referente a niños maltratados. Un psiquiatra y psicoanalista contestaría sus preguntas desde el estudio. Y esa oferta la aprovecharon mu-

chísimos telespectadores; la afluencia de llamadas telefónicas fue mayor que con ningún otro tema tratado hasta entonces en los documentales. Entre otras cosas, el experto afirmó que la persona que pegara a sus hijos no debía, sobre todo, sentirse culpable; podía acudir a un terapeuta y hablar con él acerca de esos «problemas». Lo que no dijo fue que semejantes diálogos acerca de «problemas» suelen llevar a un callejón sin salida en la mayoría de los casos. Quizá no lo sabía, no lo sabía todavía.

En la cuarta y última emisión de la serie, la periodista intentó sacar a colación las consecuencias que los malos tratos tienen para nuestro futuro. Planteó la pregunta: ¿En qué clase de personas se convertirán los bebés a los que hoy se impide chillar con ayuda de somníferos, matando así sus sentimientos? Casi antes de que acabara la frase, el moderador, con una sonrisa congelada, la interrumpió para asegurarles a los padres que en realidad todo lo que habían visto y oído durante la emisión no era tan terrible, y que, en caso de que lo fuera, había numerosos números de teléfono a los que uno podía dirigirse. Negándose a sentirse implicado en la cuestión, el moderador delegó así toda su responsabilidad en aquellos números de teléfono, y a continuación se dedicó a distraer la atención de los telespectadores mediante toda clase de atracciones, altamente indicadas para acallar en ellos la consternación provocada por lo que habían visto.

¿Querían los responsables de aquello saber realmente cómo se pueden evitar los malos tratos, o quizás en el fondo no querían saberlo? ¿Por qué se hacen aparentemente tantos esfuerzos para informar al público, y al mismo tiempo se hace

todo lo posible para que tales informaciones no lleguen a sus destinatarios, por ejemplo distrayendo la atención y los sentimientos de las personas afectadas por el problema al servirles en bandeja otros temas, lo cual les hace imposible obtener un verdadero provecho de esas pocas informaciones recibidas? La respuesta es siempre la misma: los responsables de aquella emisión también tuvieron infancia y también tienen padres. Si suministraran al público informaciones completas, que pudieran ser asimiladas, sus propios mecanismos de represión se tambalearían. Eso produce grandes miedos. ¿Se les puede hacer ver a los responsables de esa emisión que este tema les asusta? Sin duda rechazarían tal afirmación, pues al fin y al cabo no experimentan miedo alguno. Si fueran capaces de vivir ese sentimiento, no necesitarían esforzarse tanto para distraer la atención. Pero las personas que perdieron sus sentimientos en la infancia no saben nada de sus miedos. No saben la cantidad de cosas que llegan a hacer para esquivar esos sentimientos de temor. Pero cuando esas personas trabajan en medios informativos, su actitud puede tener una gran repercusión, positiva o negativa, tanto en ellos mismos como, ante todo, en otras personas.

El mismo temor reprimido, es decir, inconsciente, hace que ginecólogos y comadronas desarrollen una frenética actividad durante y tras el parto. Pesan al niño, lo miden y le ponen inyecciones, como si la supervivencia del pequeño dependiera de todas esas operaciones, lo cual llega a afirmarse a menudo. Hace unos quince años, el médico francés Frédérick Leboyer demostró con sus filmes y libros que eso no es así. El recién nacido que llega al mundo de manera natural no

grita, y si se le deja yacer sobre el vientre de la madre se sentirá contento e incluso sonreirá. Y ello porque no se le trata como a un trozo de madera, midiéndolo, bañándolo y pesándolo bajo una luz demasiado intensa y entre ruidos estridentes, sino que se toma en consideración sus sentimientos y el choque que representa para él el parto, y se le trata como a un ser humano extremadamente delicado.

El valor científico de las filmaciones de Leboyer debería haber causado un cambio radical en el terreno de la obstetricia, pero lo cierto es que nos hallamos aún muy lejos de eso. Es más, la tecnificación del parto aumenta de una manera escalofriante. Los padecimientos psíquicos del recién nacido y las consecuencias de su represión siguen siendo desconocidos para los especialistas, con unas pocas excepciones. El descubrimiento de Leboyer suele considerarse acientífico e incluso peligroso, y en la mayoría de las clínicas un parto normal se diferencia escasamente de cualquier operación practicada en una persona enferma. La provocación artificial del parto se practica cada vez con más frecuencia, de lo que resulta que una gran parte de los recién nacidos deben ser tratados inmediatamente en la unidad de vigilancia intensiva, lo cual implica, por supuesto, separarlos de la madre.

Eso significa desperdiciar una oportunidad decisiva para la madre y el hijo, pues es justamente en los primeros minutos y horas tras el parto cuando la presencia del bebé despierta e intensifica la capacidad afectiva de la madre, que es necesaria para el desarrollo de su amor hacia el niño *(bonding)*. Una parturienta que recibiera mucho afecto cuando era un bebé se rebelará inmediata-

mente contra un reglamento hospitalario cruel. Pero las mujeres a las que tras su propio nacimiento se dejó solas, carentes de calor corporal materno, se plegarán, sin oponer resistencia, al reglamento hospitalario y lo considerarán la cosa más normal del mundo. A veces reaccionan a la separación de su hijo recién nacido con depresiones o trastornos físicos hacia los que se dirige inmediatamente toda la atención de los médicos y auxiliares. Nadie, o casi nadie, les dirá a esas madres que dichas dolencias son un intento de defenderse del dolor de la antigua y de la nueva separación (*véase* A. Miller 1979, *1985a*). Mucho más a menudo se les dice que las depresiones posparto son fenómenos «completamente normales» que se pueden combatir fácilmente con ayuda de medicamentos.

Muchos médicos califican erróneamente de «normal» a aquello que sucede con frecuencia. Es sin duda cierto que para las madres de hoy, nacidas en los fríos y esterilizados hospitales de las décadas de los cincuenta y sesenta, el nacimiento no debió de ser, por regla general, una buena experiencia. Pero ese destino común no es de ningún modo normal o inevitable, porque obedece a causas culturales y no biológicas. Las innovaciones que han introducido métodos más humanos lo demuestran claramente.

Una mujer me explicó una vez que, tras su primer parto, había aceptado sin oponer resistencia ser separada de su hijo y no se había dado cuenta de lo angustiada que estaba en realidad. Lo único que notó fue una depresión y una inflamación de las glándulas mamarias, lo cual, por supuesto, no contribuyó a evitar la separación. En su segundo parto, el personal del hospital demos-

tró más tacto y comprensión, y le dejaron inmediatamente tener al recién nacido sobre su vientre. La alegría irreprimible que le produjo aquel estrecho y venturoso contacto le permitió sentir por primera vez el antiguo dolor de su propia soledad de bebé. En los años siguientes, tuvo con ese segundo hijo una relación mucho menos «enturbiada» y asombrosamente distendida.

Otras madres que, gracias a la experiencia de un buen parto, han tenido la suerte de poder percibir la existencia de viejas heridas y dejarlas cerrarse, me han hablado también de vivencias semejantes y de sus efectos sobre la posterior relación con el niño. A ellas nadie podrá deslumbrarlas con los prodigiosos avances de la tecnología y la farmacología. Como revelan algunos experimentos, los animales a los que se separa del recién nacido inmediatamente después del parto no muestran posteriormente ningún interés por sus propias crías ni por las ajenas. No es ninguna casualidad que las experiencias de las madres y los más recientes estudios no despierten el interés de la mayoría de los médicos, pues la tecnificación del parto tiene como fin proteger a los presentes de sus propios miedos. Esos temores están asociados a los dolores reprimidos del propio nacimiento y al posible surgimiento de recuerdos indeseados. Esos miedos bloquean la valoración de nuevas nociones aplicables en la práctica y echan por tierra impasiblemente las posibilidades de ser felices de muchos futuros adultos. Y a las asustadas madres se les hace creer que todo eso significa progreso.

Los ginecólogos que no saben apenas nada de sus miedos justifican sus actividades posparto aduciendo el imperativo de preocuparse por el

bien del recién nacido. Los redactores de televisión se escudan en la necesidad de planificar las emisiones y en la aparente impaciencia de los telespectadores, que supuestamente desean imágenes y diversiones y son incapaces de concentrarse tanto tiempo en la palabra hablada. Esto se afirma en muchas ocasiones, y sin embargo se ha comprobado que no es cierto, en especial cuando se trata del tema de los niños maltratados, que afecta a todo el mundo. Lo demuestran las reacciones que se producen siempre que algún medio de información afronta verdaderamente el tema. En cierta ocasión una periodista noruega me hizo una entrevista. Durante la emisión, de casi dos horas de duración, me permitió desarrollar mis ideas sin interrumpirme. Al acabar recibió muchas llamadas de personas que le daban las gracias no sólo por las informaciones recibidas sino también por su manera de escucharme y de dejarme expresarme a mi manera. Pero las viejas y supuestamente eficaces estructuras garantizan la observancia del mandamiento «No conocerás», y se ven reflejadas tanto en la televisión como en la radio y la prensa.

Cierta publicación mensual neoyorquina, que mis editores en Norteamérica me describieron como «seria y estrictamente científica», quiso publicar una entrevista conmigo. La encargada de realizarla era una psicoterapeuta que al parecer había estudiado mis libros durante largo tiempo. Tan pronto como se me garantizó que no se alteraría nada sin mi consentimiento, me declaré dispuesta a dejarme entrevistar. Pero la aventura empezó después de haber tenido lugar la conversación.

Durante un año, la «sección de arte» de dicha

revista científica afirmó que la entrevista no podría publicarse de ningún modo hasta que yo autorizase que un fotógrafo de la publicación me hiciera unas fotos. Rechacé repetidamente esa exigencia, porque no deseo concederle a nadie el *copyright* sobre mi imagen, y por fin propuse renunciar a la entrevista. Fue entonces cuando la redacción consintió por fin en aceptar la foto que yo ponía a su disposición. Semejante alteración de los aparentemente sagrados principios de la revista se debió a los esfuerzos de la redactora, que había preparado cuidadosamente el texto y para la que empezaba a ser importante poder publicarlo por fin. Esa mujer cumplió su promesa y me consultó siempre antes de proceder a modificar algo.

Tres meses después de la publicación de la entrevista autorizada en la revista científica, la edición alemana de cierta revista cuyos intereses no tienen nada en absoluto que ver con los míos publicó una versión groseramente deformada y reducida hasta un tercio de la entrevista original en inglés. Por si fuera poco, la redacción afirmaba que yo le había concedido la entrevista a *su* publicación. Como supe más adelante, ambas revistas pertenecen a la misma editorial, lo cual hizo posible semejante «transferencia».

Es fácil suponer que este engaño a los lectores obedeció exclusivamente a intereses lucrativos, pero mi experiencia en el tema de los niños maltratados me ha enseñado que tales sorprendentes virajes y actividades ambiguas por parte de los medios de comunicación no siempre tienen una explicación tan simple. También se producen en casos en los que no es posible detectar intereses visibles ni factores económicos. A veces es inevi-

table tener la impresión de que el tema «infancia» provoca automáticamente en muchas personas burlas, arrogancia, ordinarieces: exactamente las mismas actitudes y comportamientos que esas personas experimentaron y aprendieron de los adultos durante su infancia.

Veamos qué fue exactamente lo que sucedió. Una psicoterapeuta viaja de Nueva York a Europa para obtener de mí informaciones que considera importantes y que le causan una visible impresión. Más tarde, la redactora que prepara el texto para su publicación reacciona de una manera semejante. Así pues, no veo ningún motivo para negarme a la publicación de la entrevista, pues considero garantizada la precisión de mis declaraciones, y eso es lo único que cuenta para mí: que no se mutile mi pensamiento. Pero acaba sucediendo precisamente lo más inesperado: la revista rompe su palabra —que me había dado por escrito— de que el texto no sufrirá sin mi consentimiento ninguna modificación, recorte o adición. La revista permite que personas no autorizadas reduzcan mi texto, sin consultármelo ni informarme siquiera de ello. Permite que aparezca una traducción defectuosa del inglés al alemán sin pedirme una autorización. Permite también que toda esa farsa aparezca en un marco completamente deformado. Así se consiguió desvirtuar de un plumazo la tarea de información sobre la explotación de los niños y la represión de sus sufrimientos, a la que tres personas habían dedicado mucha atención y tiempo. Fue como si la mano derecha hubiera sacado algo a la luz y la izquierda lo hubiera devuelto apresuradamente a la oscuridad.

Ese fenómeno no es un caso aislado, como demuestra el siguiente ejemplo.

Muchos jefes de redacción disfrutaron plenamente en su infancia de la «pedagogía negra», y la defienden; por ello bloquean importantes informaciones que podrían despertar sus miedos. También impiden a periodistas más jóvenes de ambos sexos la transmisión de nuevos conocimientos sobre el tema, que éstos, quizá gracias a una educación más liberal, están en condiciones de difundir. De tal manera, esas personas contribuyen inadvertidamente a la vigencia de los mandamientos de la «pedagogía negra» en nuestra sociedad, saboteando informaciones que podrían salvar a la humanidad de su autodestrucción. A continuación describiré lo que me sucedió con cierta revista, pues esos hechos muestran las resistencias con las que se tropieza cuando se intenta revelar la situación de los niños y hacer escuchar sus voces.

En el verano de 1986 escribí un prólogo para la segunda edición británica de mi libro *El drama del niño dotado.* Mi editorial había ofrecido a una revista alemana una pre-publicación de mi escrito. El texto le pareció a la redactora de la revista demasiado teórico para sus lectores, por lo que me rogó muy amablemente que escribiera un artículo para la misma revista, dirigiéndome a sus lectores en el tono más directo posible a fin de que los padres comprendieran por qué les resulta tan difícil controlar sus accesos de ira contra sus hijos; había que mostrarles la manera de salir de ese círculo vicioso, me dijo la redactora. Debía evitar el uso de términos teóricos y acercarme tanto como pudiera a la situación de los padres.

Esa carta y la argumentación contenida en ella me parecieron convincentes, así que efectivamente escribí un artículo para la revista, que he hecho reproducir como apéndice a este libro (*véase* III.

Apéndice). Desde luego, no esperaba que ninguna revista alemana estuviera dispuesta a publicar un texto como ése, pero tampoco estaba en mis manos escribirlo de otro modo. Como la redactora me había dicho por teléfono que no fuera tan pesimista, pues el equipo con el que ella trabajaba estaba muy abierto a todas las novedades, no me sentí del todo desesperanzada. La primera reacción de la redactora a mi artículo pareció confirmar esa esperanza. Me escribió: «Hasta ahora sólo he podido hojear brevemente el manuscrito, pero por la primera impresión que tengo, yo diría que es exactamente lo que esperaba».

Aquella reacción me alegró mucho. Empezaba a pensar ya que los miedos de mi generación debían de haberme cegado e impedido ver la creciente apertura de miras de las generaciones más jóvenes. Pero pronto me vería confrontada con la realidad.

Algunas semanas después se me hizo saber que al subjefe de redacción le había parecido interesante el texto y que se lo había llevado a casa para leerlo más atentamente, pero que se había puesto enfermo. Cuando algún tiempo más tarde volvió, ya sano, a la redacción, afirmó, según se me dijo, que no había nada que objetar al contenido del texto, y que el artículo era valioso, pero demasiado largo, por lo que habría que restarle algunas páginas. Y, sobre todo, había que suprimir el pasaje referente a Hitler, pues los lectores no podrían seguir mis argumentos en una forma tan comprimida.

Aquellas afirmaciones me parecieron algo contradictorias. Una revista que tiene como objetivo primordial informar a los padres sobre los problemas de la paternidad recibe un artículo que los

redactores consideran correcto y valioso, un artículo cuyas dimensiones coinciden con el espacio puesto a disposición de la autora; y, pese a todo ello, los responsables consideran imprescindible recortarlo. Por otro lado afirman que la alusión a Hitler, que precisamente podría ser de gran ayuda para entender el resto, debe ser suprimida por su carácter excesivamente amplio y porque necesitaría una explicación. ¿Por qué no me pidieron que diera yo misma esa explicación?

Le pregunté a la redactora, que hacía el papel de intermediaria entre la revista y yo, si la decisión de que mi artículo era demasiado largo no querría decir en realidad: esa verdad es insoportable, no podemos publicarla de una manera tan simple, tan clara y tan desnuda. La redactora me aseguró que estaba equivocada y me prometió someter pronto a mi aprobación su versión reducida.

Cumplió su palabra. El resultado era valiente, sincero, sin adornos, sin tergiversaciones. Aquella joven, madre de dos hijos, parecía haber soportado bien la verdad. Me dijo que para algunos mi artículo significaría una conmoción, pero en todo caso una conmoción saludable, y que el asunto era demasiado importante para no darlo a conocer al público. Ya no vivimos en los tiempos de Sigmund Freud, pensé, las cosas han cambiado.

Pero había vuelto a alegrarme antes de tiempo. Dos semanas después de llamar yo a la redactora para felicitarla por su valor y por su brillante versión reducida de mi artículo, recibí de ella una carta en la que me hacía saber que ahora el redactor-jefe en persona había leído el texto y lo consideraba incomprensible para los lectores. Así fue cómo se impidió la publicación del artícu-

lo. Aparte de esto, se me rogaba que concediera a la revista una entrevista dentro de algunos meses. En ese plazo de tiempo aparecería un número especial dedicado a los niños maltratados, en el que mi opinión sobre el tema «Castigos» se confrontaría con la de otras personas consultadas.

Lamenté mucho que mis esfuerzos por informar a los padres acerca de su propia situación, evitándoles así el hacerse aún más culpables, no obtuvieran el apoyo de una revista que afirma querer ayudar a los padres. Al fin y al cabo, hace cinco años, cuando se produjeron dificultades similares con la revista femenina *Brigitte,* tuve, pese a todo, una experiencia positiva. Gracias al coraje de las personas que en aquella época integraban la redacción, salió por fin a la luz en Alemania la tragedia de los niños víctimas de incesto.

En realidad, ese relato de mis dificultades con una revista ya no es representativo. Me llama la atención el hecho de que los periodistas que me entrevistan actualmente muestran mucha mayor comprensión hacia la situación de los niños que los que lo hacían siete años antes. Desde luego, a veces sucede que una entrevista durante la que me sentí muy bien comprendida luego acaba por no ser publicada, por ser «demasiado larga» o «demasiado corta» o por cualquier clase de extraños motivos, los cuales sin embargo —esto siempre se recalca— nada tienen que ver con el contenido. Tengo la impresión de que los periodistas en cuestión parecen creerse estas razones, o quizá se sienten obligados a creérselas; no sólo porque su puesto de trabajo depende de la benevolencia de los superiores, sino también porque muchos superiores hablan el mismo lenguaje que los padres de esos periodistas. Un lenguaje que los hace más

impotentes de lo que son, porque remueve viejas heridas y reactiva la situación de indefensión del niño que fueron.

El miedo a la verdad también puede detectarse en la administración de la justicia, la cual, sin embargo, tiene la misión explícita de aclarar la verdad. En el capítulo anterior he hecho mención del proceso contra los maestros de una escuela de Los Angeles (*véase* I,4). En un breve plazo de tiempo se aportaron pruebas de que trescientos niños habían sido brutalmente extorsionados por sus maestros durante años. Los habían forzado, bajo las peores amenazas, a mantener en silencio los abusos sexuales a que los habían sometido. Al principio, toda la prensa norteamericana y la mayor parte de la opinión pública se pusieron de parte de los niños maltratados, y los crímenes que salieron a la luz durante el proceso causaron una gran indignación. Pero ya al cabo de unos años la situación había cambiado considerablemente. En 1987, una lectora de Los Angeles me comunicó lo siguiente:

> La mayoría de los acusados, que se hallaban en prisión provisional, han sido excarcelados, y han puesto a su vez denuncias por daños y perjuicios, reclamando millones de dólares, porque las acusaciones (y no los delitos que cometieron) han perjudicado sus carreras profesionales. La primera madre que denunció a los maestros se ha suicidado. Muchos padres han retirado sus denuncias al darse cuenta de que los interrogatorios de sus hijos iban a durar varios años, y que los niños tendrían que repetir todo en el proceso, aunque durante la investigación se filmaron sus declaraciones. Los abogados y una parte de la prensa acusan a los terapeutas de haberse inventado toda la historia y habérsela inculcado a los niños.

No hay nada más fácil de acallar que la voz verdadera de un niño, y mucho más ante un tribunal. La mayoría de los jueces parecen no saberlo, y hacen interrogar a los niños como si fueran testigos adultos. Un terapeuta que tenía en tratamiento a uno de esos «testigos» de seis años de edad me escribió explicándome las cosas que pueden surgir durante esos interrogatorios. Durante la investigación su pequeña paciente experimentó grandes terrores, y cuando la hicieron sentarse en la gran silla, donde no le llegaban los pies al suelo, su malestar aumentó hasta el punto que se mostró dispuesta a desdecirse de todas sus anteriores declaraciones con tal de poder sentir por fin el suelo bajo los pies y salir corriendo de allí.

A primera vista resulta asombroso que algunos jueces, tanto hombres como mujeres, sepan tan poco acerca del alma infantil. Parecen ciegos a un factor totalmente decisivo como es el hecho de que, antes de que se pronuncie la sentencia, los elocuentes y bien pagados defensores de los acusados expulsan de la sala, con ayuda del terror psicológico y el lavado de cerebro, la voz de la verdad, haciéndola ilocalizable. Vestidos con sus solemnes togas, consiguen provocar la *impresión* de que van en busca de la verdad y la justicia. Pero quien tenga los ojos cerrados nunca hallará esas dos cosas. El deber de los jueces habría sido encontrar una salida al monstruoso laberinto de aquel proceso. En lugar de ello, actuaron como cómplices de los culpables, tal como lo habían aprendido de niños. Se pusieron al servicio de los intereses de los adultos, de los abogados sin escrúpulos y de los criminales, y traicionaron a los niños y, con ellos, a la verdad. Si

hubieran escuchado a los niños con oídos atentos y observado sus rostros con los ojos abiertos, ¿quién sabe qué recuerdos habrían surgido en sus mentes? Así que prefirieron escudarse contra eso tras la rutina, abandonando a los niños, ya gravemente maltratados, a nuevos y crueles abusos y sacrificándolos a la ignorancia de los adultos. Lo hicieron sin pestañear y sin el menor cargo de conciencia, pues ellos mismos fueron en su día sacrificados a la misma ignorancia y hasta el día de hoy no se han percatado de ello.

6
El alto precio de la mentira

¿Por qué es tan difícil retratar la situación auténtica, fáctica y verdadera del niño pequeño? Cada vez que lo intento se me replica con argumentos cuya única función es evitar percibir esa situación, hacerla invisible o, en el mejor de los casos, calificarla de puramente «subjetiva». La persona afectada es siempre subjetiva, se piensa. Sólo conoce la injusticia; no sabe por qué se la han infligido, y mucho menos cuando se trata de un niño. ¿Acaso los niños son capaces de entender algo? ¿Cómo podría un niño juzgar la situación en su conjunto, por ejemplo comprender la desesperada situación de sus padres y darse cuenta de hasta qué punto los ha provocado a ejercer la violencia? Una y otra vez se busca y se halla la corresponsabilidad del niño. Por eso sólo se habla de malos tratos en casos de extrema brutalidad —y aun así con reservas—, y se duda o se niega por completo la existencia de un amplio espectro de malos tratos psíquicos. De esta manera, apenas las víctimas elevan sus voces, se las condena al silencio, y la verdad, toda la verdad objetiva de los hechos queda oscurecida.

Las absurdas consecuencias a que esto conduce pudieron observarse con motivo de un artículo publicado en la revista alemana *Stern* en 1987. Cuando el hijo del conocido genocida Hans

Frank, gobernador general nazi de Polonia entre 1939 y 1945, condenó inequívocamente los crímenes de su padre, sin adornarlos, perdonarlos o relativizarlos y sin culpabilizarse a sí mismo por hacerlo, se desató una ola de ira e indignación. Entre otras cosas, los lectores escribieron a la revista: «Hiciera lo que hiciera Hans Frank, su mayor vileza fue sin duda engendrar a ese monstruo perverso de hijo». Pues «cualquier persona podía, incluso debía haber escrito ese artículo. Pero no el hijo, pues con ello se ha mostrado tan inhumano como lo fuera en su día el padre». Por tanto, se califica de inhumano y profundamente abominable el hecho de que el hijo de un genocida no esté dispuesto a idealizar a su padre, a ocultar la verdad y a traicionarse a sí mismo.

Sin duda la opinión pública no es el contexto más favorable en que el sujeto puede llevar a cabo, con provecho para sí mismo, la revisión de las personas de sus padres. Para poder revivir los sentimientos de la infancia, necesitamos el apoyo de un iniciado, y no el odio reconcentrado y aún inconsciente de los antiguos niños maltratados, que, ya adultos, se identifican plenamente con los culpables. El desnudar los sentimientos infantiles ante semejante público puede ser una forma de autocastigo que se busca cuando, pese a todo, el sujeto se siente culpable por la crítica realizada y acepta las reacciones de odio como merecido castigo. Muchos hijos e hijas fracasan en sus intentos de revisión porque, o bien se someten a la crueldad del público —igual que se vieron sometidos en su día a unos padres ignorantes y en absoluto comprensivos—, o bien buscan el favor del público asegurando a los lectores que se lo han perdonado todo a aquellos padres que los maltrataron.

Pero, según sus propias manifestaciones, Niklas Frank no concibió la publicación de ese artículo como ajuste de cuentas personal o catarsis privada, sino como acto político. Quería mostrar lo que su padre había hecho y lo que otros padres, igualmente carentes por completo de conciencia y pertrechados de palabras vacías, habían hecho en la misma época. Su publicación podía, según él, ayudar a personas concretas a ver las mentiras —inadvertidas por su familiaridad— que nos rodean. Pero, aunque en determinados casos lograra su objetivo, muchos, sin embargo, intentaron sepultar la verdad por todos los medios, llegando a tomar públicamente partido por el genocida y contra su hijo.

Lo trágico es que esa negación de la verdad no es en absoluto necesaria, pues desde hace milenios el poder de los adultos sobre el niño es tan grande que funciona sin necesidad de más correctivos. En mi generación los niños aprendían a identificarse plenamente con la perspectiva de los padres y a no ponerla jamás en cuestión. En todos los escritores que conozco se observa cómo, pese a ocasionales rebeliones, acaban defendiendo a sus padres de los reproches emitidos por ellos mismos. A menudo los reproches a los padres están asociados a terrores mortales, no sólo a causa de amenazas reales, sino porque para un niño pequeño la pérdida de la persona que constituye su única referencia representa un peligro de muerte. Así, el adulto conserva sus antiguos miedos reprimidos, y las señales de peligro tempranamente asimiladas pueden mantener su vigencia durante toda una vida.

Un niño de doce años me sirvió de ejemplo para entender hasta qué punto una persona de esa

edad puede llegar a solidarizarse con un adulto, a pesar de que —al contrario que éste— todavía posee la libertad de percibir hechos agravantes. La escena tuvo lugar en un restaurante. El niño estuvo un rato escuchando mientras yo hablaba con un maestro acerca de la nueva ley de castigos escolares del cantón de Zurich. A ambos nos indignaba el que los castigos corporales, que ya habían sido prohibidos, hubieran vuelto a ser introducidos en 1985 mediante la cláusula «excepto cuando el alumno provoque al profesor». Ambos opinábamos que esa cláusula abría las puertas a los malos tratos legales, porque el maestro siempre puede afirmar que el alumno le había provocado, y porque tal afirmación sólo debe ser investigada por instancias escolares, y no por los tribunales. Es bien sabido que la escuela como institución suele proteger y encubrir al maestro.

Nuestra conversación en torno a la ley de castigos escolares despertó el interés del niño, al que no conocíamos, y que estaba sentado a la misma mesa. De repente nos dijo: «Pues hay casos en los que el alumno provoca de verdad al maestro, y entonces hay que castigarlo». Le preguntamos si recordaba algún caso concreto, y nos dijo que sí, que hacía poco había sucedido algo en su clase. Un alumno se había puesto a dar la lata durante la clase, y el maestro lo había expulsado. Le pregunté qué había ocurrido antes. El niño se acordaba muy bien: el maestro había acusado al alumno de una falta que no había cometido él, sino otro alumno. El alumno inculpado no quiso delatar a su compañero, pese a lo cual afirmó varias veces su inocencia. El maestro no le creyó. Eso había irritado mucho al alumno en cuestión. Yo dije que ésa debía de ser la causa de la posterior provoca-

ción. El niño reaccionó indignado, diciendo: «Un maestro también puede equivocarse y cometer un error; eso hay que comprenderlo, y nadie puede por ello tomarse el derecho de interrumpir la clase».

Posiblemente esa toma de partido absoluta por el adulto, así como la comprensión hacia los padres, no sea ninguna excepción entre los alumnos aventajados. La siguiente cita muestra con especial claridad el grado de autonegación y de autohumillación que puede acompañar a esa comprensión.

En lo esencial, mi madre siempre se mantenía fiel a sí misma. No estaba en su naturaleza el mostrar la ternura que albergaba su corazón; nunca jugueteaba conmigo ni me consentía travesura alguna, pero tampoco me azoraba con cambios de humor o impetuosidades, y me hacía ser consciente de que nadie en el mundo me quería más que ella. La máxima recompensa que yo podía esperar de ella a cambio de un comportamiento excepcionalmente virtuoso era un beso en la frente, y éste producía en mí un efecto tan intenso que mi padre solía notarlo enseguida cuando entraba en la habitación.

Mi madre raramente me castigaba, pero procuraba siempre hacerme ver mis yerros, y era tal su maestría en el arte de sermonear que yo siempre acababa avergonzado y dispuesto a hacer contrición. Mientras viva le estaré agradecido por ese proceder, que me enseñó a eliminar de mi conciencia esos restos que tanto pueden perjudicar a la franqueza del carácter. Cuando alguna falta exigía una expiación más seria, mi madre me tenía una hora o algo más atado a la pata de una mesa o una silla, y aunque la ligadura no consistía más que en un hilo de coser, yo jamás me atrevía a quebrarlo, tan grande era el respeto que me infundía mi madre, la cual, por otro lado, no deshacía tales ataduras aunque tuviéramos visitas. Según la gravedad de la falta, me ataba a veces en torno a la cabeza un par de largas orejas de burro confecciona-

das en rígido papel de música; yo debía lucirlas incluso durante el almuerzo y la cena.

Cuando, en una de esas ocasiones, mi buen padre llegaba a casa a comer, le costaba, por supuesto, menos esfuerzo ver esas orejas de burro que los efectos de uno de aquellos besos en la frente, y sabía en tales casos conferir a los nobles trazos de su rostro una expresión de profunda aflicción que me traspasaba siempre el alma de parte a parte. En cierta ocasión en que, debido a un dolor de muelas, compareció con un pañuelo anudado en torno a la cabeza, esa expresión de su rostro me conmovió hasta las lágrimas. ¡Pobre padre mío! Por si no le bastase con el dolor de muelas, encima tenía que pasar la vergüenza de ver a su hijo con orejas de burro. No pude comer ni un solo bocado, aunque había de postre *dampfnudel* según la genuina receta tradicional bávara; pero mi madre no me quitó las orejas de burro (W. von Kügelgen 1970, págs. 49 y ss.).

Esta cita me la proporcionó un lector a quien no tengo el gusto de conocer, y que en su carta la calificaba de aterrador ejemplo de la exactitud de mis tesis. Presumiblemente se refería a la tesis según la cual el adulto conserva en su memoria las humillaciones sufridas bajo el disfraz de medidas necesarias para su bien, y se aferra a toda costa a la idea de que aquellos padres torturadores lo amaban.

Ni siquiera personas que han demostrado a todo el mundo su elevada inteligencia han sabido librarse de ese error, pues han mantenido encerrado a cal y canto su auténtico saber. Arthur Schopenhauer, por ejemplo, escribió acerca de su padre lo que sigue:

Mi padre fue una excelente persona... un hombre severo y temperamental, pero de intachable probidad,

sentido de la justicia y lealtad inquebrantable, dotado además de un admirable talento para el comercio. Soy incapaz de expresar con palabras todo cuanto le debo... Por eso mientras viva guardaré en mi corazón, como oro en paño, la memoria de su persona y el recuerdo de los inconmensurables méritos y bondades de ese padre inmejorable...

Ese «padre inmejorable» escribió en cierta ocasión a su hijo Arthur, cuando éste contaba doce años:

Yo quería que aprendieras a aceptar con agrado a las demás personas... Y, en lo referente al hábito de andar y sentarte erguido, te aconsejo le pidas a quienquiera que trate contigo que te propine un buen golpe en cuanto te halle distraído en lo que respecta a este asunto trascendental. Esta ha sido siempre la costumbre de los hijos de casas principescas, que nunca han temido sobrellevar el dolor por una temporada con tal de no ser tomados por mastuerzos durante toda la vida. No hay otro remedio que ése (A. Schopenhauer 1987).

Un niño que no esté atemorizado no se sienta encorvado a la mesa. Pero un niño que haya tenido que encajar «con amor» los golpes e insultos de su «severo y temperamental» padre arrastrará en muchos casos esa deformación de la espalda durante toda la vida, porque no tendrá otro medio para expresar sus temores. La postura encorvada no puede corregirse mediante nuevos golpes. En cambio, éstos pueden transformarla en una coraza rígida y envarada que ya no expresará la verdad de la víctima, sino la mentira de un verdugo de nuevo cuño.

Franz Kafka es uno de los escasos escritores de su época que fueron capaces de cuestionar el

comportamiento de sus padres. En una carta a su padre, de más de cien páginas, intentó formular sus reproches, dar expresión a su desgracia y hacérsela comprensible a su padre. El padre de Kafka jamás leyó esa carta, pero su hijo la escribió a pesar de ello, haciendo en ella afirmaciones que, por lo referente a su grado de consciencia, se elevan muy por encima del nivel de lo que otras personas, en condiciones similares, están en condiciones de expresar. Durante un tiempo me pregunté cómo podía ser que Kafka, pese a haber estado desde el principio —como muestran sus obras y diarios— falto de calor humano, auténtico cariño, consuelo y amparo, lograra siquiera percibir sus sufrimientos y consiguiera expresarlos verbalmente. Me hacía esa pregunta porque sé que los niños maltratados y gravemente desatendidos, que no conocen nada aparte de la crueldad y la violencia, no dudan en absoluto de lo adecuado de ese tratamiento. Pero Kafka tuvo la suerte de tener durante su pubertad una hermana nueve años más joven, Ottla, que le hizo sentir por primera vez que era digno de ser amado. Gracias a esa experiencia, Franz Kafka comprendió que si estaba falto de amor no era por su culpa, sino simple y llanamente porque sus padres no lo querían.

La simpatía y la comprensión de Ottla hicieron posible a Franz Kafka criticar a sus padres, pero esa crítica no excedió el terreno de lo intelectual. Jamás consiguió vivir los sentimientos que habrían atravesado la coraza del sentimiento de culpabilidad y habrían propiciado, en lugar de las depresiones y la tuberculosis, una auténtica rebelión. Aunque Kafka logró retratar en su larga carta el modo en que aquel padre trató a su hijo,

no consiguió alcanzar una verdadera liberación, porque al final del escrito *traicionó* al niño que llevaba dentro. Lo dejó hundirse al adoptar la postura del adulto, al hacerle reproches al niño, al volver a arrebatarle el habla. El padre relativiza todo lo dicho por el niño y lo pone en ridículo. El hijo se muestra dispuesto a adherirse a la opinión del padre: «Desde luego, en la realidad las cosas no encajan de la misma manera que las pruebas que aduzco en mi carta», acaba diciendo.

En este final de la carta veo un síntoma de la dependencia de Kafka de nuestro sistema de valores, en el que acusar a los padres de modo consecuente y preciso y sin rehuir las realidades se cuenta entre los mayores pecados. Franz Kafka permaneció fiel a ese sistema de valores, a pesar de que en muchos pasajes se halle cerca de entrever, al menos en un plano intelectual, su carácter anti-ético y hostil a los niños. Pero jamás se atrevió a llegar a una confrontación emocional con los padres. Víctima de sus sentimientos de culpabilidad, enfermó de tuberculosis y murió a los cuarenta y un años a consecuencia de ello (*véase* A. Miller 1981, págs. 307 y ss.).[1]

Para mostrar lo difícil que es percibir y expresar la evidente culpabilidad de los propios pa-

1. Con estas indicaciones no pretendo animar a nadie a sacar a la luz pública sus sentimientos infantiles esperando de ello un efecto terapéutico que sin duda no se producirá. Ni siquiera un gran éxito literario representa una solución para los males originados en la infancia, pues el sometimiento al público —aunque éste aplauda— no facilita la revisión y superación de los sentimientos infantiles, sino que las bloquea y puede hacerlas definitivamente imposibles. Con todo, soy de la opinión de que es imprescindible comunicar los *resultados* de nuestros descubrimientos, las realidades que debemos a los sentimientos de la infancia, a fin de que el público despierte de su sopor. *(N. de A.M.)*

dres, podríamos servirnos de innumerables ejemplos de la literatura universal. Como muestra quisiera aportar uno de ellos, la obra teatral de Eugene O'Neill *Largo viaje hacia la noche* (1940), de la que citaré extensos pasajes a fin de facilitar la comprensión de la situación del hijo adulto en el seno de la familia. El autor revela aquí —quizá de manera puramente intuitiva— una serie de factores que explican suficientemente por qué en una familia el primogénito se convierte en alcohólico, el segundo hijo muere aún niño y el tercero es presa de una tuberculosis que acabará con él. Es difícil saber si O'Neill era capaz de ver con claridad las causas por él mismo denunciadas. Más bien sospecho que, al igual que el niño de doce años al que he citado más arriba, estaba en condiciones de denunciarlas, pero si le hubieran pedido directamente explicaciones habría negado su saber. Mi suposición se basa en el hecho de que el autor retrata con comprensión intelectual el destino de los hijos, pero sin la adhesión y simpatía que se aprecian en la descripción de los padres. Esa solidaridad con los *padres-víctima* la comparten con el autor los personajes de la obra. Aunque los hijos se muestran críticos y son capaces de formular sus reproches, en ningún momento abandonan la perspectiva paterna. En el fondo, conciben su desgracia como resultado de fracasos propios, y se sienten culpables por ello. Comprenden y *quieren* comprender por qué el padre se ha convertido en un tacaño. Lo aman y están dispuestos a perdonárselo todo. A los únicos a los que son incapaces de perdonar nada es a sí mismos. No están en condiciones de entender por qué se han convertido en lo que son. Como todo lo que hacen los padres es comprensible para los

hijos, éstos no logran hallar motivo ni detonante alguno que justifique su rabia. La rabia justificada cae bajo el mecanismo de la represión, y en esa forma reprimida se intensifica sin control hasta conducir a la total autodestrucción por medio de la enfermedad y el vicio.

Cito la larga conversación entre el padre, Tyrone, y el hijo, Edmund, que encontramos en el acto IV. Muestra la solitaria y desesperada lucha de Edmund en pro de la verdad, contra la mentira, contra las fórmulas anquilosadas, contra las fachadas que ya no engañan a nadie y contra la negación de la realidad. Y muestra, al mismo tiempo, el motivo por el que esa lucha ha de acabar necesariamente fracasando: Edmund se halla siempre solo. Sea lo que sea lo que intente manifestar, no se le escucha. Lo único que le queda es su propia capacidad de comprender a ese niño envejecido e ignorante que se llama su padre.*

TYRONE *(dominado por el rencor):* Si quieres insistir en juzgar las cosas por lo que ella dice, reconocerás que si no hubieras nacido... *(Se detiene avergonzado.)*

EDMUND *(repentinamente agotado y con aspecto lamentable):* Claro. Ya sé que eso es lo que ella cree, papá.

TYRONE *(intentando hacer las paces):* ¡No, no lo cree! Te quiere todo lo que una madre puede querer a un hijo. Te lo he recordado porque me has puesto de tan mal humor con tu manía de sacar a relucir el pasado y diciendo que me odias... (...)

(...) No debes permitir que las malas noticias que te

* Reproducimos a continuación la traducción española de Ana Antón-Pacheco en la edición de *Largo viaje hacia la noche,* Cátedra, Madrid, 1986, Col. Letras Universales, págs. 184-187. *(N. del E.)*

han dado hoy te depriman. Los dos médicos me han asegurado que, si haces lo que te dicen en ese sitio donde vas a ir, dentro de seis meses o, como mucho, un año, estarás curado.

EDMUND *(el rostro de nuevo endurecido):* No me hagas reír. No te lo crees ni tú.

TYRONE *(con demasiada vehemencia):* ¡Claro que me lo creo! ¿Por qué no iba a creerlo si Hardy y el especialista me han...?

EDMUND: Lo que crees es que me voy a morir.

TYRONE: ¡Eso no es cierto! ¡Estás loco!

EDMUND *(todavía más amargamente):* Así que ¿para qué gastar dinero? Por eso me vas a mandar a un sanatorio de beneficencia.

TYRONE *(culpable y confuso):* ¡Qué beneficencia ni qué ocho cuartos! Que yo sepa, vas a ir al sanatorio de Hilltown, y los dos médicos han dicho que es el que más te conviene.

EDMUND *(hundido):* El que más te conviene a ti. Prácticamente no te va a costar nada. O casi nada. ¡No me mientas, papá! Tú sabes muy bien que el sanatorio de Hilltown es una institución de caridad (...)

(...) ¡Así que es verdad!

TYRONE: No es como tú crees. ¿Qué hay de malo en que sea una institución pública? El estado tiene los medios necesarios para hacer sanatorios mucho mejores que cualquier institución privada. ¿Por qué no iba a aprovecharme de ello? Estoy en mi derecho. Y tú en el tuyo. Somos residentes en este estado, ¿no? Como terrateniente, pago mis buenos impuestos y ayudo a su mantenimiento.

EDMUND *(con amarga ironía)*: Tus propiedades valen medio millón de dólares... (...)

(...) ¡No mientas! *(con intensidad):* ¡Por Dios, papá, que desde que me embarqué y me vi solo y comprendí lo que es trabajar como una mula por un jornal indecente, y estar sin blanca y morirte de hambre y tener que dormir en el banco de un parque porque no tienes adónde ir, he estado intentando respetarte porque me di cuenta de lo que

habías pasado de niño! He intentado pasar muchas cosas por alto. ¡Dios, en esta casa, o pasas las cosas por alto o te vuelves loco! He intentado justificarme ante mí mismo las guarradas que os he hecho. He intentado comprender por qué mamá dice que, cuando hay dinero por medio, no puedes evitar comportarte como lo haces. ¡Pero, por Dios, que esto es demasiado! Me dan ganas de vomitar. No por la forma asquerosa en que me estás tratando. ¡Me importa un carajo! Yo te he tratado igual más de una vez. ¡Pero que, a costa de la tuberculosis de tu hijo, toda la ciudad se entere de que eres un viejo roñoso y no te importe!... ¿Es que no te das cuenta de que Hardy va a ir contándolo por ahí y se va a enterar todo el mundo? Papá, coño, ¿es que no te queda orgullo ni amor propio? *(Dominado por la ira):* ¡Pero no creas que te voy a dejar salirte con la tuya! No pienso ir a ese sanatorio estatal para que te ahorres unos cuantos dólares y luego los inviertas en más tierras de mierda. ¡Asqueroso tacaño! *(Se atraganta, la voz le tiembla de rabia y luego sufre un ataque de tos.)*

TYRONE *(hundido en la silla al verse atacado. Tartamudea con más arrepentimiento que ira):* ¡Tranquilízate! ¡No digas esas cosas! ¡Estás borracho! No te lo tendré en cuenta. Vamos, muchacho, no tosas. ¡Hay que ver cómo te has puesto por nada! ¿Quién ha dicho que tengas que ir a Hilltown? Puedes ir donde te apetezca. Me importa un rábano lo que cueste. Lo único que me importa es que te pongas bien. Y no me llames roñoso sólo porque no quiera que los médicos me desplumen creyendo que soy millonario.

(Edmund ha dejado de toser. Parece enfermo y debilitado. Su padre le mira asustado.)

Pareces encontrarte débil, muchacho. Más vale que tomes algo.

Y ahora, en vista de que no hay posibilidad de ejercer el poder, de que ningún argumento sirve ya de apoyo a la mentira, de que el hijo no se deja disuadir de la verdad, no queda más remedio que echar mano a la última arma: el padre apela a la compasión y a la comprensión del hijo, olvida la tuberculosis que éste padece y se sumerge completamente en su propia infancia. Pocas veces habrá dejado de hacer efecto esa arma al aplicarla contra los propios hijos. Estos olvidan inmediatamente su desgracia y se ponen irremisiblemente en situación de servir de apoyo a sus padres, los cuales se sumergen del todo en sus propias penas.*

EDMUND *(toma la botella y llena su vaso. Débilmente):* Gracias. *(Vacía el vaso de un trago.)*

TYRONE *(se llena el vaso y acaba la botella. Bebe. Inclina la cabeza y mira torpemente las cartas que hay sobre la mesa. Indiferente):* ¿A quién le toca? *(Continúa en el mismo tono, sin mostrar resentimiento):* ¡Que soy un viejo roñoso! Bueno, quizá tengas razón. A lo mejor no puedo evitarlo (...). En mi casa fue donde aprendí el valor de un dólar y cogí miedo a ir al asilo. Desde entonces he tenido una suerte increíble. Aunque siempre he estado temiendo que las cosas cambiasen y me quedara sin nada. Pero, cuanto más tierras tienes, más seguro te sientes. A lo mejor no es lógico, pero así es. Si quiebra un banco, te quedas sin dinero, pero la tierra siempre está bajo tus pies. *(Repentinamente adopta un aire de superioridad):* ¿Dices que has comprendido lo que yo pasé de pequeño, eh? ¡Una mierda! ¿Cómo ibas a darte cuenta? Tú has tenido todo, niñeras, colegios, universidad... aunque ahí duraste poco. Has tenido ropa, comida... Bueno, ya sé que pasaste una mala temporada te-

* *Ed. cit.*, págs. 187-197. *(N. del E.)*

niendo que mancharte las manos para ganarte la vida, lejos de casa y sin blanca en un país extraño. Y te respeto por ello. Pero para ti sólo era una experiencia romántica. Un juego.

EDMUND *(sarcástico):* Sí, sobre todo cuando intenté suicidarme en el bar de Jimmie el Cura.

TYRONE: Estabas loco. Ningún hijo mío podría... Estabas borracho.

EDMUND: Estaba perfectamente sereno. Ese es el problema. Que pensé demasiado.

TYRONE *(con brusquedad agudizada por el alcohol):* ¡No empieces a decir otra vez esas cosas macabras y ateas! No pienso escucharte. Lo que quería es dejarte bien claro que... *(Con desprecio):* ¡Tú qué vas a saber lo que cuesta ganar un dólar! Cuando yo tenía diez años, mi padre abandonó a mi madre y se marchó a morir a Irlanda. Lo que le sucedió pronto, bien que se lo merecía, y espero que se esté asando en el infierno. Confundió con azúcar el veneno para las ratas. O con harina o no sé qué... La gente decía que no fue por error, pero es mentira. En mi familia nadie...

EDMUND: Pues yo no diría que fue por error.

TYRONE: ¡Y dale con ponerse macabro! Eso te lo habrá metido tu hermano en la cabeza. Siempre tiene que creer lo peor. Pero no importa. Mi madre se quedó sola, una extranjera en tierra extraña, con cuatro niños pequeños: yo, una hermana un poco mayor y dos más pequeños. Mis dos hermanos mayores se habían marchado a otro sitio. No podían hacer nada para ayudarnos. Ya tenían bastante con intentar sobrevivir. Nuestra pobreza no tenía un carajo de romántica. Nos echaron dos veces de aquella casucha que llamábamos nuestro hogar y tiraron a la calle las pocas cosas que tenía mi madre, mientras mis hermanas y mi madre lloraban. Yo también lloraba, aunque intentaba no hacerlo porque era el hombre de la familia. ¡A los diez años! Se acabó la escuela. Me puse a trabajar doce horas al día en un taller de cerrajería para aprender a hacer limas (...) La poca luz que había

entraba por dos ventanucos tan sucios que, cuando estaba nublado, casi tenía que doblarme en dos para poder ver las malditas limas. ¡Y tú vienes a hablarme de trabajar! (...) Nunca íbamos suficientemente abrigados ni comíamos lo necesario. Recuerdo que una vez, sería el Día de Acción de Gracias o en Navidad, uno de aquellos yanquis le dio a mi madre una propina de un dólar y se lo gastó todo en comida para nosotros. No olvidaré que mientras nos abrazaba y nos besaba decía con el rostro anegado en lágrimas: «¡Loado sea Dios porque ha permitido que, por una vez, ninguno tengamos que quedarnos con hambre!». *(Se seca los ojos).·* Era una mujer valiente, dulce y admirable. ¡La más valiente y admirable de todas!

EDMUND *(conmovido).·* Sí, debió de serlo.

TYRONE: Su único temor era ponerse enferma y acabar su vida en un asilo. *(Hace una pausa. Luego añade sarcástico).·* Fue entonces cuando me convertí en un tacaño. Un dólar entonces valía mucho (...) *(Vehemente).·* ¡Escoge el que más te guste! ¡Sin importar lo que cueste! Siempre y cuando no sea demasiado para mi bolsillo, claro.

(Al oír esta puntualización, los labios de Edmund hacen una mueca. Ya no muestra resentimiento. Su padre continúa en tono indiferente.)

El especialista también me recomendó otro sanatorio. Uno de los mejores del país. Lo ha construido un grupo de millonarios para beneficio de los trabajadores de sus empresas. Tú tendrás derecho a ir como residente en este estado. Como contribuyen con mucho dinero, no resulta demasiado caro. Sólo son siete dólares semanales, pero, de hecho, el tratamiento vale diez veces más. *(Con premura).·* Pero que quede claro que no quiero obligarte a nada. Sencillamente, estoy repitiéndote lo que me han dicho.

EDMUND *(ocultando una sonrisa, como de pasada).·* Ya lo sé. Me parece bien. Allí iré. Arreglado. *(Repen-*

tinamente vuelve a parecer desasosegado. Con resignación): Además, ya me importa un bledo. ¡Olvidémoslo! *(Cambiando de tema):* ¿Y nuestra partida? ¿Quién juega?

TYRONE *(mecánicamente):* No sé. Creo que yo. No, tú.

(Edmund tira una carta. Su padre la coge. Cuando va a tirar vuelve a olvidarse del juego.)

Sí, es posible que la vida haya sido demasiado dura conmigo para enseñarme lo que vale un dólar. Porque, como consecuencia, arruiné mi carrera de actor. *(Tristemente):* Nunca he querido admitirlo, muchacho, pero esta noche me siento tan hundido que ya nada me importa, así que para qué seguir fingiendo (...).

EDMUND *(conmovido, mira comprensivo a su padre. Lentamente):* Me alegro de que me lo hayas contado, papá. Ahora te conozco mucho mejor.

TYRONE *(sonriendo vagamente):* Creo que habría sido mejor que no te hubiera contado nada. A lo mejor sólo he conseguido que todavía me desprecies más. No es la mejor manera de demostrarte el valor del dinero.

(Como si esta frase hubiera dado lugar a su habitual asociación de ideas, mira la lámpara con desaprobación.)

Toda esta luz me hace daño a la vista. No te importa que la apague ¿verdad? No hacen falta tantas bombillas encendidas, así que para qué vamos a regalar dinero a la compañía eléctrica.

EDMUND *(controlando las ganas de reírse. De buen humor):* Claro que no. Apágalas.

TYRONE *(se levanta pesadamente e inseguro se pone en pie. Sus pensamientos vuelven hacia el tema anterior):* No. No sé qué era lo que esperaba conseguir. *(Afloja una bombilla):* Te juro solemnemente, Edmund, que no me importaría no tener ni un acre de tierra a mi nombre, ni un penique en el

banco... *(Afloja otra bombilla):* ...Y que acabaría feliz mis días en un asilo si ahora pudiera decir que fui el gran actor que todos esperaban.

(Afloja la tercera bombilla dejando sólo encendida la pantalla que hay sobre la mesa y vuelve a sentarse pesadamente. Edmund *no puede contener una carcajada irónica.* Tyrone *se siente dolido.)*

¿De qué coño te ríes?

EDMUND: De ti no, papá. De la vida. Es una locura.

TYRONE *(gruñe entre dientes):* ¡Ya empezamos con tus cosas siniestras! No hay nada malo en la vida. Somos nosotros quienes... *(Cita):* «El problema, querido Bruto, no está en las estrellas, sino en nosotros, sus esclavos». (...)

EDMUND: (...) Me has contado tus recuerdos más imborrables. ¿Quieres que te cuente los míos? Todos están relacionados con el mar. Escucha. Estaba enrolado en la tripulación del *Squarehead,* rumbo a Buenos Aires, había luna llena y soplaban los alisios. Aquel cascarón haría unos catorce nudos. Yo estaba tumbado en la cofa mirando hacia proa, mientras el agua se deshacía en espuma bajo mi cuerpo. Los mástiles, arbolados de velas blancas que resplandecían bajo la luz de la luna, se elevaban sobre mí. Me emborraché con su belleza y su melodioso ritmo y, por un instante, me sentí perdido..., se me escapaba la vida. ¡Me encontraba libre! ¡Me disolví en el mar, pasé a formar parte de las blancas velas y de la espuma ondulante, me convertí en luz de luna, en barco, en cielo estrellado! Carecía de pasado y de futuro. Era parte integrante de aquella paz, de aquella unidad... Y, rebosante de salvaje alegría, me sentía más allá de mi propia vida, de la vida en la tierra, ¡me encontraba en la Vida!... (...) Entonces llegó el instante de éxtasis y libertad. ¡Era la paz, el final de la búsqueda, el último puerto, la alegría de ver superadas las mezquinas ambiciones, los tristes deseos y los dolorosos sueños humanos! (...) ¡Todo

tiene sentido durante un segundo! Luego vuelve a descender el velo y te quedas solo, de nuevo perdido entre la niebla, errante, sin rumbo... *(Hace una mueca).*· ¡Qué gran error haber nacido hombre cuando podría haber sido una gaviota o un pez! ¡Siempre seré un extraño sin hogar, sin esperanza y sin amor, siempre un vagabundo, un poco enamorado de la muerte!

TYRONE *(le mira impresionado).*· Desde luego, tienes madera de poeta. *(Protesta desasosegado).*· ¡Pero eso de que no tienes hogar y de que amas la muerte no son más que tus habituales estupideces locas y enfermizas!

EDMUND *(con sorna).*· ¡Madera de poeta! No. Me temo que más bien soy como un pordiosero que va mendigando polvo de estrellas. Sería incapaz de escribir lo que acabo de contarte. Me ha salido a trompicones, tartamudeando. Y eso es lo único, lo que seguiré haciendo, balbucear. Si sigo vivo, claro... Bueno, al menos será poesía realista. Nosotros, los habitantes de la niebla, sólo sabemos balbucear.

Edmund se califica a sí mismo de habitante de la niebla, de pordiosero que va mendigando «polvo de estrellas», con lo que se refiere a la poesía. ¿El balbuceo como lengua primigenia de los habitantes de la niebla? Cada palabra adquiere sentido cuando se tiene en cuenta que a Edmund le estuvo prohibido desde el principio ver la verdad, apreciarla con claridad y expresarla. Edmund adivina que es un hijo no deseado, sabe que en ninguna parte se siente en casa, pero no le está permitido decir ninguna de esas dos cosas. Cuando el hijo intenta describir sus padecimientos, el padre los califica de «locos y enfermizos», aunque ha oído a Mary renegar del nacimiento de Edmund. ¿Qué otra opción le queda al hijo sino el balbuceo, la niebla, la poesía y, finalmente, la

muerte? El suyo es un saber proscrito, del que sus padres intentan disuadirlo a toda costa. No puede compartirlo con nadie.

O'Neill sabía que en esa obra describía su propio pasado. Así lo muestra la siguiente dedicatoria.*

Para Charlotte, en el duodécimo aniversario de nuestra boda

Queridísima:

Te regalo el texto original de esta obra de antiguo dolor, escrita con lágrimas y sangre. Parecería un regalo tristemente inadecuado para un día que celebra la felicidad. Pero tú comprenderás. Te lo entrego como tributo al amor y ternura que me proporcionaron la fe en el amor que me ha permitido, por fin, enfrentarme con mis muertos y escribir esta obra —escribirla con profunda piedad, comprensión y perdón para con los cuatro y todos los atormentados Tyrone.

Estos doce años, Amada, han sido un Viaje hacia la Luz —hacia el amor. Conoces mi gratitud.

¡Y mi amor!

Gene
Tao House
22 de julio de 1941

Pero la compasión, la comprensión y el perdón «para con los cuatro y *todos* los atormentados Tyrone» no ayudaron al autor a salvar de la muerte espiritual a ese niño de la vida real, incapaz aún de comprender, víctima silenciosa del desarraigo y los traslados de sus padres. En el inconsciente de O'Neill pervivía el niño pequeño y de alma asesinada que él mismo había sido un día. En la obra, ese niño aparece bajo la for-

* *Ed. cit.*, págs. 71-72. *(N. del E.)*

ma del hijo amado y prematuramente muerto de Mary, al que el autor dio su propio nombre, Eugene. Eugene es el niño muerto entre dos hermanos, el alcohólico Jamie y el poeta tísico Edmund, y es al mismo tiempo símbolo del destino de O'Neill. Los hermanos materializan el destino del padre de Mary, que ella niega, y el pequeño Eugene, que murió siendo niño, representa la muerte del niño que sabía la verdad. En el fondo, los tres hermanos representan diferentes facetas del niño único sacrificado por la mentira de la madre, que evidentemente Eugene O'Neill llevaba en su seno. O'Neill mostró a los espectadores ambas cosas: las mentiras de los padres y la verdad del hijo. El espectador las tiene a la vista. Sólo al hijo le está vedado el acceso a la verdad.

En la obra es Mary, la madre, quien tiene la última palabra, describiendo su tragedia. No la verdadera tragedia, no el destino de una niña pequeña cuyo padre murió alcoholizado y tísico. No, no está permitido mencionar esa prosaica historia, ningún miembro de la familia tiene derecho a hablar de ella. Lo que Mary revela al final de la obra, con tiernos sentimientos y con la visible simpatía del autor, es una versión estilizada y superficial de su vida: quería meterse en un convento y servir a la Virgen María, pero su madre Elisabeth le ordenó pasar por una fase de prueba. «Todo esto pasó durante el invierno del último año en el colegio. Luego, en primavera, me pasó algo. Ah, sí, ya me acuerdo... Me enamoré de James Tyrone y fui feliz durante algún tiempo...»

Esas palabras ponen fin a la obra con un recurso sentimental que tranquiliza al espectador, el cual ha pasado dos horas viendo la verdad y nada más que la verdad. Pero esa verdad no

puede quedar en pie. El final de la obra constituye un retoque, y lo único que queda es la niebla: la vida es difícil, pero también hermosa. No me metí en el convento, pero a cambio conocí a mi marido, al que amaba. Tuvimos hijos. Podemos estar agradecidos por haber logrado, pese a todo, tantas cosas.

Mary no se pregunta: ¿por qué quería hacerme monja? ¿Por qué caí en una adicción y perdí el control de mí misma? ¿Por qué mis hijos han de acabar mal? No le está permitido hacerse esas preguntas. Está obligada a quedarse estancada en la confusión, en la niebla, en la total idealización de su padre. Esto la lleva al extremo de no querer saber nada de la tuberculosis del hijo, cuya tos atribuye a un ligero resfriado, y prohibir toda alusión al vicio del padre. El único que habla de él es su marido, y sólo en su ausencia. La versión de Mary es: «Mi padre era un hombre maravilloso, inteligente y fuerte, que me quería más que a nada y siempre me protegía». ¿Es posible que la amada hija de un hombre inteligente y fuerte se convierta en una alcohólica que destruya, que no pueda sino destruir la vida de su familia? Jamás ha existido, ni puede existir, una muchacha así. Mary tampoco lo es. En realidad no es más que una de las incontables muchachas que dan por verdadera, a toda costa y en todo momento, la leyenda del excelente carácter de su padre. Durante toda su vida afirmará que lo negro es blanco y lo blanco es negro, y no sabrá que con ello no sólo se arrastra a sí misma a la locura, sino también a sus propios hijos. Pues un niño al que se somete diariamente a semejante confusión, no está en condiciones de eludirla. Necesita a su madre, quiere creerla, tiene que creerla. Por

eso, si ninguna otra persona le ayuda a ver y soportar la verdad, habrá de negar su propia manera de ver las cosas y buscar ayuda en el alcohol u otras adicciones.

El siguiente pasaje muestra cómo Mary rehuye la realidad y cómo esa madre «amante» niega a su hijo —incluso ante la proximidad de la muerte— toda comprensión, sólo porque la verdad podría recordarle sus sufrimientos reprimidos, a los que teme. «No le tomes nada a mal», le ordena a Edmund, como se lo ordenaron a ella un día. Y el Edmund adulto intenta, aunque débilmente, rebelarse contra tales órdenes, pero nadie le ayuda, nadie confirma su manera de ver las cosas: por eso sus intentos fracasan. Aún más rotundamente habían fracasado en la infancia: el niño hacía *todo* lo que podía para complacer el deseo de la madre, llegando a renunciar a su propia vida y así poder convertirse en el hijo muerto de su madre, al que ella consagraba su duelo y todo su amor. No conozco ninguna escena que pueda describir de modo más penetrante que la siguiente el poder y el abuso de poder de una madre impotente.*

EDMUND: (...) Escucha, mamá. Te lo voy a decir tanto si quieres oírlo como si no. Tengo que ir a un sanatorio.

MARY *(asombrada, como si nunca hubiera pensado en esta posibilidad):* ¿Que tienes que irte? *(Violentamente):* ¡No! ¡No lo consentiré! ¿Cómo se atreve Hardy a decir semejante cosa sin consultarme antes? ¿Por qué lo ha consentido tu padre? ¿Con qué derecho? ¡Tú eres mi hijo! ¡Que él se ocupe de Jamie! *(Cada vez más excitada y virulenta):* Sé muy bien por qué quiere mandarte a un sanato-

* *Ed. cit.*, págs. 164-167. *(N. del E.)*

rio. ¡Para separarte de mí! Nunca ha dejado de intentarlo. ¡Siempre ha estado celoso de todos y de cada uno de mis hijos! ¡Siempre maquinando para que yo los abandonara! Por eso murió Eugene. Pero, sobre todo, tiene celos de ti. Sabe que eres mi preferido porque...

EDMUND *(destrozado):* ¡Deja de decir locuras, mamá! ¡Deja de echarle la culpa! ¿Por qué ahora no quieres que me vaya? Me he pasado la vida por ahí y nunca he visto que se te rompiera el corazón.

MARY *(con amargura):* Me temo que, a pesar de todo, no eres muy sensible. *(Triste):* Podías haberte figurado, cariño, que desde que supe que tú sabías... lo mío... me alegraba que estuvieras donde no pudieras verme.

EDMUND *(angustiado):* ¡Mamá! ¡No! *(Ciegamente la toma de la mano, pero inmediatamente vuelve a soltarla, sumido en la tristeza):* Todas estas historias de lo mucho que me quieres cuando ni siquiera estás dispuesta a escuchar lo que intento decirte sobre lo mal...

MARY *(bruscamente se transforma en una madre protectora y absorbente):* Vamos, vamos. Ya está bien. No te quiero escuchar porque sé que no tiene la menor importancia. Son mentiras de Hardy. *(Edmund se estremece. Ella mantiene el tono jocoso, pero deja traslucir cierto resentimiento):* Eres igual que tu padre, cariño. Te encanta hacer escenas trágicas para llamar la atención. *(Una risita):* Si te diera pie, empezarías a decirme que te estás muriendo.

EDMUND: Hay quien se muere. Tu propio padre...

MARY *(cortante):* ¿Por qué lo tienes que mencionar? No hay punto de comparación. Mi padre tenía tuberculosis. *(Furiosa):* No me gusta que te pongas macabro. ¡Te prohíbo que me hables de la muerte de mi padre! ¿Has oído?

EDMUND *(se endurece su rostro. Torvo):* Sí, mamá, te he oído muy bien. ¡Ojalá estuviera sordo! *(Se levanta de la silla y se le queda mirando acusadoramente):* ¡A veces es muy difícil tener que aceptar que tu propia madre es una drogadicta!

(Mary retrocede. Su rostro parece carente de vida, como si fuera una máscara de escayola. Edmund se arrepiente inmediatamente de lo que ha dicho. Tartamudea apenado.)

Perdóname, mamá. Estaba furioso. Me has hecho mucho daño.

(Se hace una pausa durante la cual se escuchan la sirena y las campanas de los barcos.)

MARY *(se dirige lentamente hacia las ventanas de la derecha, como un autómata. Mira hacia el exterior. Su voz suena lejana e impersonal).*· ¡Escucha esa horrible sirena! Y las campanas. ¿Por qué será que la niebla hace que todo parezca tan lúgubre y tan perdido?

EDMUND *(agobiado).*· No... No me puedo quedar aquí. No quiero cenar.

(Sale huyendo por el salón. Ella permanece mirando por la ventana hasta que oye cerrarse la puerta principal. Luego regresa al sillón y se sienta con la mirada perdida.)

MARY: Tengo que subir. No es suficiente. *(Hace una pausa. Con añoranza).*· Espero que, algún día, por casualidad, me inyecte una sobredosis. Nunca podría hacerlo a propósito. La Santísima Virgen no me perdonaría.

(Oye que regresa Tyrone [...].)

(...) Me ha dicho que no quiere cenar. Estos días no tiene mucho apetito. *(Tozudamente).*· Aunque sólo tiene un catarro.

(Tyrone la mira fijamente, sacude la cabeza descorazonado, se sirve una buena cantidad de whisky y se la bebe. Repentinamente parece como si Mary no pudiera resistir más, se echa a llorar y solloza.)

¡Oh, James, estoy tan asustada!

(Ella se levanta, le echa los brazos al cuello y oculta el rostro en su hombro. Solloza.)

¡Sé que va a morir!

TYRONE: ¡No digas eso! ¡No es cierto! Me han prometido que dentro de seis meses estará curado.

MARY: ¡No me mientas! Sé muy bien cuando estás actuando. ¡Y será por mi culpa! Nunca debí volver a quedarme embarazada. Habría sido mejor para él. Así no habría sufrido por mi culpa. ¡No habría tenido que saber que su madre es una drogadicta! ¡No la habría odiado!

TYRONE *(le tiembla la voz):* ¡Calla, Mary, por amor de Dios! El te quiere. Sabe que es una maldición que cayó sobre ti inesperadamente, sin que te dieras cuenta. Está orgulloso de que tú seas su madre. *(Bruscamente, al oír abrirse la puerta de la cocina):* ¡Shh! ¡Que viene Cathleen! No querrás que te vea llorar.

Por una fracción de segundo, Edmund se ve enfrentado al odio de su madre, que ésta disfraza de «amor», y él expresa la verdadera situación, pero al cabo de un instante retira lo dicho y le pide perdón a su madre sin que haya motivo alguno para ello. No solemos advertir la carencia de derechos que sufre el niño, pues nos hemos educado en ella y la consideramos correcta. Sólo mediante la literatura se puede mostrar una porción tan grande de verdad, con la condición de que al mismo tiempo se la califique de «polvo de estrellas» o incluso de «enfermiza y loca». Mary representa a la pobre mujer de mente embrollada, a la muchacha ingenua, a la víctima de la adicción, y despierta la compasión del espectador, precisamente por el hecho de que ya no es una

niña, sino una madre. Pero es una madre que le roba a su hijo la posibilidad de vivir, refutando su manera correcta de ver las cosas, confundiéndolo, fingiendo amor y, para acabar, exigiendo amor y respeto a cambio de todo ello. Un hijo raramente puede sobrevivir a esta clase de «amor materno» sin salir dañado. Y, sin embargo, la sociedad cierra los ojos ante esos daños.

La solidaridad con los intereses de los padres y la traición del niño, que reciben en O'Neill y Kafka muy distinta expresión, puede registrarse en todos los autores que conozco, incluso en los casos especialmente «rebeldes». Ciertamente, hay autores, como por ejemplo Beckett, Ionesco, Genet, en los que no tiene lugar ese acto de reconciliación final; pero en estos casos no se dirige la acusación contra los padres, y mucho menos contra los propios. Se acusa a la sociedad como tal, es decir, a los padres en una forma abstracta, más bien simbólica. Pero todos los autores que en sus obras culpabilizan directamente a los padres acaban concediéndoles a éstos la última palabra y reduciendo al niño al silencio.

Ese viraje se puede apreciar muy bien en las películas de Ingmar Bergman, por ejemplo. En *Fanny y Alexander* se presenta incluso un caso de malos tratos brutales. Si la crueldad del padre se describe en el filme con tanta claridad, ello es posiblemente porque aparece en forma de padre adoptivo, permitiendo la idealización en un segundo plano del bondadoso padre fallecido. Pero, aunque sea así, Bergman consigue gracias a esa escisión mostrar la falsedad de la educación con mayor fidelidad a la verdad que en ninguna de sus anteriores películas. Lamentablemente, a ese valiente paso adelante le sigue una labor de em-

bellecimiento a la que el niño se ve sometido implacablemente, sin poder oponerse, ya que él mismo desea creer en esa belleza: la madre es buena, la familia es buena, el tío irresponsable ama la vida, y todo es como está mandado. Bergman parece no darse cuenta de que esa madre «cariñosa» pone a sus hijos en manos de un criminal, forzándolos a respetarlo y amarlo. Por eso, en resumidas cuentas, el niño se queda solo, separado de su verdad y, en el fondo, abandonado por la sociedad que encarnan las figuras del autor y los espectadores.

Otro ejemplo lo encontramos en la obra teatral de Arthur Miller *La muerte de un viajante.* El autor nos muestra a un pobre y simpático hombrecillo que en su infancia fue constantemente oprimido por sus padres y por un hermano mayor aventajado, y que a consecuencia de ello es incapaz, ya adulto, de abrirse paso en su profesión. Se pasa la vida bregando para alimentar a su familia, y acaba sacrificando su vida para que la familia pueda vivir del seguro. Bien mirado, un silencioso héroe de nuestra época. Tras el entierro, la viuda y los dos hijos lo despiden ante la tumba con duelo no fingido, con melancólicos recuerdos y con gran gratitud. El soldado desconocido, el luchador desconocido de la anónima sociedad contemporánea. ¿Pero qué sucede antes de este final? A este hombre fracasado y sin esperanzas no le bastaba con tener dos hijos que le amaban; necesitaba hijos brillantes, de los que poder estar orgulloso, para poder demostrarles por fin a su hermano y a sus padres que, pese a todo, había llegado a algo en la vida. La obra muestra cómo los dos hijos son incapaces de desarrollar las cualidades que sin duda poseen, porque se em-

peñan en satisfacer las expectativas del padre y fracasan en ese intento. La obra muestra también que tal intento está destinado al fracaso, y las razones por las que lo está. Muestra, como la obra de O'Neill, la lenta destrucción de dos jóvenes —en este caso, debido, ante todo, a su padre y al amor que sienten por él— que idealizan por completo los actos de su progenitor. El autor tampoco puede resistirse a esa idealización. Concluye la obra de tal modo que la verdad acaba siendo completamente invisible. ¿Había mostrado toda la verdad? No cabe duda de ello. Pero ¿estaba en sus manos *saber* lo que había hecho? A la vista del final de la obra, no puedo sino ponerlo en duda.

7
Sólo la verdad sirve de ayuda

Una periodista danesa me envió un artículo del que se desprendía que también en Dinamarca se sigue castigando y pegando con mucha frecuencia a los niños. En la carta adjunta, la periodista afirmaba que, a juzgar por mi epílogo a *Du sollst nicht merken,* yo tenía una imagen demasiado positiva de la situación en los países escandinavos, en los que, según ella, el mal de que nos ocupamos no ha sido todavía superado ni mucho menos. Seguramente tiene razón al afirmar que ha de pasar todavía mucho tiempo antes de que llegue el día en que no se pegue a los niños. Pero el que estos hechos indignen a la opinión pública me parece ya un progreso, que hay que atribuir, tanto en los países escandinavos como en Estados Unidos, a una legislación humanamente avanzada. Los escasos artículos sobre el tema que aparecen en otros países están aún muy lejos de expresar un sentimiento de indignación.

En Suiza, por ejemplo, se quiso aprobar una ley que obligase a los médicos a denunciar los casos de niños maltratados de los que tuvieran conocimiento. Pero fueron precisamente pediatras, psiquiatras infantiles, terapeutas familiares y expertos en niños maltratados quienes con más energía se opusieron a esa ley. Con esa intención redactaron un escrito que, bajo el lema «Ayudar en

lugar de castigar» explica con todo detalle por qué semejante ley podría ser peligrosa.

Esa solicitud, elevada a las altas instancias, constituye un documento de primera categoría. Por eso lo reproduzco aquí.

Su Señoría:*

Hemos tenido conocimiento a través de la prensa de que la nueva reforma del Código Penal prevé aplicar la consideración de delito común a las lesiones corporales simples y abusos repetidos cometidos en niños.

Los malos tratos infligidos a la infancia son un problema muy serio y del que los médicos vienen teniendo que ocuparse desde hace largo tiempo. Pese a ello, el colectivo de pediatras no estuvo representado en la comisión de expertos preparatoria, ni se ha requerido su opinión durante la fase de información pública.

Ante esta situación, los abajo firmantes, representantes de clínicas pediátricas universitarias y hospitales infantiles de toda Suiza, nos hemos reunido el 25 de julio de 1986 para discutir la cuestión. En virtud de nuestra larga experiencia y dedicación al problema de los niños maltratados, nos permitimos expresar nuestro punto de vista al respecto de la proyectada reforma del código penal.

Apreciamos en la actuación de Su Señoría el propósito de mejorar la protección al menor mediante la nueva redacción del mencionado artículo del código penal. También está en nuestro ánimo el emprender todas las acciones posibles para impedir toda clase de actos de violencia contra la infancia, así como lesiones corporales, daños psíquicos y negligencias, o para evitar su reiteración. Sin embargo, somos de la unánime y firme opinión de que el código penal no es un

* Un senador. *(N. del T.)*

medio adecuado para la protección de la integridad física y psíquica de los menores, y de que, por ello, la prevista modificación del código penal no traerá consigo la esperada mejora. Según nuestra experiencia —que coincide con la de expertos de todo el mundo—, los padres maltratan a sus hijos en situaciones de acaloramiento y bajo el efecto de intensas tensiones psíquicas y presiones sociales. No es de esperar que, en semejantes situaciones extremas, las prescripciones del código penal hagan desistir a los padres de ejercer sus malos tratos.

En los últimos años se ha impuesto internacionalmente la noción de que, en la problemática específica de los niños maltratados, el lema «Ayudar en lugar de castigar» tiene mayores perspectivas de éxito, y de que esa actuación permite garantizar mejor el bien del niño y de su familia. Desde hace entre diez y quince años, los hospitales infantiles y los pediatras suizos vienen trabajando en ese sentido, según el modelo de otros países, en especial Holanda (oficina del médico de cabecera), la República Federal de Alemania (centros de protección del menor) y Escandinavia. Gracias a este procedimiento, el número de casos revelados —tanto por los propios implicados como por personas ajenas— viene aumentando constantemente, de modo que a menudo es posible ofrecer a tiempo una verdadera ayuda a la familia en cuestión (en caso necesario, en colaboración con las autoridades correspondientes).

A nuestro modo de ver, la prevista reforma del derecho penal acarrearía las siguientes consecuencias indeseadas:

1. El número de casos revelados por los propios implicados (padres, tutores, etc.) disminuiría.

2. Las asesoras de maternidad, las encargadas de jardines de infancia, los maestros y los vecinos volverían progresivamente a abstenerse de poner sus sospechas en conocimiento de centros especializados. Por

ello es previsible que se redujera también el número de casos revelados por personas ajenas.

3. También los pediatras y otras instancias de salud se lo pensarían dos veces antes de emitir sus sospechas de malos tratos a menores.

4. En determinados casos, los padres o responsables se abstendrían de procurar el necesario tratamiento médico de los daños causados, o retrasarían excesivamente su decisión.

5. La puesta en marcha de un procedimiento penal podría dificultar la rehabilitación de la familia.

Existe un alto riesgo de que las personas e instancias oficiales que se hallan ante casos de malos tratos a menores se abstengan de actuar y cierren los ojos a los problemas de que tengan conocimiento, por temor a la puesta en marcha de un procedimiento penal que afectaría a la familia. Esto significaría una reducción de las posibilidades de actuación y de ayuda a los niños maltratados. Por otro lado, el nuevo artículo legal no haría disminuir la cifra de malos tratos a menores.

Por los mencionados motivos, rogamos encarecidamente a Su Señoría que reflexione sobre la conveniencia de efectuar la modificación prevista. Le estaríamos muy agradecidos si nos concediera la oportunidad de expresarle personalmente nuestros puntos de vista.

Curiosamente, estos mismos expertos pretenden ayudar a los padres evitándoles el enfrentamiento con el hecho real de que causan a sus hijos daños para toda la vida. Y lo hacen en la creencia de que así se pueden evitar males peores. Pero ¿hay algo de verdad en esa creencia?

En el conjunto de la bibliografía especializada sobre los malos tratos a la infancia apenas se hace

referencia alguna al hecho de que los padres pegan a sus hijos para mantener reprimidos sus propios traumas. En cambio, se publican una y otra vez trabajos, calificados de científicos, que revuelven en busca de las causas de los malos tratos. Esos estudiosos hacen pensar en alguien que, a plena luz del día, se pusiera unas gafas oscuras y empezara a buscar con una linterna algún objeto visible sin esfuerzo para todos los demás. La llamada terapia para padres se tapa los ojos con gafas y vendas semejantes. El hecho de que un padre en desempleo pegue a sus hijos se contempla con mucha comprensión. También se entiende perfectamente que un ejecutivo sobrecargado de trabajo haga lo mismo, en especial si su mujer lo pone nervioso. También se comprende a la esposa que, después de habérsele rebosado la leche que tenía puesta a hervir, no puede contenerse y pega a su hijo. Los terapeutas comprenden todo lo anterior porque, posiblemente, fueron víctimas de incontables situaciones semejantes, y siempre supieron comprender a sus padres. Para ello se les educó, y al mismo tiempo se les enseñó que es peligroso percibir la situación del niño.

En una circular (15 de mayo de 1987) de la Asociación «Padres con problemas» de Zurich se lee lo siguiente:

> Una relación de pareja insatisfactoria, una vivencia decepcionante del papel de padre o madre, así como intolerables exigencias y perjuicios en el plano social debidos al comportamiento del niño, pueden llegar a hacer insoportable la presión psíquica a que se ven sometidos los padres.

No son pocos los asistentes sociales que se basan en conceptos tan peregrinos como los an-

teriores para «terapizar» a los «pobres» padres que han pegado a su hijo hasta tener que ingresarlo en un hospital, porque el comportamiento del niño —provocado por ellos mismos— les resultaba insoportable.

Sin informaciones correctas acerca de las causas y consecuencias de los malos tratos a la infancia, no es posible ayudar ni a los padres ni a los hijos. Pero esas afirmaciones sólo serán tomadas en serio cuando la legislación deje de ignorar el hecho de que los malos tratos a la infancia son un delito grave y *obligue* a los médicos a denunciarlos. Una legislación de esa índole traería consigo cambios desde hace mucho tiempo inaplazables. Como expongo en las páginas finales del Apéndice, el castigo no debería implicar necesariamente penas de prisión; ante todo, lo más importante sería ayudar a los padres a encarar la verdad acerca de sí mismos para que puedan salir de la trampa que los aprisiona. Las palabras bonitas como «ayudar» no sirven para resolver el problema. En algunos casos, la única ayuda posible es la amenaza de un castigo, de manera que el culpable empiece a darse cuenta de lo que ha hecho y de lo que le hicieron a él en su día.

Sólo se puede ayudar a aquel que busca ayuda porque sabe que se halla en apuros. Pero la mayoría de los padres que maltratan gravemente a sus hijos no son apenas conscientes de hallarse en apuros. Tampoco experimentan sentimientos de culpabilidad, porque en su infancia recibieron un tratamiento parecido y aprendieron a considerarlo correcto. *Creen* firmemente que si pegan y tratan con crueldad a sus hijos es para que éstos adquieran un carácter noble. Creen que lo que hacen al utilizar a sus hijos para satisfacer sus

instintos es «iniciarlos en el sexo». La mayoría de los padres incestuosos están muy lejos de pensar que su comportamiento es criminal. ¿Cómo se les puede «ayudar» sin hacerles entender eso? ¿Y cómo se les puede hacer entender eso si se vacila en calificar como infracción de la ley los delitos de los que los niños son víctimas? Los padres que buscan ayuda en la terapia o se dirigen a escuelas para padres son conscientes de sus problemas. Pero incontables niños se hallan expuestos a graves peligros, porque sus padres carecen completamente de mala conciencia. A esos niños sólo se les puede ayudar mediante una legislación que defina inequívocamente como delito ese comportamiento de los padres que hasta hoy se viene considerando completamente normal.

Quien no es capaz de *condenar inequívocamente* lo malvado, lo pérfido, lo rastrero, lo perverso y lo hipócrita, se halla carente de orientación y sometido al imperativo de repetir ciegamente a su vez lo que vivió en su propia carne. Este hecho indiscutible es, lamentablemente, poco conocido, porque pone en tela de juicio los valores tradicionales de la moral y la religión. Casi todos los centros oficiales de asistencia a niños maltratados trabajan bajo el desorientador lema de «Ayudar, no condenar», y hacen constantemente hincapié en su renuncia a juzgar los hechos. Pero justamente con ello impiden que las personas afectadas que acuden en busca de ayuda se liberen del imperativo de repetir lo experimentado durante su propia infancia, lo cual sólo es posible si se lamentan los hechos y se puede condenar inequívocamente a su causante.

Tengo conocimiento de un caso de extrema perversión con elementos sexuales, sádicos y reli-

giosos, que un padre ejerció secretamente sobre su hija durante años. Cuando el asunto se destapó, debido al intento de suicidio de la hija, el padre negó completamente su culpabilidad. Prolongados esfuerzos terapéuticos no consiguieron cambiar en nada su actitud: el padre insistía en que era inocente porque, tras cada contacto sexual, su hija le había perdonado el «pecado». Por casualidad, una asistente social con las ideas claras entró en escena. Dicha asistente consiguió despertar en el padre recuerdos de su propia infancia y los sentimientos asociados a éstos. Salieron a la luz extraños juegos sexuales con la madre, de los que formaba parte un obligado ceremonial: el niño se veía obligado a hacer el papel de sacerdote, a perdonarle a la madre sus pecados y a darle la absolución. El hombre afirmaba haber hecho aquellas cosas «con gran placer», porque en aquellas situaciones la madre, que normalmente lo avasallaba, se mostraba humilde y compungida, lo cual significaba para él un gran alivio. Ya no era consciente de que aquellas escenas de absolución le resultaban pavorosas porque lo sumían en una honda turbación, ni de que no eran sino el último eslabón de una cadena de malos tratos, de violaciones físicas y psíquicas y de amenazas extremas. Aquella parte de sus recuerdos permanecía reprimida porque el niño estaba preso en las garras de su madre, porque nadie que supiera la verdad lo tomó bajo su protección, haciéndole posible en el futuro recordar consciente y detalladamente.

Pero la experiencia asimilada en su cuerpo impulsó más tarde al adulto a interpretar con su hija aquellas escenas de violación, amenaza y perdón. La carencia de sentimiento de culpabilidad corría

pareja con la convicción de que su madre, que había sido mujer piadosa e iba a misa, no podía ser, por ello, culpable, y jamás le habría hecho nada malo. Sólo el descubrimiento de sus propios traumas, la vivencia de sus propios dolores, de su rabia, indignación, humillación y confusión le permitieron lamentar lo sucedido. Sólo a partir de ese momento pudo también lamentar haber conducido a su hija —por culpa de su propia represión psíquica— hasta las puertas de la muerte, a la que la chica escapó sólo gracias a un milagro o una casualidad. Cuando se atrevió a ver los crímenes cometidos por su madre en su persona, dejó de sentirse obligado a defenderla repitiendo esos crímenes y calificando de inofensivo ese comportamiento.

Ese padre no correrá más el riesgo de abusar sexualmente de su hija, porque ahora conoce la verdad; antes, ningún ejercicio de autocontrol le había servido para nada. Pero son precisamente esos ejercicios lo que ofrecen las escuelas de padres, aparte de desorientadoras afirmaciones de los terapeutas en el sentido de que «comprenden perfectamente» los abusos y nunca los condenan. Considero esa posición errónea y engañosa porque respalda la actitud ofuscada de los culpables. Todo abuso ejercido en un niño *debe* ser condenado. *Ningún* caso es comprensible. Sólo puede explicarse a partir de la perversión privada de los padres del culpable, pero eso no lo hace de ningún modo perdonable. Sólo mediante una condena inequívoca de los malos tratos a la infancia llegarán la sociedad y el individuo a ser conscientes de lo que realmente está sucediendo y de las consecuencias de esos hechos.

También debe dejarse claro que no se trata de

un problema de familias anormales y perversiones individuales. Hay que despertar a la sociedad de su letargo y hacerle ver claramente que hasta ahora ha estado dando su conformidad al mayor crimen de la humanidad. Es necesario, ante todo, empezar por *despertar* la mala conciencia, que a veces no existe ni siquiera en casos de mutilaciones físicas de niños pequeños. El uso ampliamente difundido de la circuncisión muestra con qué naturalidad se practica en diversas culturas la cruel mutilación de los órganos sexuales de los niños. Esta costumbre la *promueven* instituciones religiosas y ninguna legislación la prohíbe. Actualmente viven setenta y cuatro millones de mujeres que sufrieron en su infancia la amputación del clítoris. Entre otras, se aduce como monstruosa justificación la conveniencia de que las mujeres no experimenten placer alguno durante el acto sexual. Por lo que respecta a la circuncisión masculina, los «motivos» varían de una cultura a otra, pero en todos ellos se halla presente la falsa afirmación de que la circuncisión se realiza por el bien del niño. A pesar de que diversos estudiosos han rebatido todos los «motivos» para la circuncisión aportados hasta ahora, los responsables siguen cerrando los ojos y los oídos al hecho de que cometen una crueldad que impulsará al futuro adulto a cometer crueldades semejantes, que también negará y que verá legitimadas por la buena conciencia. Veamos lo que escribe por ejemplo Desmond Morris (1969) al respecto:

Desde hace miles de años, numerosas y muy diversas culturas vienen practicando modalidades sorprendentemente variadas y extremadamente crueles de mutilación de los genitales. Si son grandes los place-

res que esos órganos nos deparan, no lo son menos los tormentos a los que se les somete.

La más frecuente de las agresiones que sufren es la circuncisión masculina y femenina. Ese extraño tipo de mutilación es más antiguo que la civilización. Probablemente se practicaba ya en la Edad de Piedra. Aunque en la práctica la circuncisión representa lesionar intencionadamente al niño, los adultos siempre la han llevado a cabo con los mejores propósitos. En el curso de los milenios, innumerables personas han muerto a causa de infecciones debidas a la circuncisión, pero siempre se ha considerado que las ventajas de esta práctica compensan los riesgos que conlleva. Esas supuestas ventajas han ido cambiando de cultura en cultura y de época en época, pero recientes investigaciones han demostrado que todas ellas no son más que mera fantasía.

Uno de los motivos más antiguos de la circuncisión masculina —que consiste en la amputación del prepucio— era garantizar la inmortalidad por medio de una segunda existencia tras la muerte. Esa extraña creencia se basaba en la observación de que las serpientes mudan la piel, aparentando, con sus relucientes escamas nuevas, haber «vuelto a nacer». Si la serpiente renace tras deshacerse de su piel, ¿por qué no también el ser humano? El pene hace así el papel de serpiente, y el prepucio el de piel de la serpiente.

Una vez que la circuncisión masculina se había convertido —en primer lugar en Oriente Medio— en una tradición reconocida, esa antigua creencia no tenía por qué persistir. Estar circuncidado pasó a ser signo de pertenencia a una determinada sociedad. La mutilación ritual siguió expandiéndose. Los antiguos egipcios empezaron a practicarla hacia principios del cuarto milenio antes de Cristo. En el Antiguo Testamento, Abraham fomenta la circuncisión. Los árabes circuncidaban a sus hijos al igual que los judíos. Se asegura que Mahoma nació sin prepucio —lo cual no es imposible, ya que tales casos no son desconocidos para la ciencia médica—; esa afirmación sentenció automá-

ticamente el destino de los prepucios de los futuros seguidores masculinos del profeta.

En el transcurso de los siglos, fueron aduciéndose argumentos pseudocientíficos que sustituyeron a los religiosos. Se afirmó que la posesión de prepucio ocasionaba «trastornos mentales masturbatorios», histeria, epilepsia, incontinencia nocturna y nerviosismo. Semejantes ideas persistieron hasta entrado el siglo XX y condujeron incluso a la fundación de una «Sociedad de cirugía orificial», que se dedicaba exclusivamente a la «modificación» de molestos órganos genitales para evitar trastornos mentales.

Cuando concluyeron esas insensateces, se produjo una crisis. ¿Qué motivo podría aducirse ahora para proseguir con la mutilación de los genitales infantiles? Tenía que ser un motivo capaz de resistir las verificaciones científicas propias del clima racional del siglo XX. La respuesta apareció en 1932 en la revista científica *The Lancet*: ¡El prepucio produce cáncer! Hasta finales de la década de los treinta se circuncidó en los Estados Unidos al 65 por ciento de los niños; en 1973 eran ya el 84 por ciento, y en 1976 se llegó al 87 por ciento. El cáncer era la versión profana del infierno y la condenación, el arma perfecta de los alarmistas en una sociedad posrreligiosa.

Propiamente dicho, se afirmaba que el esmegma, la masa blanco-amarillenta y sebácea que se acumula bajo el prepucio, podía provocar cáncer de pene en los no-circuncisos y cáncer de útero en las mujeres. El autor del artículo que puso en circulación ese rumor partió de estadísticas erróneas, pero nadie se preocupó por ello, pues se disponía por fin de un motivo plausible para practicar recortes en el pene infantil. Estudios posteriores mostraron que el esmegma que se forma bajo el prepucio no contiene nada que pueda tener efectos remotamente cancerígenos, pero tales investigaciones pasaron desapercibidas para la mayoría. Otros estudios revelaron que las mujeres cuyos maridos no-circuncisos utilizaban siempre preservativo, sufrían de cáncer de útero con la misma frecuencia que aquellas cuyos maridos no usaban condón. Pero

eso tampoco le interesó a nadie. En un proyecto de investigación se comparó un país donde la circuncisión era desconocida con otro en el que todos los hombres eran circuncisos. Los resultados mostraron, para alivio de los partidarios de la circuncisión, que el cáncer de próstata era más frecuente en el país «no-circunciso». Por desgracia, ese tipo de cáncer es un mal característico de la ancianidad, y cuando se estudió la frecuencia en los diversos grupos de edad, se llegó a la conclusión de que el cáncer de próstata era más abundante en los países «circuncisos».

El temor al cáncer estaba completamente injustificado, y la amputación quirúrgica del prepucio seguía entrañando un pronunciado riesgo para la salud de los niños. En muchos casos se producían hemorragias, úlceras en la uretra, heridas a consecuencia de la operación e infecciones locales. En unos pocos casos, la amputación del prepucio era responsable de la muerte del bebé operado. También había daños más sutiles, de efectos prolongados: tras la circuncisión, algunos bebés masculinos presentaban un nivel hormonal demasiado elevado, como sucede en los casos de estrés; se producían alteraciones del sueño; los niños se volvían más gritones y nerviosos.

Pese a todo ello, la circuncisión «médica» siguió y sigue practicándose sin empacho alguno en determinados países en los que la sanidad está en manos privadas. Resulta significativo que en Gran Bretaña el número de operaciones de circuncisión se redujera drásticamente tras la introducción del National-Health-System y del tratamiento médico gratuito. Se plantea por sí sola la cuestión de por qué, en un país en el que de repente esa operación ya no tiene interés crematístico alguno, ya ni siquiera se circuncida al 1 por ciento de los niños (en 1972 eran ya sólo el 0,41 por ciento), mientras que en Estados Unidos, por ejemplo, la cifra superó en el mismo año el 80 por ciento, lo que les costó a las compañías de seguro de enfermedad más de doscientos millones de dólares. Los nuevos dioses que exigen el sacrificio del prepucio són más negociantes que santos.

Las mujeres en edad infantil han venido siendo también maltratadas de forma equiparable. En el mundo occidental, la circuncisión femenina siempre ha sido infrecuente, pero aún no hace mucho un médico tejano proponía la amputación del clítoris a fin de *curar* la frigidez. Africa, partes de Oriente Medio, Indonesia y Malasia son las zonas en las que se aplica con mayor rigor la tradición de la circuncisión femenina. Resulta escalofriante pensar que la práctica de amputar total o parcialmente los genitales externos femeninos no está ni mucho menos superada, sino que sigue siendo habitual en más de veinte países.

En el mundo viven no menos de setenta y cuatro millones de mujeres a las que se ha mutilado de este modo. En los peores casos, se les arrancaron o cercenaron los labios vulvares y el clítoris y se les obstruyó la vagina con seda, fibras o espinas, dejando sólo una minúscula apertura para el paso de la orina y la sangre menstrual. Tras la operación, para que se cierre la herida se les atan las piernas una contra otra. Más adelante, cuando las muchachas contraen matrimonio, los maridos abren violentamente la apertura artificialmente reducida. Semejante práctica tiene como fin hacer aborrecer a las mujeres los placeres del sexo. Los efectos secundarios son numerosas muertes y enfermedades graves a consecuencia de las condiciones antihigiénicas en las que se llevan a cabo las operaciones, en especial en países como Omán, Yemen del Sur, Somalia, Yibuti, Sudán, sur de Egipto, Etiopía, norte de Kenia y Mali. Los historiadores del futuro no podrán sin duda explicarse fácilmente el que en el siglo XX, ante el telón de fondo del racionalismo moderno, semejantes prácticas sigan estando permitidas (D. Morris 1969).

Historiadores y psicólogos tendrán que seguir asombrándose y preguntándose cómo es posible tan absurdo comportamiento, y ello porque descartan en sus reflexiones la única explicación correcta. Pero a la larga dejará de ser posible elu-

dir esa explicación, la cual se impondrá necesariamente tan pronto como se encare la cuestión de qué ocurre más tarde con el niño mutilado. El niño pequeño que se ve atormentado por adultos ignorantes, ¿no necesitará acaso vengarse en el futuro? Necesitará vengarse, a menos que la vida cure mediante el amor las heridas que le infligieron, lo cual raramente sucede. Por regla general, esos niños heridos herirán a su vez a sus propios hijos, afirmando que su comportamiento no puede herir a nadie, porque sus padres, que les querían, hicieron con ellos lo mismo. Además, en el caso de la circuncisión, la religión lo exige, y al parecer muchas personas siguen creyendo impensable que la religión exija cosas crueles. Pero ¿y qué pasa si lo impensable es la pura verdad? ¿Deben ser sacrificados los hijos y los hijos de los hijos por la ignorancia de los sacerdotes? La Iglesia necesitó trescientos años para aceptar las probadas afirmaciones de Galileo y reconocer su error. Hoy en día el problema no gira en torno a demostraciones astronómicas teóricas, sino en torno a las consecuencias prácticas de una noción que podría salvar a la humanidad de la autoaniquilación, *porque ya está demostrado que todo comportamiento destructivo tiene sus raíces en los traumas reprimidos de la infancia.* Tan pronto como la legislación tome en serio los derechos del niño —proclamados por la UNESCO— a ser protegido y respetado, se deberá afrontar consecuentemente el hecho innegable de que la circuncisión ritual:

1. no aporta ventaja alguna y constituye una mutilación;

2. impide la vivencia de la relajación y produce sobreexcitaciones que pueden tener efectos destructivos y autodestructivos;

3. significa para el niño un trauma que afecta negativamente a todo su ser; y que

4. las secuelas de esas lesiones no sólo afectan al individuo y a su descendencia, sino también a otras personas.

Todo culpable fue en su día una víctima, pero no toda víctima ha de convertirse necesariamente en culpable. Todo depende de si un testigo iniciado ayuda a la víctima a percibir la crueldad a que se le sometió, es decir, a sentir y *ver* que se le sometió a esa crueldad. A todo adulto culpable le faltó en su infancia ese testigo; de lo contrario no se habría convertido en culpable (*véase* I,2). Pero nunca es demasiado tarde para la llegada de ese testigo. Cada acto de violencia es al mismo tiempo una demanda de ayuda. Terapeutas, médicos, enfermeras, juristas y maestros con las ideas claras pueden hacer el papel de testigo salvador en la medida en que no eludan la verdad y ayuden de *esa* manera tanto a los padres como a los hijos. Una legislación más humana, que no enmascare los delitos, es la necesaria condición previa.

Cuando llamo la atención sobre la infancia de un criminal o de un genocida, no lo hago para despertar compasión hacia un monstruo, sino únicamente para describir y denunciar el modo en que se crean esos monstruos, la manera como puede hacerse de un niño inocente una persona absolutamente malvada. Por suerte, la mayoría de las personas no se hallan en tales extremos, porque les ha sido dado salvar y desarrollar una parte de sus predisposiciones bondadosas y humanitarias, y no identificarse completamente, sino sólo en parte y en distinto grado, con el agresor. Mientras esa parte de su ser, esa capacidad de sentir y solidarizarse no esté destruida por com-

pleto, esas personas tendrán siempre la oportunidad de rechazar la negación de sus sufrimientos, sentir esos sufrimientos, reconocer sus causas verdaderas y liberarse así del mal, del imperativo de hacer el mal.

En cuanto sean capaces de sentir su propia desgracia, podrán solidarizarse con el dolor de otras personas. Otras personas pueden acompañarles en ese camino, hacer el papel de testigo iniciado que confirme su manera de ver las cosas y sus sentimientos, protegerlas de la autodestrucción y hacerles notar su comprensión, pero eso es todo. La confrontación con el pasado propio atañe a la persona afectada, y nadie sino ella puede recorrer ese camino.

Si alguien se hubiera dirigido a mí para narrarme la historia de mi infancia, con todos los detalles de los que ahora soy consciente, ello no habría obrado en mí efecto alguno. Yo me habría creído o no la historia, pero, incluso en el primer caso, no habría pasado de ser para mí una historia ajena, no vivida por mí. El único camino por el que podía llegar a renunciar a mi rechazo intelectual se me abrió gracias a los sentimientos de la niña pequeña que había en mí, y que era el único testigo de los malos tratos a los que me sometió mi madre. ¿Cómo pude, a pesar de ello, liberarme de la represión? Lo logré porque quería saber la verdad a toda costa y acabé encontrando un testigo que me ayudó a buscarla (*véase* II,1).

Gracias al encuentro con mi propia infancia, sé que las tendencias destructivas y autodestructivas no se pueden eliminar de verdad ni con ayuda de la educación ni mediante la terapia tradicional. Por un tiempo puede parecer que haya

posibilidades de éxito, en especial si las víctimas de la persona afectada guardan silencio. Si la víctima es la propia persona afectada, la medicina, a menudo con ayuda de operaciones innecesarias, le impedirá ser consciente del daño que se hace a sí misma. Pero tarde o temprano se verá claro que la destrucción de la vida no produce más que nuevas destrucciones en tanto no se la reconozca plenamente como tal. La falta de compasión de los padres da sus frutos en los hijos, forzándolos, mientras eludan la verdad, a tratarse a sí mismos y a los demás con la misma falta de compasión.

La doctrina jungiana de la sombra y la creencia de que el mal es el reverso del bien están al servicio de la negación de la realidad del mal. Pero el mal es real. No es congénito, sino que se adquiere, y jamás es el reverso del bien, sino su peor enemigo. Shakespeare lo intuyó. Vio y mostró los orígenes del mal, pero nunca intentó relativizarlo mediante interpretaciones psicológicas, como lo hace por ejemplo el psicoanálisis. Así Ricardo III, Macbeth y otros son malvados por su destructividad, aunque sepamos qué los ha hecho malvados. Nuestro saber no puede cambiarlos. Ellos mismos sí que podrían cambiarse, pero sólo en el caso de que pudieran experimentar emocionalmente —y no sólo intuirlo a nivel intelectual— aquello que los convirtió en seres malvados. Sólo entonces podrían suprimir el bloqueo y, gracias a la vivencia de los dolores bloqueados, liberar al niño maltratado que cuando vino al mundo no quería hacerle ningún daño a nadie, al niño que quería amar, pero no encontró a nadie que se lo permitiera. Lo único que encontró fueron alambradas y muros por todas partes, y creyó que eso era el mundo. Cuando se hizo mayor, construyó

mundos gigantescos repletos de muros y alambradas, o bien complejos sistemas filosóficos y psicológicos, siempre con la esperanza y la perspectiva de recibir a cambio el amor que sus padres jamás le habían dado mientras era un «ser superfluo». Eso que suele llamarse «niño malo» se convierte con los años en un adulto malvado que creará un mundo malvado. El niño que haya sido amado creará un mundo bien diferente, pues nuestra misión biológica consiste en proteger y no destruir la vida humana.

Por mucho que se asegure una y otra vez, no es cierto que el mal, lo destructivo y lo perverso formen parte necesariamente de la existencia humana. Lo que sí es cierto es que la producción del mal es incesante, y que con ella se crea un océano de dolor para millones, que sería igualmente evitable. El día en que nos sacudamos por fin la ignorancia fruto de la represión de los sentimientos infantiles, la humanidad despertará y podrá detener la producción del mal.

II
El despertar

1
Mi camino hacia mí

¿Cómo se puede llegar al lugar donde, sin saberlo, se ha estado siempre? ¿Cómo es posible que surja la claridad de la confusión, la libertad de vivir los sentimientos del miedo al dolor, sencillas verdades de los tomos llenos de palabras vacías, que de la constante huida de sí mismo surja la autorreconciliación, de un ciego alguien que ve, de un sordo alguien que oye, de la indiferencia la solidaridad, del crimen en la ignorancia una responsabilidad sabedora, del afán asesino la calma, de la rigidez la relajación, de la autodestrucción la autoprotección, de la existencia alienada un hogar? Todo eso no se consigue mediante esfuerzos de la voluntad, ni con sermones, ni con ayuda de teorías, y mucho menos aún con ayuda de medicamentos. El esfuerzo de la voluntad puede conducir a un estado de tensión aún mayor, la moralización a una negación más perfecta de la realidad, y los medicamentos y drogas pueden contribuir a que las causas del sufrimiento lleguen a ser para siempre irreconocibles y las claves de la verdad para siempre inencontrables.

Hace unos quince años, Arthur Janov dio respuesta a todas esas preguntas, con la afirmación: «Basta con sentir los dolores primigenios y descubrir las necesidades primarias». Esa respuesta no es incorrecta, aunque sí bastante incompleta e

imprecisa. Además, no informa de cómo se pueden llegar a sentir los dolores primigenios. Pero ése no es el motivo por el que la mayoría de los expertos se rió de ella y no la tomó en serio. El motivo fue más bien lo incómoda que resultaba. Pues a muchas personas les parece más sencillo tomar medicamentos, fumar, beber alcohol, echar sermones, educar y tratar clínicamente a otras personas y preparar guerras que plantar cara a su propia verdad dolorosa.

Para mí no fue más sencillo que para ellos. Gracias a la pintura, me hallaba en camino hacia mi propia historia, y no estaba en absoluto dispuesta a retroceder. De eso no tenía la menor duda. Y, sin embargo, me encontraba ante una barrera. Quería saber lo que había sucedido en mi primera infancia, pero me faltaban los instrumentos necesarios. Con mis herramientas de psicoanalista no iba a ninguna parte. Con la libre asociación de ideas no salía del círculo de mi resistencia intelectual, del círculo de mis pensamientos, suposiciones e hipótesis que me estaba vedado comprobar, porque los sentimientos bloqueados me cerraban el acceso a la realidad. Leía libros de Arthur Janov y me daba cuenta de que aquel hombre había encontrado un camino decisivo; pero echaba a faltar en ellos algo que todavía no era capaz de nombrar.

En *El grito primigenio,* Janov describe cómo uno de sus pacientes empezó de repente a retorcerse de dolor cuando se le propuso que imaginara a su padre y le dirigiese directamente la palabra. Aunque, tras la lectura de material sobre las terapias Gestalt y Encounter, los métodos terapéuticos de Reich y la bioenergética, ese descubrimiento no me resultaba del todo nuevo, lo cierto

es que la relación de los dolores tempranos con la historia vital me pareció mucho más clara en los pacientes de Janov que en todas esas otras modalidades terapéuticas. Eso me fascinó, y comprendí que la vivencia de acontecimientos reprimidos podía conducir a la superación de síntomas. Pero ¿cómo se llega a esas vivencias?, me preguntaba. ¿Habrá que viajar a Los Angeles? Si Janov, pensé, ha descubierto realmente una verdad universal, entonces en mí debe cumplirse la misma ley que se revela en los relatos de sus pacientes, y yo debería poder encontrarla también en mí misma. Pero ¿cómo encontrar a una persona que me ayude a hacerlo sin irritarme con creencias educativas que ella misma no es capaz de detectar?

Me puse en busca de esa persona, lo que me llevó a hablar con muchos terapeutas primarios de distintos países. Comprobé que ya había muchos que dominaban el arte de sumir rápidamente a otras personas en la profunda desesperación, desconcierto y miedos de la primera infancia. Esa parte de la técnica de Janov se extendía a toda velocidad. Pero con eso no basta; eso no es una terapia, sino sólo una parte de ella, por lo que en breve tiempo se apreciaron los peligros que entrañaban esas fuerzas desencadenadas. La vivencia de los antiguos dolores produce un alivio a nivel corporal, pero si no se dan los pasos correspondientes a los restantes niveles, no es posible desactivar los dolores primigenios. Por ello muchos pacientes acababan hallándose en un *perpetuum mobile*. Y algo más: cuando los terapeutas no eran capaces de soportar las realidades que afloraban, echaban mano de todo el registro, aprendido en su día, de la educación recibida,

para proteger a sus pacientes de los inminentes peligros de suicidio o psicosis. En su impotencia, empezaban a combinar la terapia primaria con el análisis transaccional o incluso con conceptos psicoanalíticos o materiales religiosos, consiguiendo de tal manera restablecer, a costa de la verdad, la resistencia intelectual prematuramente destruida. Pero ese restablecimiento del antiguo orden resultaba definitivo. No es de extrañar que los pacientes tratados así se murieran de ganas de pasar lo antes posible a sondear ellos mismos los sentimientos de otras personas, a fin de defenderse de su propia impotencia y del caos emocional no desactivado que había surgido en ellos. La posibilidad de sumir rápidamente en el dolor a otras personas y calificar eso de terapia puede ser en algunos casos una válvula de escape legal para tendencias sádicas reprimidas.

Aparte de esto, había algunos que no se consideraban a sí mismos terapeutas, sino auténticos gurús, y explotaban el descubrimiento de Janov para manipular a los pacientes y obtener de ellos amor y grandes sumas de dinero. Sus adeptos, confrontados con sus propios sentimientos, caían en una adicción y pasaban a depender por largo tiempo del único gurú que les permitía satisfacer su adicción. Este estaba interesado en mantener esa relación de dependencia, que constituía la fuente de su poder.

Todas esas observaciones despertaron en mí una cierta desconfianza hacia la terapia primaria. Ciertamente, ya no corría el peligro de dejarme impresionar por trucos educativos o de caer en las redes de una secta. Pero mientras no encontrase un terapeuta primario cuyo concepto de la terapia fuera claro y me pareciera convincente y

compatible con mis propias ideas, temía ir a parar a un callejón sin salida, en el caso de que fuera incapaz de escapar por mí misma al previsible estado de confusión emocional. Para mí, una verdadera terapia implica un progresivo aumento de la independencia, y los relatos de los pacientes de Janov parecían revelar esa posibilidad. Por ello al principio me pareció enigmático que muchos de ellos ingresaran en sectas. No entendía cómo una persona que hubiera aprendido a sentirse a sí misma y a comprender su historia personal podía convertirse en instrumento de intereses ajenos. Pero los hechos eran innegables, y parecían testimoniar en contra de la terapia de Janov. ¿O quizás ésta era incompleta? ¿Cuál era entonces el trozo que faltaba? ¿Residía el problema en que la técnica de suscitación de sentimientos era insuficiente, a pesar de que podía aprenderse y transmitirse? ¿O quizás el éxito de la terapia seguía dependiendo de si el paciente era capaz de soportar la verdad, contenida en sus sentimientos, acerca de los malos tratos sufridos en la infancia? Pues percibir algo en un instante, intuir o incluso saber intelectualmente alguna cosa por un breve tiempo no significa, ni mucho menos, que se esté, a largo plazo, en condiciones de soportar e *integrar* la verdad.

Viendo cómo muchos terapeutas siguen negando la verdad acerca de los malos tratos a la infancia, no me cuesta nada imaginarme que ahí se halla una parte importante de la respuesta a mi pregunta. Cuando el niño al que se ha alentado a sentir descubra los terrores de su infancia, quizá no sea capaz de soportar por sí solo esa verdad y se vea obligado a buscar refugio en una secta. Para no tener que eludir la realidad que emerge

en su dolor, para poder desactivar los sentimientos de culpabilidad que le bloquean, el paciente necesita estar rodeado de personas que se pongan sin reservas a favor del niño. Yo no encontraba en ninguna parte a esas personas, ni siquiera entre los terapeutas primarios a los que había conocido. Encontraba diferentes personalidades con trasfondos diversos, las cuales, cuando yo sacaba a colación la inocencia del niño y la culpabilidad de los padres, acababan en algún momento defendiendo a los padres.

Al principio casi no podía concebir que mis ideas fueran correctas a pesar de ser yo la única que las sustentaba. Si todos están de acuerdo, pensaba, en que sólo se pueden superar los síntomas si se perdona a los padres, ¿cómo puedo estar segura de no engañarme? Al fin y al cabo, todos los demás, en conjunto, tienen que poseer mucha más experiencia que yo. Sólo una cosa me dio la respuesta: los recuerdos, recientemente evocados, del terror educativo de mi madre. Comprendí que ese acuerdo general entre todos los terapeutas no es fruto de sus experiencias, sino de su educación, y que esa indulgencia que, con tanta naturalidad, exigen unánimemente debe ser rechazada, porque obstaculiza inevitablemente el éxito de cualquier terapia.

En las numerosas discusiones en grupo en las que abordé este tema, apenas sí había terapeutas que pudieran desprenderse de la creencia de que para liberarse de los síntomas hay que perdonar a los padres. Cuando mis argumentos en contra resultaban convincentes, decían, como mucho, que quizá no hubiera que exigir directamente ese perdón, pero sí, en todo caso, hacer ver al paciente que «se sentiría mejor» si era capaz de per-

donar. No se daban cuenta de que de tal manera ejercían una manipulación pedagógica, y ello para alcanzar un objetivo al servicio de la moral tradicional, pero no en interés del paciente que fue en su día un niño herido y que debe acercarse al origen de esas heridas. Mientras no reconozca que la moral practicada por sus padres constituía una negación y una agresión a la vida, no llegará a ser consciente de lo que sucedió. Al aliarse con dicha moral, los terapeutas recogen la herencia de los educadores que siempre se ponen de lado de los adultos y en contra del niño. Refuerzan así los efectos, nocivos para la salud, de la educación, y por si fuera poco lo disimulan llamando a eso «terapia».

Los padres de los actuales pacientes querían, por supuesto, que les fueran perdonadas todas sus crueldades. El niño se daba perfecta cuenta de ello, y su preocupación básica era satisfacer ese deseo para tener contentos a los padres. La represión de los sentimientos hacía posible la reconciliación. El precio a pagar era una incógnita, porque la relación entre la represión y los síntomas permaneció oculta durante largo tiempo.

Dado que ellos también tuvieron que perdonar en su día, a los padres les parece natural que sus hijos se lo perdonen igualmente todo. Los padres consideran eso un derecho suyo, y los hijos se sienten culpables, malos y abyectos cuando por la noche se van a la cama con resentimiento contra los padres. Dado que en las anteriores generaciones casi todo el mundo ha pasado por esas experiencias fundamentales, es comprensible que los terapeutas, en todo el mundo, exijan con gran énfasis que se perdone a los padres. En *Du sollst nicht merken* mostré ya los inconvenientes de esa

exigencia, pero entretanto he llegado a comprender los *peligros* de semejante postura. Mientras el psicoanálisis presidía el panorama de las terapias, impidiendo a los pacientes acercarse a sus sentimientos, esas exigencias educativas no tenían efectos peligrosos, pues no salían de un terreno intelectual y, por ello, poco comprometedor. Pero el desarrollo de formas modernas de terapia significó el despertar de los sentimientos hasta entonces bloqueados de los pacientes, y una liberación de energías desconocidas. Sin embargo, nadie podía acompañar a los pacientes en esos sentimientos ni ayudarles a desactivarlos, pues el sustrato moral de esas terapias era la ineludible exigencia educativa de perdonar a los padres una vez pasados los accesos de ira temporalmente permitidos.

Tuve noticia de una persona que, al final de una terapia semejante, «se lo perdonó todo» por fin a su padre —un sádico—, y al cabo de dos años mató, sin motivo aparente, a un hombre que no tenía la culpa de nada. Esa información confirmó mis suposiciones: quien, por medio de la terapia, haya adquirido la capacidad de sentir no percibirá cada vez menos, sino cada vez más aquello que le sucedió durante la infancia y que nunca había podido vivir conscientemente. La progresiva familiaridad con los sentimientos y la historia propios puede hacer emerger, pasados unos años, un nuevo recuerdo que durante la época de la terapia intensiva no era aún accesible. Como ya ha perdonado a sus padres durante la terapia, el sujeto no podrá dejar paso a sus nuevos sentimientos de ira, y correrá el peligro de proyectarlos sobre otras personas. Dado que entiendo por terapia un descubrimiento sensorial, emocional y

mental de la verdad reprimida en el pasado, *veo en la exigencia moral de reconciliación con los padres un bloqueo y una paralización insoslayables del proceso terapéutico.*

A partir de cartas de mis lectores y de informes orales, he confeccionado toda una lista de sentencias educativas que pretenden ser intervenciones terapéuticas. Proceden de lectores que, en parte, han estado quince o veinte años bajo tratamiento psicoanalítico, y que ahora, hallándose en una situación difícil, me ruegan que les facilite direcciones de «psicoanalistas no educativos». Lo trágico es que lo hacen a pesar de mi opinión, frecuentemente manifestada, de que *el psicoanálisis como tal* está estancado en la mentalidad pedagógica. En sus informes se hallan muy a menudo afirmaciones de los psicoanalistas como las siguientes:

—Eso sin duda fue un mal trago para usted, pero hace ya tanto tiempo... ¿No va siendo hora de olvidarlo?

—El odio no le hace a usted ningún bien, le envenena la vida y prolonga su dependencia de los padres. Hasta que no se reconcilie con sus padres, no se verá libre de ellos.

—Intente ver también el lado positivo. ¿Verdad que sus padres, a los que usted ahora califica de malvados, le pagaron los estudios? ¿No le parece que es usted injusto?

—No quiero forzarlo a perdonar, pero no tendrá usted paz si sigue siendo tan intransigente, si no perdona.

—Nadie se cura echándoles la culpa a otros. No hay que olvidar que el niño también tiene una responsabilidad.

—El niño no es una víctima, sino uno de los factores de una interacción.

—Si su padre fue tan severo con usted, fue *porque* estaba sobrecargado o *porque* ya estaba enfermo; pero no tenía nada contra usted y le quería bien.

—Un niño al que no se castigara, ni se le negara nada, ni se le pusieran unos límites, no aprendería las normas necesarias para la vida, y no tendría dónde aferrarse, es más, estaría desamparado.

—Los padres también son personas y pueden equivocarse.

Esta lista contiene sólo unos pocos ejemplos; podría prolongarse hasta el infinito. Todas esas afirmaciones tienen algo en común: son desorientadoras y falsas, pero pasan generalmente por verdaderas, pues las conocemos desde siempre. El niño está obligado a creer que las crueldades que se cometen en su persona son por su bien, y más tarde, cuando sea adulto, será, en muchos casos, incapaz de reconocer la falsedad como tal, especialmente si se deja desorientar por personas que no le son antipáticas, que despiertan en él ciertas expectativas y que hablan el mismo lenguaje educativo al que está acostumbrado desde pequeño. Está comprobado que *no* es cierto que a una persona no puedan atormentarla traumas muy lejanos en el tiempo. El olvido ayuda al niño a sobrevivir, pero no al paciente adulto a superar sus sufrimientos. El niño *es* una víctima indefensa, y no forma parte de interacciones como factor en pie de igualdad. El odio reprimido e inconsciente tiene efectos destructores, pero el odio *vivido* no es veneno, sino uno de los caminos por los que se sale de la trampa del disimulo, la hipocresía o la franca destructividad. Y uno, en verdad, se cura cuando, libre de sentimientos de culpabilidad, deja de

exonerar a los auténticos culpables, cuando uno se atreve a ver y sentir por fin lo que éstos hicieron.

El siguiente ejemplo muestra hasta qué punto puede llegar la exigencia de autoinculpación a la que se somete al niño. Un hombre de cuarenta años, respetado y apreciado miembro de una secta, estuvo pegándole a su hijo durante una hora, porque éste no quería decir «perdón». Al preguntársele más tarde si no se había dado cuenta de que el niño —que sangraba abundantemente— ya estaba muerto desde hacía un rato, respondió que no habría podido dejar de pegarle hasta que hubiera pedido disculpas, pues los niños deben aprender a decir «perdón» cuando comparecen ante Dios. Las lecciones que ese padre había aprendido de los suyos eran incomparablemente más efectivas que la visión de su hijo agonizante (*véase* A. Miller 1988a, cap. 6).

Cuanto más claro veía que muchos de los actuales terapeutas se dedicaban a proteger el sistema educativo de sus padres a costa de los pacientes, mayor se volvía mi desconfianza hacia las terapias y más se reducía mi esperanza de hallar alguna vez la plena confirmación de las verdades a las que había llegado por mí misma.

En aquella época fue a parar a mis manos el libro *Steinzeit* de Mariella Mehr, que despertó mi atención (M. Mehr 1986). Esa mujer estaba en condiciones de ir en búsqueda de experiencias muy tempranas, de vivirlas, de soportar la verdad, y había escrito un libro sin tópicos educativos, sin mentiras, sin retoques, sin moral tradicional, fruto del conocimiento de la inconcebible verdad de su infancia. Yo acababa de concluir el manuscrito de *Du sollst nicht merken,* y dediqué

las últimas páginas a la terapia de Mariella Mehr. Más tarde me dirigí a ella para preguntarle el nombre de su terapeuta, y me puse en contacto con éste. Ese terapeuta me explicó su método, y me decidí a poner a prueba en mi persona sus procedimientos, pues el criterio de Konrad Stettbacher tomaba en consideración todo aquello que yo había descubierto en los últimos años.

Pronto hará cien años que Sigmund Freud descubrió en los síntomas de sus pacientes femeninos y masculinos las consecuencias de traumas infantiles reprimidos, y negó tal descubrimiento. Cincuenta años después, Sandor Ferenczi tropezó con el mismo fenómeno, pero murió antes de poder diseñar un método terapéutico basado en esa noción. Algo parecido le sucedió treinta años después a Robert Fliess, y por el mismo motivo. Ambos estaban presos en la cárcel de los conceptos psicoanalíticos. Si bien consiguieron abrir una de las ventanas de esa cárcel y mirar afuera, si bien lograron ver en sus pacientes la situación del niño maltratado, no consiguieron salir de la cárcel de la resistencia intelectual y desarrollar un concepto terapéutico utilizable.

Unos ochenta años después del descubrimiento de Freud, Arthur Janov observó en sus pacientes que la vivencia de dolores bloqueados conducía a la supresión de la represión y a la toma de conciencia acerca de los traumas tempranos, lo cual tenía como efecto una asombrosa mejora de la sintomatología. A esta mera vivencia de los sentimientos primarios, Janov la llamó terapia primaria, a pesar de no haber elaborado un criterio de tratamiento ni haber explicado en ningún momento cómo el lector necesitado de ayuda puede llegar a esa vivencia de los dolores bloqueados.

A veces tenía uno la impresión de que la persona necesitada de ayuda se vería obligada a someterse a una especie de violación por parte del terapeuta. La práctica además demostraba que, si bien los dolores conjurados en tales circunstancias podían producir alivio, no bastaban, sin embargo, para desactivar los esquemas de pensamiento y comportamiento destructivos y autodestructivos.

La solución a este problema la halló el psicoterapeuta suizo Konrad Stettbacher. Sin duda fue porque, al contrario de Freud, Janov y tantos otros, no se contentó con tratar, observar y describir a sus pacientes, sino que quiso, durante muchos años, experimentar con su propia historia el método de acceso a los traumas desarrollado por él mismo, y, consecuentemente, se lo aplicó.

Ese acceso personal fue lo que le abrió los ojos a la verdadera dimensión del daño que, por pura ignorancia, se les hace a los niños. Pues es necesario empezar a intuir con los medios sensitivos del niño, con el saber de la víctima, para poder liberarse de la identificación con las acciones destructivas de los padres y romper la cadena de las repeticiones. Sólo así se puede condenar de una manera verdaderamente inequívoca estas acciones. La mera observación de los pacientes, por sincera y bienintencionada que sea, no nos protege del peligro de aplicarles, sin darnos cuenta, esquemas educativos. Quien no haya experimentado conscientemente por sí mismo lo que esos esquemas obraron en él, se verá desconcertado y sometido a ellos, al igual que Freud y todos sus célebres sucesores, que nunca fueron más allá de la simple contemplación intelectual de la infancia. He tenido esa experiencia incontables veces, conmigo misma y con otros.

A excepción de los documentos internos de la terapia de Konrad Stettbacher, no conozco descripción sistemática alguna de la terapia primaria. Con ocasión de mi visita al Instituto de Terapia Primaria de París, en 1985, intenté comentar esa cuestión con Janov. Este justificó la falta de sistematización en sus libros con la preocupación de que esa forma de tratamiento pudiera ser mal utilizada. Por ello, consideraba a los discípulos formados por él mismo como los únicos autorizados a ponerlo en práctica. Sin embargo, a mi modo de ver, es casi imposible mantener un método terapéutico a buen recaudo mediante medidas autoritarias. Pero una descripción precisa y rigurosa del método, que oriente a los lectores, puede proteger de abusos a potenciales pacientes y terapeutas. Puede ayudarles a sustraerse a la ignorancia de un terapeuta educador que no sabe lo que hace. La falta de un criterio verificable de la terapia primaria se ha revelado como una gran desventaja para los pacientes, pues no ha impedido, sino más bien alentado una caótica y peligrosa experimentación. El camino de acceso a los dolores primarios y la posibilidad de desactivarlos mediante el conocimiento de las propias necesidades, también deberían ser descritos con exactitud, en pro de la autonomía personal de las personas que buscan ayuda en la terapia. Ante todo hay que tener en cuenta que ese camino de acceso apenas puede hallarse espontáneamente, sin unas líneas directivas, pues en toda persona existe una gran resistencia contra las vivencias primarias que la oprimen. Gracias a esas líneas directivas, el paciente y el futuro terapeuta pueden aprender a doblegar paso a paso esa resistencia, en lugar de quebrarla violentamente.

Durante mi formación psicoanalítica oí hablar mucho del fenómeno de la proyección, y la práctica me confirmó personalmente la importancia de ese fenómeno. En muchas ocasiones advertí que en la necesidad y capacidad del ser humano de proyectar sentimientos tempranamente reprimidos sobre posteriores personas de referencia, se esconde un gran potencial terapéutico que el psicoanálisis apenas ha percibido jamás en toda su dimensión. Pese a ello, se abusaba exhaustivamente de los fenómenos de proyección, a fin de garantizar el ejercicio del poder por parte del psicoanalista y el sometimiento del paciente.

Ya Sigmund Freud, y después de él miles de discípulos suyos, *explicaron* a sus pacientes por qué éstos hacían, decían o sentían esto o lo otro y por qué odiaban, deseaban, aborrecían y envidiaban a los psicoanalistas, y estaban convencidos de saberlo verdaderamente (*véase* A. Miller 1981, págs. 51-58). Aunque esas explicaciones se basaban en las teorías e hipótesis de trabajo aprendidas y en la educación recibida, y a menudo no tenían nada en absoluto que ver con la vida real de los pacientes, éstos creían al pie de la letra a sus psicoanalistas, como los creyentes al sacerdote (*véase* A. Miller 1988a, cap. 7). Ignoraban que habrían tenido el derecho y la posibilidad de ser acompañados de camino hacia sus sentimientos, de encontrar así por sí mismos las explicaciones *correctas*. Y es que cuando se renuncia a demostrar, por medio de la proyección, las tendencias destructivas supuestamente congénitas, y se procura, en cambio, hacer sentir al paciente cuáles son los procesos concretos que lo han puesto furioso, haciéndole visible verbalizar esa dimensión con todos los distintos aspectos que forman

parte de ella, se abre un abanico de nuevas e insospechadas posibilidades que pueden utilizarse para fines terapéuticos de eso que se llama proyección.

Pues raros son los casos en que el paciente puede percibir y sentir por medio de recuerdos directos las desventuras de su niñez. Los recuerdos han sucumbido a la amnesia y se hallan enteramente proscritos, o bien están separados de los sentimientos y son emocionalmente inaccesibles y, por ello, de poco provecho. La historia real se revela por medio de la actitud del paciente para con las personas de referencia actuales, incluyendo a las de segundo rango.

En su terapia, Stettbacher muestra el modo en que pueden utilizarse sistemáticamente, con fines terapéuticos, esas grandes y pequeñas proyecciones cotidianas. La historia de los traumas tempranos no superados pugna por ser de una vez por todas narrada y escuchada, por lo que se manifiesta una y otra vez bajo distintas versiones. Se manifiesta en respuesta a estímulos concretos, y lo hace en forma cifrada, pero con asombrosa precisión. Ese camuflaje puede desenmascararse tan pronto como el sujeto sea capaz de vivir las distintas versiones de la historia con los sentimientos que le corresponden. En el transcurso de ese proceso, el terapeuta no debe ser ni siquiera el objeto principal de la proyección, pues *no es él* sólo quien ha de controlar la operación, al contrario de lo que ocurre en el psicoanálisis. La progresiva autonomía posibilita al paciente para controlar y desactivar él mismo sus proyecciones gracias al instrumental que el terapeuta pone a su disposición. Se halla en todo momento en condiciones de asumir con la persona de referencia ac-

tual los sentimientos emergentes, de enfrentarse internamente a ella, de ponerla en tela de juicio y de comunicarle sus necesidades.

Puede suceder, aunque no necesariamente, que el terapeuta, mediante su comportamiento real, desencadene en el paciente sentimientos que éste habrá de asumir. También el terapeuta puede, como cualquier persona, despertar una parte del pasado. Pero el terapeuta no es la única persona en torno a la cual giran sin cesar los sentimientos del paciente, como ocurre en el psicoanálisis. Es el acompañante que le ayuda a orientarse con los sentimientos que afloran, a plantar cara a sus miedos y a dar expresión a sus necesidades. Por un tiempo habrá de proteger al antiguo niño maltratado del peligro de matarse a sí mismo o a otras personas, como consecuencia de la desesperación antigua pero vivida conscientemente por primera vez. Así, por lo que respecta a la persona del terapeuta, el papel de la proyección no es tan acusado en la terapia primaria de Stettbacher como en el psicoanálisis. Pero el rendimiento terapéutico de este fenómeno es incomparablemente mayor, más amplio y preciso que en toda la historia del psicoanálisis. Además, ese fenómeno se pone al servicio del paciente, el cual puede trabajar con él ayudándose a sí mismo. El paciente puede aprovechar sus sentimientos proyectados para profundizar en su conocimiento de sí mismo, y no tiene por qué avergonzarse de ellos.

La terapia de Stettbacher, cuyo diseño no ha sido por desgracia todavía publicado en forma de libro, aunque lo será pronto,* elude, gracias a su

* Este libro ha aparecido entretanto bajo el título de *Wenn Leiden einen Sinn haben soll* (Si es que el sufrir tiene sentido). *(N. del E.)*

transparencia, el peligro de ser mal utilizada. Exteriormente no resulta lo bastante atractiva como para inducir a formarse en ella a terapeutas en busca de prestigio. No encandila a nadie prometiendo poder social mediante la pertenencia a un grupo exclusivo. Lo único que hace es ofrecer una y otra vez la verdad, es decir, la oportunidad de encontrarse con el pasado del que intentábamos huir a toda costa. Su instrumental es verificable en un nivel teórico, no contiene secreto alguno, y cualquiera que quiera conocer su infancia puede aprenderlo y experimentarlo prácticamente para ayudarse a sí mismo. Cualquiera puede, con arreglo a su situación y en la medida de sus posibilidades, aplicarlo creativamente. No hay coacciones ni rituales a los que el paciente deba atenerse y que garanticen al terapeuta una posición de poder. Lo único que hay son las claras líneas de sus objetivos y de sus medios. Su objetivo es el conocimiento de las heridas sufridas en la infancia (malos tratos y abandonos). Esto se logra mediante la vivencia de los dolores primarios y mediante la supresión de las latentes reacciones destructivas y autodestructivas. El acceso a las vivencias primarias parte de los correspondientes «estímulos» en el presente y conduce a confrontaciones internas concretas. La liberación se produce con ayuda de los cuatro pasos que intento ilustrar con un ejemplo en el capítulo II,3. Por supuesto, una de las condiciones previas de la terapia es que se tenga acceso a una persona que pueda asumir el papel del testigo iniciado al que siempre se había echado en falta. Esos son los fundamentos: nada de mistificaciones, ni de arquetipos, ni de espíritus, ni de magia, ni de gurús; sólo el doloroso camino hacia los hechos, hacia la renuncia a la ce-

guera, a las falsas ilusiones, a las prótesis inútiles, al autoengaño y a la confusión. La recompensa a los esfuerzos no es otra cosa que el gran alivio que confiere la claridad: fue así, no tengo por qué seguir engañándome ni dejándome embrollar, ni ocultando mi saber; tengo derecho a ver, vivir, respirar, explicarme, y nadie puede ya impedirme conocer la verdad y expresarla.

Tan pronto como tenga tiempo para describir el concepto de la terapia primaria que ha desarrollado, Konrad Stettbacher ofrecerá sin duda el instrumental que necesitan las personas que buscan su propia realidad y no falsas ilusiones. A mí, por lo menos, ese concepto me ayudó a llegar, partiendo de las vagas suposiciones y sospechas surgidas de la pintura espontánea, a los hechos inequívocos, y a revisar éstos una y otra vez con ayuda de mis sentimientos y de mis conflictos internos. Algunas cosas se vieron confirmadas; otras se revelaron como fruto de una necesaria tarea de embellecimiento al servicio de la supervivencia. Pero muchas cosas aparecieron bajo una luz nueva e inesperada. No en vano mi actividad pictórica se basaba simplemente en contenidos simbólicos, y no pasaba de ser una vaga intuición de lo oculto en el inconsciente, la cual no me concedía certeza alguna acerca de hechos realmente sucedidos, pues mis sentimientos de culpabilidad adquiridos a través de la educación producían sin cesar nuevas dudas que me permitían idealizar a mis padres. Sólo el cuestionamiento y la revisión constantes de mis hipótesis concedieron a esas intuiciones una base sólida y contornos definidos.

Probablemente, ese proceso de profundización de la capacidad de discernimiento no concluya nunca definitivamente, ni tiene por qué hacerlo.

Pero hoy en día puedo permitirme, en mucha mayor medida que en el pasado, saber lo que me sucedió durante la infancia. A ese saber le debo muchas cosas: me he liberado de una serie de síntomas físicos que venía sufriendo desde la infancia, y he perdido los miedos que me habían acompañado igualmente durante toda la vida.

Después de haber trabajado en mí misma durante cuatro años con el método minuciosamente meditado de Konrad Stettbacher, veo cada vez con más claridad que nos hallamos ante el descubrimiento de una ley humana cuyo funcionamiento cualquiera puede verificar. A diferencia del psicoanálisis, cuyas teorías se apoyan todavía plenamente en la concepción pedagógica de la inocencia de los padres, y a diferencia de todas las demás formas de terapia que he conocido hasta ahora, en las que la pedagogía sigue jugando inadvertidamente un papel preponderante, las tesis de Stettbacher no contienen el menor rastro de propósitos educativos. De lo que se trata en ellas es de sacar a la luz la realidad del individuo, sepultada por el escombro de antiguas heridas. Para ello es necesario reconocer la existencia de esas heridas y detectarlas con ayuda de los sentimientos presentes. Para ello es necesario que no se exculpe a nadie cuando se trata de descubrir la verdad, pues fueron precisamente las mentiras las que negaron al niño la vida y la visión. Para ello es necesario también que el antiguo niño herido aprenda, mediante la terapia, a servirse de las posibilidades que la naturaleza le concedió en abundancia y que los adultos le robaron: vivir y articular sentimientos, poner en cuestión y rechazar abusos y acusaciones, y, finalmente, detectar sus propias necesidades y buscar posibilidades de satisfacerlas.

Tan pronto como el ser humano deja de estar forzado a eludir la verdad, se le abre, en el fondo, todo un mundo de posibilidades. Pero el miedo al dolor, y los bloqueos conectados con él, le enmascaran durante años y años el acceso a ese mundo. Cuando los recuerdos archivados sólo hablan de castigos, y no de satisfacciones, toda necesidad auténtica se ve ensombrecida por el miedo y conduce al bloqueo y al autocastigo, en lugar de la satisfacción.

Ese era también mi caso. A los ojos de mi madre, mis necesidades más naturales eran molestas exigencias. ¿Cómo iba a poder yo, enviada al ancho mundo con semejante carga sobre los hombros, saber lo que realmente necesitaba? ¿Cómo iba a aprender a satisfacer esas necesidades? Lo que aprendí es que eran peligrosas, porque el deseo de satisfacción conducía necesariamente a la catástrofe. Esa catástrofe, el gran peligro, era la cólera de mi madre y el desvelamiento de su falta de amor. Así que yo intentaba con todas mis fuerzas reprimir mis necesidades de afecto, calor y comprensión, para no tener que ver la verdadera actitud de mi madre hacia mí, para mantener la ilusión de que me quería. Mi esperanza era llegar a no necesitar nada y sacrificar mi vida a los demás para obtener finalmente su amor. Pero el amor no se gana negándose a uno mismo ni haciendo grandes cosas. Los padres se lo brindan al recién nacido o no se lo brindan. Y yo me vi por fin forzada a reconocer que de pequeña no me habían hecho ese regalo.

Eso suena muy sencillo, pero yo me pasé casi sesenta años sin atreverme a *sentir* esa verdad, a pesar de que la conocía intelectualmente. Sólo cuando pude experimentarla con todos los recuer-

dos asociados a ella, se me abrieron las posibilidades bloqueadas de mi vida, o por lo menos aquellas que no habían sido irremisiblemente malogradas.

Si ese camino seguía estándome abierto a mi edad, no cabe duda de que a personas más jóvenes ha de serles accesible, con la condición de que realmente *quieran* enfrentarse a la historia de sus sufrimientos, y no se contenten con hallar culpables sustitutivos. En este último caso, los pacientes abandonarán previsiblemente antes de tiempo la terapia primaria. Posiblemente se adherirán a sectas y seguirán orientando contra figuras sustitutivas sus sentimientos de ira e indignación. Culpabilizarán a todas las personas imaginables, incluyendo al terapeuta, a fin de exculpar a toda costa a los verdaderos causantes de sus males, es decir, los padres y su actitud durante la primera infancia, y, trágicamente, seguir aferrados a ellos.

Gracias a su precisión, la terapia de Stettbacher ofrece la posibilidad de ir en busca de las causas específicas de las heridas y de someter a revisión en el terreno concreto las creencias e hipótesis generales e intelectuales acerca de los padres. Pero todo eso apenas puede hacerse sin sentir dolor. Cuando los dolores son insoportables, porque los recuerdos emergentes de malos tratos reales resultan muy difíciles de sobrellevar, es comprensible que algunos pacientes renuncien al tratamiento y se queden estancados en fijaciones autodestructivas. Pero quien quiera y pueda detectar la verdad *específica,* verá disiparse los dolores y miedos a los que estaba encadenado a consecuencia de las heridas sufridas y que le habían impedido vivir durante toda la vida.

A mí, esa liberación de los viejos miedos me abrió los ojos a muchas cosas: a las mudas señales de los niños, a los mecanismos ocultos de la sociedad, que destruyen el alma infantil, y a la posibilidad de salvar a los niños y, con ellos, nuestro futuro, gracias a la ayuda de testigos iniciados.

2
El testigo iniciado

Una lectora, profesora de filosofía, me escribió lo siguiente desde los Estados Unidos:

Hasta leer sus tres libros no comprendí las razones del fracaso de los dos psicoanálisis a los que me había sometido. Desde entonces voy en busca de un especialista que conozca bien sus libros y los integre en su trabajo, y me he entrevistado con una buena cantidad de terapeutas, algunos de ellos conocidos. Todos conocían su nombre y parecían haber leído *El drama del niño dotado.* Lo que más me asombraba era que todos hablaban de las ideas de usted con las mismas palabras, como si se hubieran reunido para ponerse de acuerdo acerca de cómo valorarlas. Pero esas personas apenas se conocían las unas a las otras. Opinaban unánimemente que usted no afirma en sus libros nada que no hubieran dicho ya otros psicoanalistas, como por ejemplo Kohut y Winnicott, pero que usted iba «demasiado lejos» en su simplificación.

Cuando yo protestaba e intentaba explicar por qué sólo había conseguido percibir mi realidad gracias a sus libros, tropezaba con un obstinado rechazo, en el que tampoco se apreciaban variantes individuales. Al intentar sacar a colación cuestiones muy concretas de *Du sollst nicht merken,* me enteraba de que la mayoría de los terapeutas a los que interrogaba poseían sus libros, pero no habían tenido aún tiempo de leerlos. No hacían más que hablar de la teoría del narcisismo desarrollada por usted, pero que usted no ha vuelto a

mencionar a partir de *El drama,* y eran de la opinión de que sus méritos radicaban en haber dado a conocer ampliamente el *psicoanálisis.* Yo acababa enfadándome siempre al ver que la seguridad de mis interlocutores conseguía cohibirme, impidiéndome dar con los argumentos necesarios hasta que volvía a estar de vuelta en casa, y eso a pesar de que había leído varias veces los tres libros.

Sólo con uno de los terapeutas, que parecía menos arrogante y obstinado que los demás, intenté, titubeante, formular mi punto de vista. Empecé con una argumentación puramente lógica, haciendo valer el razonamiento de que no se puede decir acerca de una autora que su descubrimiento no es nada nuevo y al mismo tiempo afirmar que está equivocada. No se puede decir que algo es y no es al mismo tiempo un descubrimiento. No obtuve respuesta; era como si la cuestión careciese de importancia. De repente, el joven sentado al otro lado del escritorio me miró con ojos como platos y me dijo: «Pero es que Alice Miller les echa la culpa a los padres». «Bueno, ¿y qué?», le pregunté. No obtuve respuesta, pero en aquel momento no me atreví a seguir haciéndole preguntas. Me pareció percibir sus temores, y decidí respetarlos.

Quizás esos temores explican por qué no logro encontrar ningún terapeuta que me acompañe en mi camino. Pero, al fin y al cabo, todos hemos tenido padres. ¿Por qué son precisamente los terapeutas y los psicoanalistas quienes menos provecho sacan de los libros que usted ha escrito? La simple mención de los malos tratos a la infancia los pone de mal humor; obviamente tienen miedo de poner en tela de juicio a los padres. ¿Cómo van a poder ayudarme si, como creo percibir, el camino que debo recorrer es justamente el que más les asusta?

Al final de las entrevistas solían aconsejarme hacer una terapia con alguno de los «partidarios» de usted. Pero yo no busco partidarios, lo que busco es un te-

rapeuta que no se eche atrás ante las cuestiones que usted ha planteado, porque son justamente las mismas que me planteo yo, y porque las reconozco en la actitud elusiva de los terapeutas.

He recibido gran cantidad de cartas semejantes, con muchos detalles personales, y la mayoría acaba preguntándome por algún terapeuta que haya integrado mis trabajos. La carta arriba reproducida muestra por qué no puedo satisfacer esos ruegos. Pero muestra también que la capacidad crítica de los pacientes crece, y que esa creciente capacidad crítica les ayudará algún día a distinguir a las personas que verdaderamente pueden acompañarlas en su camino de las que no pueden hacerlo.

En varios pasajes de *Du sollst nicht merken* hago mención de algunos criterios que pueden ayudar a orientarse a los pacientes en busca de terapeuta. Pero los pacientes deben comprobar por sí mismos en cada caso concreto hasta qué punto esa persona que les ofrece ayuda es capaz de soportar la verdad y hasta qué punto es apropiada para servir de acompañante a alguien que fue un niño maltratado.

Cuando expreso mi opinión de que a muchas personas les resulta difícil entender mis libros, se producen a menudo reacciones de asombro, y hay quien dice: «¿Cómo es posible no entender sus libros? Usted se atiene a hechos innegables, que cualquier persona conoce y puede comprobar en la vida diaria. Sus libros hacen tabla rasa del lastre teórico que impide ver la verdad. Muchas personas reconocen en ellos sus propias experiencias y pensamientos. ¿Cómo puede ser que alguien *no* los entienda?».

Esa pregunta me la hizo también el conocido antropólogo Ashley Montagu. Para él, mis libros son claros e inequívocos, porque él mismo descubrió hace ya décadas, gracias a sus investigaciones de diversas culturas, el hecho de que el niño no viene el mundo siendo malo, sino que es el medio ambiente quien lo convierte en un ser malvado (A. Montagu 1982). Pero la mayoría de las personas no sabe eso, porque no pueden permitirse saberlo. Y esas personas tienen necesariamente que malentender mis libros. Han aprendido desde pequeños que han de sentirse culpables de todos los males que les causan las personas que les rodean, y cuando cursan una carrera universitaria encuentran totalmente lógicas las teorías acerca de la destructividad congénita del ser humano. Abrazan esas creencias porque se las inculcaron a muy temprana edad, y la universidad los confirma definitivamente en ellas mediante las habituales teorías socialmente conformistas.

Cuando más tarde esas personas leen mis libros, tienen ante sí la oportunidad de poner en cuestión todas esas ideas que aprendieron cuando niños a través de la educación, y más tarde, ya estudiantes, en la universidad. Pero lo único que puedo darles es esa oportunidad. Que la aprovechen o no, eso dependerá ante todo de si en la infancia dispusieron de suficiente margen libre para cuestionar el comportamiento y las opiniones de sus padres, o bien eso les estaba completamente prohibido, porque los padres *debían* gozar de la consideración de figuras infalibles y por encima de toda culpabilidad. En este último caso, las puertas al posterior cuestionamiento de los padres y de las creencias adquiridas permanecen cerradas para siempre, y la capacidad de

aprender de esas personas se halla muy condicionada. Como consecuencia, transmiten sin el menor escrúpulo a sus propios hijos esas peligrosas creencias paternas de disciplina y educación. Si cuando era un niño indefenso se me maltrató y *no me está permitido verlo,* yo mismo maltrataré también a otros seres indefensos sin darme cuenta de que lo hago. Me negaré a leer libros de Alice Miller o bien no *querré* entenderlos, ya que si lo hiciera tendría que sentir la tragedia de mi infancia y el dolor de haber sido inducido a error desde tan temprana edad (*véase* págs. 42 y ss.).

No existe otro camino, otra senda más llevadera. Quien haya leído, y entendido esos libros, no podrá permanecer insensible ante los niños. Ni ante sus propios hijos ni ante sí mismo. Pero ese despertar de la sensibilidad hacia los sufrimientos de la infancia tiene consecuencias de largo alcance: de repente dejamos de ser capaces de contemplar como educación pensada para nuestro bien lo que no es más que crueldad, perversión y crimen, y nos vemos forzados a tomar una decisión y dejar de ser cómplices de esos crímenes.

Ya existen personas capaces de hacer eso. No quieren seguir contribuyendo a la ocultación de la verdad. Trabajan con niños maltratados, y ven el daño que se les hace diariamente, y ven cómo el Estado, la escuela y la Iglesia protegen a los criminales y no los reconocen como tales. ¿Quiénes son esas personas? Son individuos que, a pesar de haber tenido que sufrir, como todos nosotros, los efectos de la «pedagogía negra», debieron tropezar, sin duda, en su infancia con por lo menos *una* persona que no los trató con crueldad, y que de tal modo les dio la oportunidad de percibir la crueldad de sus padres. Para ello es ne-

cesaria la presencia de un testigo dispuesto a ayudar y a corregir. El niño que sólo haya conocido la crueldad será completamente incapaz de reconocerla como tal si le falta un testigo semejante.

Lo que he dicho hasta ahora suena muy pesimista, porque atribuye a la atrofia infantil de la capacidad de aprendizaje emocional de los humanos las causas de su ignorancia, tan preñada de peligros para el futuro. Alguien podría pensar: ¿de qué sirve tanto escribir, hablar e informar, si hay tantas personas que *están obligadas* a no ver la realidad?

Pienso que eso puede cambiarse, y algo cambiará ya en la próxima generación si dejamos de someter a nuestros hijos a esos malos tratos llamados educación y disciplina. Cuando un niño que crezca rodeado de respeto se sienta tratado con crueldad por sus padres, podrá decírselo a éstos sin peligro alguno. Pero para muchos adultos de la actual generación, tal cosa era, durante su infancia, completamente impensable. Esas personas que fueron niños maltratados no han podido jamás decirse «Qué terrible fue mi infancia», sino: «La vida es así, eso es normal. Yo también educaré así a mis hijos. Por algo han hecho de mí una persona como Dios manda». La temprana destrucción de su capacidad de aprendizaje da frutos tardíos.

¿Hay que considerar a estos adultos como casos perdidos? ¿Es posible que a estas personas ya no les sea de utilidad información alguna, porque cuando eran niños los programaron para no percibir las crueldades a las que se les sometía y, por tanto, los malos tratos a la infancia? Yo no lo creo así. Mi esperanza va de la mano de mi concepto del testigo iniciado. Si consigo con mis

libros alcanzar a algunas personas que tuvieran durante su infancia la suerte de dar con un testigo que les ayudase, aunque fuera por breve tiempo, esas personas se convertirán, tras la lectura de mis libros, en testigos iniciados, *conscientes,* en abogados de los niños. Allá donde se hallen, percibirán el sufrimiento de los niños más rápida y profundamente que las personas que están obligadas a negarlo. Intentarán sacar a la luz los malos tratos que se producen de forma inconsciente y que a otras personas les parecen lo más normal del mundo. De tal manera transformarán la conciencia de la opinión pública, e incluso los más empecinados partidarios de los castigos no podrán evitar darse cuenta de que muchas de las cosas que hasta ese momento les habían parecido buenas y correctas tienen en realidad un efecto destructivo para la vida. Veamos un ejemplo de esto, que debo a un psicoterapeuta infantil del norte de California:

Una chiquilla le había explicado que, en su escuela, los niños que entorpecían las clases eran encerrados en pequeñas alcobas sin ventanas. El psicoterapeuta redactó un informe al respecto, y perdió su puesto de asesor escolar. Se dedicó a examinar con detalle los diversos casos y comprobó que ese sistema de castigo tambien se aplicaba en otras escuelas. Por fin aparecieron varios artículos acerca del asunto, y por primera vez los implicados comprendieron que se hallaban ante un caso de malos tratos a la infancia. Llamé por teléfono a ese psicólogo para felicitarle por su coraje y para manifestarle mi solidaridad, porque sé lo inseguro y aislado que uno puede llegar a sentirse cuando se da cuenta de que defiende una causa justa y, sin embargo, todos los demás están

en contra. En un ambiente en el que todo el mundo está de acuerdo en que los niños pueden aprender algo bueno gracias a los castigos, aquel que afirma lo contrario tiene al principio la impresión de haberse vuelto loco. Pues no en vano siguen resonando en sus oídos las palabras de sus propios padres, en los que en un tiempo creyó como si fueran dioses. Al ver que, entre tantas personas, ninguna está dispuesta a compartir la perspectiva infantil, surgen dudas: ¿no estaré equivocado? Y, sin embargo, es posible que sean todas esas personas las que están en un error.

Intervenciones como la descrita son algo más que un grano de arena: poseen un potente efecto multiplicador. La prensa se hace eco del suceso, y así muchas personas se ven confrontadas con preguntas que habían venido esquivando desde siempre, entre ellas: ¿cómo se siente un niño al que se castiga encerrándolo?; ¿qué sucede con su alma cuando el niño, para ser aceptado de nuevo en la comunidad y para complacer al maestro, se ve obligado a reprimir los sentimientos de impotencia y desesperación que el maestro ha provocado en él? ¿Qué otra cosa habrá aprendido de ese castigo el niño, aparte de a disimular y, más tarde, cuando sea adulto, a servirse igualmente de la violencia, vengándose en la persona de otros niños?

Las personas cuya mentalidad no ha sido deformada por estudios universitarios son más asequibles a esas cuestiones. Una vez, en Londres, le pregunté a un taxista de nacionalidad india si pegaba a sus hijos. Respondió que a su hija no le había pegado nunca, pero al chico sí, porque tenía que llegar a ser «un hombre con carácter», y eso sólo podía conseguirse gracias a los casti-

gos. Le pregunté si a él también le habían pegado de pequeño, y me lo confirmó. Le pregunté si se acordaba de lo que había aprendido gracias a los castigos. No se acordaba. Y de repente me dijo: «¿No querrá usted decir que si los padres pegan a sus hijos es sólo porque a ellos también les pegaron?».

Así de fácil es comprender una cosa cuando uno no se ha pasado años gastando tiempo y dinero en abundancia en escuelas y universidades para aprender lo contrario, sin tener la oportunidad de vivir nuevas experiencias con niños sanos. Estamos sin embargo en camino hacia ello, y lo que pueden decirnos los niños que no han sido atormentados es tan claro e inequívoco que por fuerza ha de ayudarnos a desenmascarar las mentiras de las teorías establecidas (*véase* A. Miller 1988a, cap. 7). Una persona que, desde bien pequeña, haya sido tomada en serio, respetada, amada y protegida, no podrá sino tratar a sus hijos de la misma manera, porque su alma y su cuerpo habrán asimilado y archivado ese saber desde temprana edad. Desde el principio habrá visto que es correcto respetar y proteger a los seres más débiles, y eso le resultará del todo evidente. Para educar a sus hijos no necesitará libros de psicología. Pero las personas que hoy en día deciden sobre la vida de los niños —padres, maestros, juristas— tuvieron en su infancia muy otras experiencias, y las consideran correctas. Raramente les es dado ponerse en la piel de un niño o contemplar con sentimiento su propio destino. Sólo la aparición de testigos conscientes y abogados de los niños hará desvanecerse su seguridad. Con el tiempo habrán de renunciar a sus falsas teorías y aprender de las experiencias, si no quieren ser dejados

atrás por sus contemporáneos. Pienso que estamos en camino de alcanzar esa meta, porque en el futuro, gracias a los nuevos conocimientos, habrá más personas que podrán recordar una infancia más humana. La historia de Daniel, de la que doy testimonio en el próximo capítulo, muestra las bases sobre las que se apoya mi esperanza (*véase también* A. Miller 1988a, caps. 6 y 7).

3
El niño pone límites

En el marco de la pedagogía de la que hemos venido disfrutando, se sigue considerando natural que el adulto ejerza sobre el niño un poder ilimitado. Al fin y al cabo, la mayoría de las personas no conocen otra cosa. Sólo un niño al que no se haya herido puede darnos ejemplo de comportamientos totalmente nuevos, sinceros y verdaderamente humanos. Tal niño no asume sin cuestionarlos los argumentos pedagógicos que a nosotros tanto nos impresionaron. Se siente con derecho a preguntar, exigir explicaciones, defenderse y expresar sus necesidades. Una joven madre estadounidense me explicó lo que sigue:

Una vez llevé a mi hijo Daniel, de tres años, a pasar dos días en casa de mi madre. Lo hice con ciertos reparos, pues sabía que durante mi infancia mi madre se había empeñado en educarme, y que daba gran importancia a los buenos modos. Por otro lado, mi madre quería mucho a Daniel, y el niño también le tenía cariño a la abuela, pues cuando ésta venía a visitarnos le leía cuentos. Pero cuando, pasados esos dos días, volví a llevármelo a casa, Daniel me dijo en el coche: «No quiero ir nunca más a casa de la abuela». Cuando, asombrada, le pregunté por qué, me dijo: «Me ha hecho daño». Algo más tarde llamé por teléfono a mi madre y le pregunté qué había pasado. Me explicó que Daniel se había puesto a llorar cuando,

sentados a la mesa, ella había intentado explicarle que un niño bien educado no coge sin más ni más lo que le apetece, sin decir «por favor» y «gracias». En opinión de mi madre, yo estaba mimando a Daniel y enseñándole muy malos modales. Ella se sentía obligada a corregir esa tendencia, para que más adelante el niño no sufriera viendo que sus maneras resultaban chocantes y que en vez de amor le reportaban el desprecio y el malhumor de los demás. Estaba convencida de que lo que quería era ayudar al niño, y no se daba cuenta de que sólo obedecía a un imperativo surgido de sus miedos infantiles. No sospechaba que lo que hacía era amenazar al niño con retirarle su amor si se negaba a obedecer. Y, sobre todo, no se daba cuenta —igual que no se había dado cuenta conmigo— de que sacrificaba el alma del niño a unas convenciones vacías, de la misma manera que sus padres habían hecho con ella sesenta años antes.

Pero Daniel sí se había dado cuenta. No pudo decirlo, o por lo menos no como lo estoy diciendo yo ahora, pero lo manifestó de la manera en que *a él* le era posible manifestarlo. Lo supe gracias a la exacta descripción de los hechos que fue surgiendo poco a poco del relato de mi madre. La historia era de lo más sencilla que cabe imaginar: mi madre había cocinado el plato favorito de Daniel, *soufflé* de requesón. Cuando el niño hubo acabado la porción que le había servido mi madre, echó mano al cucharón, con la intención de servirse una segunda ración. En casa hace lo mismo, con un gran sentimiento de orgullo por su independencia. Pero mi madre lo contuvo y, según me explicó, puso cariñosamente su mano sobre la del niño y le dijo: «Primero tienes que preguntar si puedes servirte y si queda suficiente para los demás». «¿Dónde están los demás?», preguntó Daniel, y rompió a llorar. Tiró la cuchara al suelo y se negó a seguir comiendo, aunque mi madre le rogó que lo hiciera; dijo que ya no tenía hambre y que quería irse a casa. Mi madre intentó tranquilizarlo, pero al niño le dio un auténtico ataque de rabia. Al cabo de unos minutos, desahogada su ira, dijo: «Me has hecho

daño, no te quiero. Quiero irme con mamá». Un rato después preguntó: «¿Por qué me has hecho eso? Si yo sé servirme solo...». «Sí», dijo mi madre, «pero primero tienes que preguntar si puedes.» «¿Por qué?», le preguntó Daniel. «Porque tienes que aprender buenas maneras.» «¿Para qué?», preguntó Daniel. «Porque hace falta», contestó mi madre. A continuación, Daniel le dijo con toda tranquilidad: «A mí no me hace falta. En casa de mamá como cuando tengo hambre».

Así puede reaccionar un niño sano de tres años que ha aprendido en casa que le está permitido defenderse, y que tiene derecho a recibir comida de sus padres, simplemente porque éstos se lo deben desde el momento en que decidieron traerlo al mundo. Ese niño puede defenderse, puede mostrar su cólera cuando alguien bloquea sus movimientos naturales y aduce para ello argumentos que él no comprende, que no puede comprender ni debería comprender, porque son absurdos y sólo resultan comprensibles desde el punto de vista de la historia personal de la abuela. Si un niño pequeño observa que los adultos, cuando están sentados a la mesa, se dicen «por favor» y «gracias», él hará automáticamente lo mismo, sin necesidad de adiestramiento. Resulta perfectamente comprensible que semejante adiestramiento provocara la ira de Daniel. Ese niño tenía la posibilidad de expresar su ira porque podía comparar el intento de adiestramiento de la abuela con las buenas experiencias vividas en casa de los padres.

Yo no tuve esa oportunidad. Recuerdo, desde no hace mucho, que mi madre se dedicaba diariamente a adiestrarme de esa manera, sin que yo pudiera protestar ni una sola vez. ¿Cómo iba

a atreverme a hacerlo? Estaba por completo en sus manos; no podía decir: «No me gusta como me tratas y me quiero ir con mamá», porque mi madre no era otra persona que ella. Tampoco podía darme cuenta de lo que ella hacía, porque no conocía otra cosa. Ese pequeño episodio de Daniel me ayudó a comprender una vez más que lo trágico de mi infancia no residió solamente en el constante sometimiento a los métodos educativos de mi madre, ni tampoco sólo en el miedo a oponer resistencia, sino sobre todo en la *imposibilidad de darme cuenta de lo que estaba pasando.* Cuando titulé mis libros *Am Anfang war Erziehung* (Al principio fue la educación [versión española Por tu propio bien]) y *Du sollst nicht merken* (No conocerás), no sabía aún hasta qué punto esos títulos resumen mi historia personal.

A ese niño de tres años —y posiblemente a los muchos otros niños que hoy en día crecen más libremente— le fue posible dar los «cuatro pasos» que pertenecen al núcleo de la terapia de Stettbacher: describir la situación y las sensaciones, vivir y manifestar los sentimientos, cuestionar la situación, expresar las necesidades. Dado que en esa sucesión subyace una regularidad natural de la sana autodefensa del ser humano, cabría preguntarse por qué esa regularidad permaneció oculta durante tanto tiempo. Las agresiones sufridas por los niños tienen como una de sus características esenciales la propiedad de destruir dichas facultades naturales y congénitas. Por ello, esa posibilidad debe ser redescubierta mediante la terapia, para que la nebulosa historia de la infancia, con todos los toscos o sutiles malos tratos que la cruzan, adquiera contornos definidos en la concien-

cia del adulto y deje de bloquearlo por medio de sentimientos de culpabilidad.

Daniel parece estar libre de semejante bloqueo. Si no dispusiera de experiencias positivas en la relación con sus padres, el más mínimo roce de la mano de su abuela al impedirle ésta servirse una segunda ración le habría hecho sentirse avergonzado. Se habría avergonzado de haber hecho algo incorrecto, de no tener buenos modales, se habría avergonzado incluso de estar orgulloso de su autonomía. Pues era justamente ésta la que obviamente estaba fuera de lugar, por lo menos en el momento en que el niño se disponía a tomar alimento, es decir, a hacer algo de eminente importancia para él. La abuela lo contuvo, le hizo sentirse inseguro. Si el niño se hubiera criado con un bagaje pedagógico, habría registrado para siempre en su cerebro y en su cuerpo la siguiente doctrina: no me está permitido disfrutar comiendo, no me está permitido satisfacer mi sano apetito, aunque haya suficiente comida. Antes tengo que hacer una serie de cosas que me son incomprensibles, tengo que plegarme a una ley inconcebible que me quita el apetito, me pone en tensión y me produce sentimientos de culpabilidad y de vergüenza, y ante la que soy del todo impotente. Consecuencias de ello pueden ser, según la posterior evolución, trastornos digestivos crónicos, diversos hábitos alimenticios compulsivos, raquitismo u obesidad.

Con todo esto no pretendo dar a entender que una persona haya de enfermar por haber vivido una sola vez una escena similar a la antes descrita. Ya hemos visto que Daniel, el niño de tres años, supo evitar eficazmente ser dañado. No se trata de una grave experiencia traumática, y pre-

sumiblemente ese episodio no dejará en Daniel, que supo defenderse, secuela alguna. Pero si no hubiera sido el nieto, sino el hijo de esa mujer, no habría tenido otra posibilidad que plegarse a esas manipulaciones a las que se llama educación y desarrollar, aparte de trastornos de la nutrición, toda una serie de inhibiciones en lo consciente.

4
Por qué rechazo el psicoanálisis también como método terapéutico

Tras la aparición de mi entrevista concedida a la publicación *Psychologie Heute* en abril de 1987, en la que anuncié mi renuncia al psicoanálisis, se me preguntó varias veces si en realidad no debía al psicoanálisis los recursos que me habían hecho posible cuestionarlo. Hoy puedo contestar a esa pregunta con un «no» rotundo. En el prólogo de la primera edición de *Du sollst nicht merken,* yo misma había caído en ese error. Pero la posterior evolución me mostró de manera inequívoca que el psicoanálisis es un laberinto del que resulta muy difícil salir. Sin el aparente auxilio del psicoanálisis, que sólo ayuda a cerrarse en banda al conocimiento de lo realmente sucedido, yo habría hallado sin duda mucho antes mi camino hacia la verdad.

Mi primer despertar se lo debo a mis pinturas espontáneas, con las que empecé en el año 1973. A pesar de ello, años después, en 1981, seguía negándome a ver con claridad que era precisamente el psicoanálisis lo que me mantenía alejada de mis sentimientos bloqueados desde la infancia, y, por tanto, de la verdad. Eso no lo descubrí hasta que, gracias al método de Konrad Stettbacher, conseguí aproximarme sistemáticamente, paso a paso, a mi infancia.

Lo que más me convence de ese método es que

está abierto a la creatividad, que es preciso, eficaz y verificable, y que respeta el carácter único e irrepetible de cada individuo y su historia vital; también me atrae su veracidad, es decir, su independencia de dogmas, ideologías y propósitos educativos. Dado que hace posible el camino hacia la verdad, y no la teme, está fuera del alcance de la mentira, de cualquier forma de intricación con la falsedad, de toda clase de tópicos, normas moralizantes, mistificaciones espiritualistas y cualquier clase de aderezo ideológico que tenga que ver con todo eso.

En cambio, en el psicoanálisis pueden detectarse esos elementos, y he aportado las pruebas de ello en mis anteriores obras. Hoy me doy cuenta de lo ilusorio que fue pensar que era posible limpiar el psicoanálisis de residuos pedagógicos, haciéndolo así adecuado para liberar de sus males a aquellos que buscasen ayuda en él. No es casual que el psicoanálisis no haya emprendido hasta ahora revisión alguna de los contenidos pedagógicos inmanentes a él; no puede hacerlo, pues retirar la armazón pedagógica haría caer todo el edificio como un castillo de naipes. En su tiempo, sirvió solamente para hacer irreconocibles los traumas de la infancia; ¿cómo esperar que sirva ahora para ayudar a quienes fueron niños maltratados? Esa incapacidad no sólo se hace patente en la teoría, sino incluso en todos los detalles de su técnica, la cual carece de utilidad para la búsqueda de la verdad.

Aunque algunos psicoanalistas aislados tengan el deseo de no manipular a sus pacientes como lo prescriben sus teorías y su moral pedagógica, y de acompañarlos en el descubrimiento de su historia personal, han de fracasar necesariamente

mientras sigan trabajando con el método de la libre asociación de ideas. Ese método, calificado también de regla fundamental, refuerza el rechazo intelectual hacia los sentimientos y la realidad, pues mientras se sea capaz de hablar *acerca de* los sentimientos, es imposible sentirlos de verdad. Y mientras eso ocurra, el bloqueo autodestructivo seguirá en pie.

Ambas reglas fundamentales, tanto el *setting* psicoanalítico como el método de la libre asociación de ideas, tienen además como condición previa la existencia, por un lado, de un intérprete dotado de saber y de superioridad, el analista, y, por el otro, de un paciente que no sabe, a quien el analista explica su situación, deseos inconscientes, ideas y emociones. Para que el analista pueda hacer tal cosa, el paciente debe, con ayuda de la libre asociación, poner de alguna manera a su vista, revelarle, desnudar ante él su inconsciente (*véase* A. Miller 1981, págs. 320-325). Así pues, ambas reglas fundamentales preservan, de manera insospechada, la estructura autoritaria de la educación. También los padres, en su día, le decían al niño, desde *su* perspectiva paterna, cómo se sentía, o, dicho de otro modo, cómo debía sentirse, y el niño creía que ellos lo sabían mejor que él mismo.

Sobre la base de ese esquema educativo, que está indisolublemente unido a las construcciones teóricas freudianas, los analistas en formación aprenden a discutir y a «saber de qué van» los sentimientos de los pacientes, pero no a sentir ellos mismos. No es de extrañar que sean, a su vez, incapaces de facilitarle a nadie ese aprendizaje. El paciente lo nota, y, por regla general, no se atreve a dar vía libre a sus sentimientos (*véase*

A. Miller 1979, *1985a*). Si, pese a todo, el paciente se atreve a hacerlo, quizá porque ha leído libros que le han abierto un primer acceso a sus dolores, pronto aprenderá, en la práctica psicoanalítica, a poner en orden sus sufrimientos, a nombrarlos con palabras abstractas, a manipularlos, a fin de «sentirse mejor». Notará que los intérpretes del alma ven los sentimientos como una amenaza, porque sólo han aprendido, mediante sus construcciones teóricas, a repelerlos, y hará todo lo posible para no someter a sus padres sustitutivos a esa amenaza. Se atendrá al método de libre asociación que éstos le ofrecen, hablará con ellos acerca de sus sentimientos, y no sabrá que está dando los primeros pasos de un larguísimo paseo por un laberinto, y dejando pasar su oportunidad de vivir. Pues su vida, atenazada por la parálisis, sólo despertará cuando el niño comience a enfrentarse con los causantes de sus sufrimientos; cuando el paciente deje de filosofar y de preguntarse por qué sus padres le hicieron esto o lo otro, y, en lugar de ello, empiece, con ayuda de múltiples proyecciones, a sacar a la luz lo que aquéllos hicieron en concreto; cuando por fin pueda, en la terapia, confrontar con sus sufrimientos la imagen interiorizada de sus padres; cuando, a cada nuevo dolor que le haga recordar los antiguos, intente decirse interiormente, en cada caso concreto, lo que siente, y examine la situación. Como lo hizo Daniel. Lo que el niño no maltratado es capaz de llevar a cabo en la realidad, el adulto que fue un niño maltratado ha de experimentarlo y aprenderlo en el marco protector de la terapia. La manera de efectuar ese proceso en detalle se desprenderá de la exposición de su método que prepara Stettbacher.

Uno sólo puede aclarar realmente su situación personal y disipar los miedos cuando es capaz de *sentirlos,* no cuando se dedica a discutir sobre ellos. Sólo entonces se levanta el velo, y uno se da cuenta de lo que realmente necesita: nada de tutelas, nada de intérpretes que inducen a la confusión, sino el espacio necesario para crecer, y el acompañamiento de un testigo iniciado en el largo viaje que uno acaba de emprender.

Quien jamás ha aprendido a sentir, no sabe cómo se le hace posible a otra persona llegar a sentir, ni que ello es posible. Basta, por ejemplo, con *explicarle* al paciente lo difícil que lo tenían sus padres u otras personas, para que sus reproches latentes queden de inmediato reducidos al silencio. No posee sentimientos, no los nota, lo único que siente es compasión hacia los causantes de sus sufrimientos. Pues uno no puede sentir el dolor y al mismo tiempo comprender los motivos por los que se le causó ese dolor. En ese caso, uno se limita a no sentirlo.

Necesité años para superar esa actitud «de comprensión». El mayor obstáculo en mi propia terapia era la costumbre, procedente del psicoanálisis, de trabajar con la libre asociación de ideas. Ese método me hacía posible una y otra vez inteligentes conexiones mentales y, con ello, una supuesta visión panorámica. Eso me ayudaba a eludir la dolorosa confrontación con mis padres, tapando así todos los agujeros por los que podría haber echado una mirada a la realidad de mi infancia. Mientras fui capaz de llamar por su nombre a los sentimientos, conservé mi posición de dominio sobre la niña que hay en mí, haciéndole imposible hallar su lenguaje, el lenguaje de las sensaciones y sentimientos hasta entonces

nunca nombrados. La técnica de los cuatro pasos me ayudó a darme cuenta de esto, porque constaté que a menudo tendía, significativamente, a saltarme los dos primeros pasos. Tras un largo tiempo fui por fin capaz de permitirle a la niña que hay en mi interior que expresara sus sensaciones y sentimientos y que se tomara para ello todo el tiempo necesario. Pero esa niña sólo podía sentir si la parte adulta y educada de mi yo lo permitía y no se lo obstaculizaba por medio de explicaciones y asociaciones.

Esa experiencia me ayudó a descubrir que Freud creó, con su método, un sistema de autoengaño que funciona eficazmente al servicio de la represión. Quien *no* quiera conocer la verdad acerca de su vida, hallará ayuda en el psicoanálisis. Con toda seguridad, el psicoanálisis le ayudará a fortalecer la antigua resistencia contra los daños sufridos en la infancia y a no dar jamás con la verdad acerca de lo ocurrido.

Existe toda una serie de posibilidades de alejar de uno mismo el dolor con ayuda del pensamiento y de desdeñar las realidades de la vida con ayuda de un lenguaje que aparenta llamar a las cosas por su nombre. Martin Heidegger hizo precisamente de esto el objetivo de su filosofía. Se dedicó a aproximarse a sus dolorosas experiencias negadas sólo con ideas abstractas, que excluían todo sentimiento infantil, porque el niño habría descubierto ese autoengaño. Para él no existía una dualidad de pasión y pensamiento, sino sólo el pensamiento pasional, que no se dirigía hacia la verdad como resultado del proceso intelectual, sino que era en sí mismo el objetivo. Se afirma que para aclarar este punto les dijo una vez a sus estudiantes, al introducir a Aristóteles: «Aristóte-

les nació, trabajó y murió». En otras palabras: lo único que cuenta en un filósofo es su obra, no su vida.

Hace algunos años, yo habría pensado aún que tal vez ese error de Heidegger podía considerarse inofensivo e insignificante, en la medida en que no se utilizara su filosofía para confundir a las masas (*véase* A. Miller 1988a, cap. 1). Pero hoy ya no estoy tan segura de ello, pues en los últimos tiempos me han llegado pruebas de lo contrario. Entre otras, cartas de filósofas que afirmaban haber comprendido por primera vez gracias a mis libros lo mucho que la filosofía las había alejado de la verdad. Con sus complicados razonamientos, la filosofía les ayudó a no darse cuenta de que habían sido niñas maltratadas. Pese a los nuevos sufrimientos que comporta el saber, están contentas de no haber dejado pasar del todo la oportunidad de vivir su vida, pues son todavía lo bastante jóvenes para aprovecharla.

Un niño puede pasarse la vida entera protegiéndose de la trágica e insoportable verdad de su vida mediante un «pensamiento pasional» acerca de «la esencia de la verdad», y mientras los síntomas no hagan sonar la alarma, de este modo puede ir viviendo tranquilo. Pero el psicoanálisis es un sistema que se ofrece precisamente como solución a los sufrimientos de personas con síntomas. Por ello es necesario informar a tales personas de que no hallarán en él el remedio que buscan. En el mejor de los casos, les espera un laberinto con pasillos bien cuidados, pero sin una salida que lleve a la libertad. Es una cárcel construida a partir de las teorías de una persona que, hace cien años, se encontraba en los mismos apuros en que actualmente se halla la mayoría de los

pacientes. Ante la visión de los sufrimientos de su niñez, esa persona se refugió en el jardín de las construcciones mentales, y, en un principio, se liberó de los síntomas. Pero éstos volvieron, a pesar de sus esfuerzos cada vez mayores por mantener en pie el artificioso edificio.

Galileo Galilei perdió la vista cuando la Iglesia le forzó a abjurar de la verdad contra su conciencia. Sigmund Freud se prohibió a sí mismo pronunciar la verdad que había descubierto. La traicionó tras la muerte de su padre. Cuando leo que más tarde sufrió un cáncer de boca, que tuvo que someterse a repetidas operaciones y que acabó sucumbiendo a esa dolencia, no puedo menos que preguntarme si todo eso no sería en realidad una rebelión de su boca en nombre de la verdad de la que él no quería saber nada. No quisiera que se interpretase esta pregunta como otra cosa que una hipótesis que no puedo comprobar sin la presencia del afectado. Pero me llama la atención que entre los innumerables psicoanalistas que con tanto gusto expenden interpretaciones a sus sometidos pacientes, que entre tanto psicoanalista, ninguno, que yo sepa, haya publicado hasta ahora una interpretación de la dolencia de Freud. ¿Quizás a los discípulos no les está permitido siquiera preguntarse por qué esa reverenciada figura paterna enfermó de cáncer? ¿Sólo está permitido suministrar interpretaciones a las personas dependientes, pacientes y niños? ¿No es eso una especie de confesión de que esas interpretaciones son armas que se pueden dirigir contra personas indefensas, pero no contra la temida autoridad? Se atiborra a los pacientes con toda clase de construcciones teóricas salidas de la mente de aquel anciano, y ellos creen que están

recibiendo verdaderos alimentos. Se lo creen todo, porque necesitan a alguien que por fin les escuche. Y no descubren el abuso al que se les somete, porque alguien que, siendo niño, no conoció otra cosa que el abuso, no es capaz, más adelante, de descubrirlo (*véase* A. Miller 1981, págs. 26-33).

Ha habido quien, incapaz de pronunciar la verdad, se ha dedicado, a cambio, a escribir ristras de libros, cuyo estilo ha suscitado la admiración de la humanidad y cuyos contenidos han sembrado en ella una confusión total (*véase* A. Miller 1988a, cap. 7). El «pensamiento pasional» no es, pues, en absoluto tan inofensivo como hacen creer las apariencias. Todo aquello que oprime la verdad es, en mi opinión, destructivo, aunque las consecuencias no pueden apreciarse hasta pasado mucho tiempo.

El que yo sea de la opinión de que el terapeuta Konrad Stettbacher ha logrado hallar un camino hacia el niño malherido que hay en el adulto, y que ha conseguido hacer hablar a ese niño con ayuda de los sentimientos, y, además, ha conceptualizado ese proceso, no significa que no puedan existir otros métodos que alcancen igual objetivo sobre la base de la misma ley descubierta por él. Esto ya se verá en cuanto se publique material al respecto.

Pero una cosa es indudable: dado que el niño malherido que hay en nosotros sólo puede expresarse por medio de las sensaciones corporales y de los sentimientos relacionados con sus traumas, la terapia ha de garantizar necesariamente el acceso a esas sensaciones y sentimientos. Mientras uno se contente con especulaciones intelectuales —como ocurre, por ejemplo, en el seno del psi-

coanálisis—, ese acceso permanecerá totalmente bloqueado. Por más que esas especulaciones causen una excelente impresión, por más de moda que estén, no pasan de la condición de autoengaños.

La invocación de grandes nombres como los de Freud, Jung, Adler u otros, así como la aplicación de sus teorías, enemigas de los sentimientos y ocultadoras de la verdad, no pueden, de ninguna manera, ayudar, a la larga, a los terapeutas a liberar a los pacientes de sus neurosis. Lo único que harán será producir nuevos «terapeutas» ignorantes y resistentes a los sentimientos, que habrán de permanecer en la ignorancia porque se aferran a ficciones, no ponen en cuestión lo que un día aprendieron, temen a la verdad y pretenden ejercer el poder.

El objetivo de la terapia es hacer hablar y sentir al niño que hay en nosotros y que un día enmudeció. Poco a poco se ha de revocar la proscripción que pesa sobre su saber, y en el curso de ese proceso, al hacerse visibles los tormentos sufridos en el pasado y las rejas de la cárcel en la que aún se halla, el paciente ha de descubrir, a un tiempo, su propio yo y su sepultada capacidad de amar. Una terapia como ésa sólo puede llevarla a cabo un terapeuta (femenino o masculino) que ya no tenga bajo proscripción al niño que hay en él y a su saber, o que por lo menos se halle en camino hacia ello, porque esté empeñado en conocer a toda costa su verdad.

III
Apéndice

Cómo salir de la trampa

Reproduzco aquí el texto íntegro del artículo cuya publicación rehusó la revista alemana que menciono en el capítulo I,5, pues lo considero un útil resumen de algunas de las ideas expresadas en este libro.

Repetidamente leemos en la prensa que, como demuestran ya las estadísticas, la mayoría de las personas que maltratan a sus hijos fueron también maltratadas durante su propia infancia. Esa información no es del todo exacta, pues no se trata de «la mayoría», sino de todas. Toda persona que maltrata a sus hijos fue, durante su propia infancia, gravemente traumatizada de algún modo. Esta afirmación no admite excepciones, porque es absolutamente imposible que una persona que haya crecido en un ambiente de sinceridad, respecto y afecto se halle jamás bajo el impulso de atormentar y dañar para toda la vida a otras más débiles. Ha visto desde siempre que es correcto brindar amparo y orientación a esos pequeños seres indefensos, y ese saber tempranamente archivado en su cuerpo y en su cerebro obrará sus efectos en él durante toda la vida. La afirmación formulada más arriba no admite excepciones, pese a que muchas personas apenas si son capaces de recordar nada de los tormentos de su infancia, porque aprendieron a considerar-

los como justo castigo a su maldad, y porque el niño, para sobrevivir, está obligado a reprimir los sucesos dolorosos. Por eso los sociólogos, psicólogos y otros especialistas escriben sin cesar, a pesar de los nuevos descubrimientos, que se desconoce el origen de los malos tratos a la infancia, y se entregan a especulaciones acerca de la influencia de la escasez de espacio habitable, del desempleo o del miedo a la guerra nuclear.

Con semejantes explicaciones encubrimos los crímenes de nuestros padres. Pues el único motivo de los malos tratos a la infancia es la represión por parte de los padres de los malos tratos y de la confusión de los que ellos mismos fueron víctimas. Ni la más aguda escasez de espacio habitable, ni la mayor pobreza pueden jamás forzar a una persona a semejantes actos. Sólo quien fue en su día víctima de actos semejantes y los mantiene reprimidos corre el peligro de destruir a su vez vidas humanas.

Los llamados niños difíciles e «insoportables» son convertidos en tales por los adultos. No siempre por sus propios padres. Pues en muchas clínicas, las prácticas de obstetricia y de posparto contribuyen considerablemente a ello. Hay padres que consiguen mitigar esos traumas gracias a buenas dosis de cariñosa dedicación, porque los toman en serio y no niegan su peligrosidad. Pero los padres que mantienen reprimidos sus propios —y gravísimos— traumas, suelen minimizar, por pura ignorancia, el efecto de éstos en sus hijos, dando paso así, innecesariamente, a una nueva cadena de crueldades. Su insensibilidad hacia los sufrimientos del niño cuenta con el pleno respaldo de la sociedad, porque la mayoría de las personas, y eso incluye a los expertos, comparte con ellos esa ceguera.

El único recurso contra la propagación de una enfermedad es una información correcta y bien documentada acerca del agente patógeno. Los padres que maltratan a sus hijos necesitan informaciones claras; ellos mismos se dan cuenta vagamente de que algo no funciona bien cuando descargan su ira en el niño indefenso o lo utilizan para satisfacer sus apetencias sexuales. En vez de tomarse este asunto en serio, los expertos le dan vueltas innecesariamente, pues temen que los padres adquieran sentimientos de culpabilidad, algo que, en su errónea opinión, no debe suceder en ningún caso.

Esa creencia de que no debe culpabilizarse a los padres, sea lo que sea lo que hayan hecho, ha tenido consecuencias desastrosas. La realidad es muy distinta. Al engendrar a su hijo, los padres contraen el deber de cuidar de él, protegerlo, satisfacer sus necesidades y no maltratarlo. Si no cumplen con ese deber, quedan en deuda con el niño, del mismo modo que quedan en deuda con el banco al obtener un crédito de éste. La responsabilidad cae sobre sus espaldas, independientemente de que sean conscientes o no de las consecuencias de sus actos.

¿Tenemos derecho a traer un niño al mundo y olvidar nuestro deber? El niño no es un juguete, ni un gatito, sino un puñado de necesidades que necesita mucha dedicación para poder desarrollar sus potencialidades. Si no se está dispuesto a brindarle esa dedicación, no hay que traerlo al mundo. Esas palabras pueden sonar muy duras en los oídos de personas que jamás fueron objeto de esa dedicación y que por ello nunca han podido brindársela a sus hijos. Para aquellos que en su infancia recibieron protección y ternura, y que

por ello no son niños desdichados, esas palabras no suenan duras. Para ellos, son la cosa más evidente y trivial del mundo.

Pegar o humillar a un niño o abusar sexualmente de él es un crimen, porque significa dañar a una persona para toda la vida. Es importante que esta afirmación llegue también a conocimiento de personas no directamente implicadas, porque la claridad de ideas y el coraje de los testigos puede ser para el niño de una importancia decisiva y vital. Del hecho de que todo agresor haya sido anteriormente una víctima no se desprende que toda persona que haya sido maltratada tenga que acabar necesariamente maltratando a sus hijos. No tiene por qué ser obligatoriamente así, pues puede ser que ese individuo, en su infancia, tuviera ocasión de recibir de otra persona —aunque sólo fuera una vez— algo que no fuera educación y crueldad: un maestro, una tía, una vecina, una hermana, un hermano. Sólo la experiencia de ser querido y apreciado permite al niño identificar la crueldad como tal, percibirla y rebelarse contra ella. Sin esa experiencia le es imposible saber que en el mundo pueden existir otras cosas además de crueldad; sin esa experiencia, seguirá sometiéndose a la crueldad, y más tarde, cuando, ya adulto, disfrute de poder, la ejercerá él también, como si fuera algo completamente normal.

Las personas que ayudaron a Hitler a llevar a cabo sus proyectos y a exterminar pueblos enteros debieron de experimentar, siendo niños, algo similar a lo que experimentó él: la constante presencia de la violencia. Por eso la actitud del Führer les parecía completamente natural. No la cuestionaban en absoluto porque, a todas luces, en sus

infancias jamás apareció una sola persona, un solo testigo iniciado y de ideas claras que los pusiera bajo su protección. Un testigo semejante habría, según las circunstancias, ayudado a esos niños a salvar su capacidad de percepción y su carácter. Para reconocer la crueldad, rechazarla inequívocamente y evitársela a nuestros hijos, debemos ser al menos capaces de percibirla. Esos niños educados con severidad y crueldad no podían hacerlo, estaban obligados a dar las gracias por el trato que recibían de sus padres, a perdonárselo todo y a buscar en sí mismos las causas de los arrebatos paternos. No les estaba permitido en ningún caso poner en tela de juicio a sus padres.

¿Qué sucede cuando un niño que ha crecido rodeado de amor, protección y sinceridad es golpeado por una persona? Gritará, expresará su ira, y acabará llorando, mostrando su dolor y, posiblemente, preguntando: ¿Por qué me tratas así? Nada de todo eso es posible cuando el golpeado es un niño al que sus padres, a los que ama, han adiestrado desde buen principio en la obediencia. Para sobrevivir no le queda más remedio que amordazar su dolor y su ira y reprimir mentalmente toda la situación. Pues para poder mostrar su ira, necesita la confianza y la experiencia de que no lo matarán por ello. Un niño golpeado no puede abandonarse a esa confianza; en efecto, ha habido niños que han pagado con su vida la osadía de sublevarse contra la injusticia. Así pues, el niño ha de amordazar su ira para poder sobrevivir en un ambiente hostil. También ha de tragarse el dolor, por enorme e insoportable que sea, si no quiere morir a consecuencia de él. Sobre todo el proceso, pues, se cierne el silencio del ol-

vido, y se idealiza a los padres, hasta el punto de creer que jamás han cometido un error. «Y si me pegaban, sería porque me lo merecía.» Esta es la versión más corriente de las torturas dejadas atrás.

El olvido y la represión serían una buena solución, si con eso estuviera todo arreglado. Pero los dolores reprimidos bloquean la vida sentimental y producen síntomas físicos. Y lo peor de todo: el adulto que fue un niño maltratado hace enmudecer los sentimientos que estarían justificados, es decir, los dirigidos contra los causantes de su dolor, pero los deja aflorar contra sus propios hijos. Es como si esas personas se pasasen decenas de años atrapados en una trampa de la que no hay salida posible, porque nuestra sociedad prohíbe la ira que se dirige contra los propios padres. Pero con el nacimiento de los hijos se abre una portezuela: por fin puede descargarse sin escrúpulos la rabia acumulada durante años; lo triste es que la víctima es un pequeño ser indefenso, al que esas personas se ven forzadas a atormentar, a menudo sin darse cuenta de ello, porque una fuerza desconocida les impulsa a tales actos.

El hecho de que muchos padres maltraten o descuiden a sus hijos del mismo modo en que sus padres lo hicieron con ellos —aunque, o especialmente cuando no recuerdan nada en absoluto de aquella época— demuestra que han asimilado en sus cuerpos sus traumas personales. Si no fuera así, no podrían reproducirlos. Lo hacen con una precisión asombrosa, que saldrá a la luz tan pronto como estén dispuestos a sentir su propio desamparo, en lugar de hacer víctimas de él a sus hijos y abusar de su poder.

¿Cómo puede una madre hallar por sí sola esa

verdad, si la sociedad le dice de manera inequívoca: a los niños hay que disciplinarlos, socializarlos y educarlos para que sean personas decentes? ¿A quién le preocupa que el verdadero impulso del llamado «coraje educativo» sea la antigua y hasta ahora nunca vivida rabia contra la propia madre? Esa joven tampoco quiere saberlo. Piensa así: Tengo el deber de disciplinar a mi hijo, y lo hago de exactamente la misma o de parecida manera que lo hizo mi madre conmigo. Al fin y al cabo, ¿acaso no he llegado a ser yo también una persona como Dios manda? Concluí mi formación con buenas calificaciones, participo en tareas caritativas y en el movimiento pacifista, siempre me he alzado contra la injusticia. Sólo que no he podido evitar pegar a mis niños, aunque contra mi voluntad; pero no tenía más remedio. Espero que eso no les haya perjudicado, igual que a mí no me perjudicó.

Estamos tan acostumbrados a oír afirmaciones semejantes que a la mayoría de las personas no les llaman la atención. Pero empieza a haber personas aisladas a las que sí les llaman la atención, personas que se han decidido a cuestionar las palabras de los adultos desde la perspectiva de los niños, que al hacerlo descubren cosas y que no temen la claridad. Advierten que esa destrucción de vidas humanas no puede calificarse de «amor paternal ambivalente», sino que hay que reconocerla como lo que es: un crimen. No hay que quitarles hierro a los sentimientos de culpabilidad de los padres, sino tomarlos muy en serio. Esos sentimientos de culpabilidad son un indicio de que a los padres, en su día, les sucedió algo, y de que necesitan ayuda. Y los padres irán en busca de esa ayuda tan pronto como la hasta

ahora única salida a la trampa, la que lamentablemente conduce a infligir malos tratos a la infancia, quede por fin cerrada por la ley. Cuando eso suceda, los padres tendrán que buscar otra salida: tendrán que pasar revista a su pasado, para poder salir sin culpa de la trampa emocional en la que se hallan.

Este proceso verdaderamente liberador sólo estará al alcance de los padres cuando el niño deje de hacer el papel de cabeza de turco legal. No es necesario castigar con penas de cárcel a un padre que maltrata a sus hijos. Resulta imaginable, por ejemplo, una sentencia judicial según la cual el padre haya de separarse por unos meses de la familia, sin dejar de contribuir a su mantenimiento. Cuando el padre, hallándose de repente solo, se vea confrontado con los sentimientos de su infancia y entre en contacto con un testigo iniciado (quizás en la persona de un asistente social bien informado), que le ayude a dejar de reprimir la historia de su propia infancia, ese padre, a su regreso, correrá muy escaso peligro de volver a maltratar a sus hijos. Y sus hijos tendrán la importante e inolvidable vivencia de no estar haciéndose mayores en la selva, sino en una sociedad humana, que toma en serio y respeta su derecho a ser protegidos.

Una pena de prisión no puede operar una transformación interior. Pero los terapeutas que, bajo el lema «Ayudar en lugar de castigar», rehuyen la verdad, tampoco pueden contribuir en absoluto a cambiar la actitud de los padres. Llegan incluso a afirmar que una prohibición de los malos tratos a la infancia constituiría una nueva forma de violencia. Así, según ellos, no es necesario llamar por su nombre a los crímenes, siem-

pre que se cometan en la persona de los propios hijos; de lo contrario, los padres se sentirían ofendidos y acabarían vengándose a costa de los niños. Esa es la opinión, prácticamente unánime, de los representantes del Colegio de Médicos y de la Asociación para la Protección de la Infancia.

Sin embargo, están en un error, y sus argumentos no son más que expresión del miedo de los niños amenazados que fueron, deseosos de «estar a bien» con los padres y por ello dispuestos a callar y a no darse cuenta de nada. La realidad no les da la razón. En los países escandinavos, la ley obliga ya de manera firme a los médicos a denunciar los casos de malos tratos de los que tengan conocimiento, y gracias a esa ley la población ha comprendido que no se pueden pasar por alto los derechos de los niños. Por otra parte, la experiencia me ha enseñado que algunos padres reaccionan mejor a la verdad que a los intentos de suavizarla, y que una serie de informaciones correctas puede serles de provecho. Pues toda persona que se halla en una trampa busca una salida. Y estará contenta y agradecida de que se le muestre una salida que no le haga cargarse de culpa y no conduzca a la destrucción de sus propios hijos. Los padres, en la mayoría de los casos, no son unos monstruos a los que haya que aplacar con buenas palabras para que no chillen, sino, muy a menudo, niños desesperados que todavía no han aprendido a darse cuenta de las realidades y a hacerse cargo de su responsabilidad. Cuando eran pequeños no pudieron aprenderlo, porque sus padres tampoco conocían esa responsabilidad. La malentendían, tomándola por un derecho a abusar de su poder. Está en manos de los padres jóvenes el reconocer la inu-

tilidad de tales «sabidurías», y el aprender de las experiencias que tienen con sus hijos. Pero ese novedoso proceso sólo podrá tener lugar cuando también la legislación reconozca inequívocamente que los malos tratos a la infancia causan daños para toda la vida, y que esos daños no se ven en absoluto lenificados por la ignorancia de los agresores. Sólo sacando a la luz toda la verdad en lo que afecta a todos los implicados se podrá hallar una solución verdaderamente efectiva de los peligros que implican los malos tratos a la infancia.

El libro *Untertan Kind* de Carl-Heinz Mallet, muestra cómo los pedagogos, desde Martín Lutero, han inducido a los padres a disciplinar y castigar a sus hijos en nombre de Dios. La lectura de ese libro puede ayudar a los padres de hoy a comprender por qué se hallan en una trampa emocional, y el precio que han de pagar ellos mismos y sus hijos por la perpetuación de los valores educativos tradicionales. La consecuencia puede parecer paradójica, pero es correcta: la salida de esa trampa hasta ahora permitida por la ley, es decir, el disciplinamiento del niño, conduce al crimen, y el camino, hasta ahora prohibido, de la visión clara y la crítica a los propios padres redime de las culpas y conduce a la salvación de nuestros hijos. El libro de Mallet puede ser de gran ayuda para los padres que no conocen mis libros, y que constatarán en él por primera vez, con horror, todo el mal que se les hizo y que ellos, en su ceguera, habían venido perpetuando. Pero con ese horror empieza ya a abrirse la puerta por la que se sale de la compulsiva destrucción de la vida a la libertad y a la responsabilidad.

Referencia de las obras citadas

Clarac, Viviane (1985), *De la honte à la colère.* París: Les Publications anonymes.

De Mause, Lloyd (1987), *Schreber and the History of Childhood,* manuscrito aún no publicado.

Donahue, Phil (1985), *The Human Animal.* Nueva York: Simon & Schuster.

Fliess, Robert (1973), *Symbol, Dream and Psychosis.* Nueva York: Int. University Press.

Freud, Sigmund (1886), *Zur Ätiologie der Hysterie,* en: *Studienausgabe Bd.* VI, Frankfurt: Fischer. Ed. cast.: (1972), *Etiología de la histeria,* en: *Obras completas,* vol. I, cap. XIV, Madrid: Biblioteca Nueva.

— (1986), *Briefe an Wilhelm Fliess 1887-1904,* ed. de Jeffrey M. Masson. Frankfurt: Fischer.

Glover, Edward (1970), *The roots of crime.* Nueva York: Int. University Press; cit. por A. Montagu (1984), *Zum Kind reiten.* Stuttgart: Klett-Cotta.

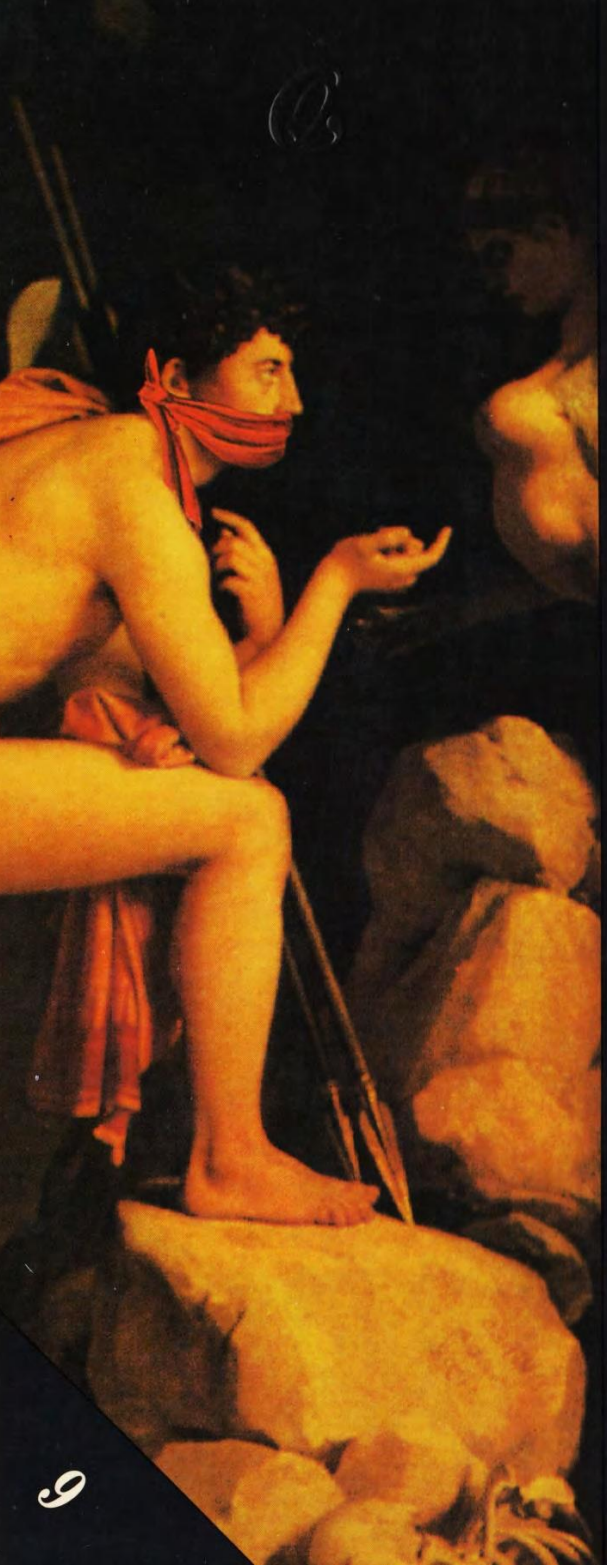
Kügelgen, Wilhelm von (1970), *Jugenderinnerungen eines alten Mannes.* Zurich: Manesse.

Mallet, Carl-Heinz (1987), *Untertan Kind. Nachforschung über Erziehung.* Munich: Hueber.

Mehr, Mariella (1986), *Steinzeit.* Berna: Zytglogge.

Miller, Alice (1979), *Das Drama des begabten Kin-*

des und die Suche nach dem wahren Selbst. Frankfurt: Suhrkamp. Ed. cast.: (1985a), *El drama del niño dotado. En busca del verdadero yo.* Barcelona: Tusquets Editores, Superínfimos 1.
— (1980), *Am Anfang war Erziehung,* Frankfurt: Suhrkamp. Ed. cast.: (1985b), *Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño.* Barcelona: Tusquets Editores, Superínfimos 4.
— (1981), *Du sollst nicht merken,* Frankfurt: Suhrkamp.
— (1985), *Bilder einer Kindheit,* Frankfurt: Suhrkamp.
— (1988a), *Der gemiedene Schlüssel,* Frankfurt: Suhrkamp.
Miller, Arthur (1940), *Death of a Salesman* (La muerte de un viajante).
Montagu, Ashley (1982), *Körperkontakt. Die Bedeutung der Haut für die Entwicklung des Menschen.* Stuttgart: Klett-Cotta.
Morris, Desmond (1969), *Body Watching.*
O'Neill, Eugene (1940), *Long Day's Journey into Night.* Ed. cast.: (1986), *Largo viaje hacia la noche.* Madrid: Cátedra, col. Letras Universales.
Psychologie Heute, «Wie Therapien das Kind verraten», abril 1987.
Schopenhauer, Arthur (1987), *Ein Lebensbild in Briefen,* ed. de Angelika Hübscher, Frankfurt: Insel.
Trube-Becker, Elisabeth (1987), «Sexuelle Mißhandlung von Kindern. Soziologische Gesichtspunkte», en: *Das öffentliche Gesundheitswesen,* entrega 5, 49, Jg., mayo 1987.



La célebre psicoanalista suiza *Alice Miller* formula aquí una *hipótesis terapéutica de prevención* del mal que radica esencialmente en cómo el adulto suele sofocar muy pronto en el niño el conocimiento que *él* adquiere del mundo, con el fin de imponerle las propias enseñanzas, adquiridas a su vez de otro adulto, de una generación a otra. Así mutilado, el niño accede difícilmente «con naturalidad» a la edad adulta. Los obstáculos al desarrollo de *su* saber y de *su* íntima experiencia de los hechos le llevará a creer que el mundo está hecho de muros y alambradas. Ya adulto, construye a su vez *su* mundo de herméticas defensas. *Miller* nos indica cómo se puede, *si se quiere*, recuperar ese *saber proscrito* que el niño, que sigue vivo, aunque también *proscrito*, en cada uno de nosotros, había obtenido por su cuenta.

Ilustraciones de la cubierta: *detalles de* Edipo explica el enigma de la Esfinge *(1808) de Gaëtan Picon Ingres, óleo sobre tela, 1,89 × 1,44 m, Musée du Louvre, Paris.*

open access

9 788472 231771